Hart&creek



¿Qué se le habrá perdido en JAPÓN?

¿QUÉ SE LE HABRÁ PERDIDO EN JAPÓN?

¿QUÉ SE LE HABRÁ PERDIDO EN JAPÓN?

Hart&Creek

Copyright © 2025 Hart&Creek
Todos los derechos reservados
Ilustración de la portada de Lucía Santos
ISBN: 9798289498120

Para todos aquellos que
están persiguiendo sus sueños,
aunque estos salgan corriendo
hasta la otra punta del mundo

Posdata:
Cualquier parecido con la realidad
es pura coincidencia



Prólogo

Valeria.

Esta no es mi primera firma de libros.

No es la primera vez que me siento detrás de una mesa y coloco todos los ejemplares de mis novelas ordenados. Tampoco es la primera vez que veo la fila de personas que esperan desde hace horas a que comience el evento.

No es la primera, pero no por ello siento menos nervios.

Estoy emocionada escuchando a la gente a mi alrededor hablar de mis personajes, viéndolos con los ejemplares de los libros bajo el brazo y saludándolos como si los conociera de toda la vida. Incluso reconozco los rostros de algunos de los asistentes y sé que no es la primera vez que vienen a verme.

Estoy nerviosa, sí, pero ojalá poder sentirme así toda la vida.

—¿Lista, Valeria? Vamos a empezar en cinco minutos —me dice mi editora cerca del oído.

—Sí, ya lo tengo todo preparado.

En la mesa ya tengo preparados mis bolis de la suerte para firmar; son cinco en total, uno por cada novela, porque me encanta escribir las dedicatorias de un color parecido al de las portadas.

La primera chica de la cola se acerca con tres ejemplares y la voz cargada de emoción. De inmediato, le estrecho la mano con cariño.

—¡Hola! Muchísimas gracias por venir, ¿cómo te llamas?

—Lucía —responde mientras me entrega una copia de la primera novela de fantasía que publiqué.

A pesar de que ese nombre me trae sentimientos encontrados últimamente, le sonrío con entusiasmo y elijo el bolígrafo azul. Comienzo a firmar mientras pienso que muy pocas personas se acuerdan ya de esta trilogía de ángeles y demonio que escribí. Aunque solo hace dos años, en el idioma de los libros publicados es como si ya fueran reliquias.

—Encantada de conocerte, Lucía —digo por fin al darme cuenta de que está esperando expectante—. ¿Cuál es tu personaje favorito?

La escucho reírse como si fuera evidente.

—Athyras, por supuesto.

La acompaño en la risa y abro el libro para dedicárselo, intentando no pensar en que ese también sería el personaje favorito de la Lucia que está infectando mis pensamientos. Sé que tengo que sacarla de mi cabeza como sea, pero escribir este tipo de dedicatoria no ayuda en absoluto.

Para Lucía, con mucho amor.
Todos tenemos nuestros ángeles y nuestros demonios,
gracias por confiar en los míos y acompañarlos
en esta aventura.
Valery Liz



Tres horas después, cuando el evento concluye, estoy agotada. Han asistido muchísimas más personas de las que esperaba. A veces me cuesta gestionar que tanta gente lea mis obras y se tomen el tiempo de venir a mis firmas. Mi comunidad de lectores, mis redes sociales y mis novelas son mi mayor refugio. Aunque de vez en cuando todo este mundo me resulte abrumador.

Estoy recreando los momentos más guais de la firma en mi mente mientras me peleo con la cremallera de mi maleta para guardar las cosas. De repente, alguien que no había escuchado llegar deja algo sobre la mesa y alzo la mirada creyendo que se trata de algún fan rezagado que quiere una dedicatoria de última hora.

—¡Hola! Dame un momento que voy a… —dejo de hablar de golpe.

Al principio, me llaman la atención sus enormes gafas de sol y la bufanda tan fea que le cubre casi toda la cara. Lleva el pelo de su color natural, algo a lo que no estoy acostumbrada porque siempre ha preferido cambiar de estilo tres o cuatro veces al año. Reconozco sus rizos, sus pecas, la forma redonda de su nariz y sus hoyuelos cuando sonríe nerviosa.

—Hola, Valeria —me saluda Lucía.

No respondo.

Bajo la mirada de nuevo hacia lo que ha dejado sobre la mesa y compruebo que no es un libro, sino una encuadernación: el borrador de mi primera novela que le regalé hace años. Mientras acaricio la primera hoja, me doy cuenta de que todas están llenas de post-it y anotaciones.

«¿Qué coño hace aquí?».



Capítulo 1

Valeria.

Tengo un crush y, por primera vez, no es un crush imposible. Cada vez que intento decirle que me gusta me parece que es recíproco, pero cuando razono conmigo misma en mis sesiones de concierto en la ducha sé que no lo es. Hemos sido amigas durante tanto tiempo que… es complicado sacar el tema porque no quiero destrozar nuestra relación. Aunque sé que esto suena un poco cliché, por suerte, es el único cliché lésbico que seguimos.

Por primera vez en mi vida, mi crush no es una actriz famosa que no sabe que existo ni habla mi idioma.

Por primera vez en mi vida, mi crush no es una cantante que no sabe que me está dedicando todas sus canciones queer.

Por primera vez en mi vida, no me enamoro de una hetero ni de una heterocuriosa.

Por primera vez en mi vida, mi crush no vive a millones de kilómetros de distancia en una zona horaria diferente.

Por primera vez en mi vida, sé que mi crush podría llegar a ser algo más.

No es que yo sea vanidosa, simplemente sé que Lucía y yo encajamos. Tenemos gustos parecidos, así que podemos pasar tiempo juntas haciendo cosas que nos gustan a ambas. Además, también apreciamos un poco de tiempo en soledad por nuestra cuenta para relajarnos.

A veces quedamos solo para sentarnos en mi cama y leer aunque no tengamos el mismo gusto en libros. Ella siempre está criticando los míos y yo siempre encuentro los suyos aburridos. Pero eso me da igual porque... ¿Hola? ¡Quedamos para leer juntas! ¿Puede ser más perfecto? Creo que en mi escala de planes dignos de orgasmo mental solo está por encima las veces que quedaba con mi mejor amiga Alicia para dormir la siesta.

También escribimos juntas a veces, cosa que me encanta porque además lo hacemos en forma de juego de rol. Lucía quiere ser actriz, así que la ayuda a meterse en otras pieles, y a mí a sacar mi lado más creativo. Cuando escribe conmigo siento que le muestro mi mejor versión. Mi peor versión, esa que le pone el nombre de sus personajes a mi enorme oso de peluche, sigue bastante escondida en mi mente y espero que nunca la descubra.

La cuestión es que, incluso si tiene gustos diferentes a los míos en algunos casos, siempre hacemos que nuestra relación funcione. Por eso creo que podríamos tener algo más que una amistad. Me veo a mí misma compartiendo casa con ese desastre con patas. Nos imagino remoloneando por la mañana porque ambas nos hemos quedado despiertas hasta tarde terminando un libro o una serie. También nos visualizo peleando después de almorzar para que vea conmigo Aquí no hay quien viva y adquiera un poco de cultura general.

La conclusión de mis pensamientos es que quiero compartir mi vida con ella, por eso voy a confesarle lo que siento a riesgo de poner en peligro nuestra amistad. Porque, en el fondo, sé que no tengo que temer perderla. La conozco a ella y me conozco a mí, y sé que, incluso si le confieso mis sentimientos y Lucía no siente lo mismo, las cosas no serían raras entre nosotras. Probablemente le

daría un poco de pena al principio, cosa que yo odiaría, pero enseguida volveríamos a estar como antes. A pesar de mis miedos, la conozco tan bien que creo que hay una posibilidad de que yo le guste también. A veces, me lanza señales... Señales muy confusas y contradictorias, pero que estoy segura de que son señales... O carteles o post-its. Sea lo que sea, algo me está lanzando, eso lo tengo claro. Y probablemente sea la caña.

Así que le voy a confesar mis sentimientos. Hoy no. Ni mañana. Pero algún día sí.



Capítulo 2

Valeria.

No han pasado ni dos semanas desde que decidí que aún no podía confesarle mis sentimientos a Lucía y, de repente, me veo obligada a hacerlo.

La excusa que me había estado poniendo era que estábamos muy liadas con selectividad y no tenía la cabeza para hablar del tema. Sin embargo, acabamos de terminar los exámenes y me ha enviado un mensaje preguntando: «¿Podemos quedar para hablar?».

Aunque a lo mejor me estoy flipando, creo que me quiere decir que siente algo por mí y no pienso dejar que lo diga primero. No ha pasado nada malo entre nosotras en estos días, así que seguro que quiere hablar de algo bueno. Con la tensión que estamos generando entre las dos, no me extrañaría que me dijera que le gusto. Quiero decir, el otro día en la fiesta de fin de curso casi nos besamos para darle celos a su ex. Vale, no tenía nada que ver conmigo, podría haberlo hecho con cualquiera, y estábamos borrachas. Pero la felicidad está en las pequeñas victorias. Además, que al final le diera vergüenza llevar a cabo el plan me da esperanzas. Sobre todo porque a alguien con tan poca vergüenza como Lucía solo puede

detenerla el hecho de sentirse demasiado culpable al besarme. ¿Verdad?

A pesar de que el vestido ceñido que elijo no está hecho para cuerpos como el mío, me visto como si fuera treinta y uno de diciembre. Sinceramente, me da igual que las marcas de ropa quieran engañar al mundo entero y hacernos creer que esto de verdad es una talla XL. Tras embutirme en la prenda, me quemo con la plancha haciéndome ondas del pelo. Me estoy echando dos litros de perfume cuando Lucía llama al telefonillo de mi casa. ¡Dijo que quedábamos a las doce y son las once y media! Siempre me hace lo mismo. ¡No he tenido tiempo de prepararme mentalmente!

Me siento en la cama y cierro los ojos un momento. Por suerte, a Lucía no le gusta coger el ascensor y yo vivo en una novena planta, así que tengo unos minutos para relajarme.

Escucho como mi hermano le abre la puerta principal y segundos después llama con los nudillos a la de mi habitación.

—¿Todavía no estás lista? —me pregunta mientras abre.

—Estoy lista, pero me gusta fastidiar a mi hermano y que se tenga que levantar del sofá.

Lucía me sonríe y observa mi *outfit* unos instantes antes de comentar:

—¡Qué guapa te has puesto!

Me encojo de hombros. No es que me sorprenda que ella venga en chándal porque siempre viste así cuando no es una ocasión especial. De hecho, siempre que me imagino confesándole mis sentimientos ella está vestida de esa forma en mi mente. El que lleva puesto hoy hace un contraste bonito con sus rizos medio rosas. Siempre se está cambiando el color de pelo, así que es difícil que toda su ropa combine con los diferentes peinados que lleva. Por suerte, eso a ella le da igual.

—¿Cuál es el plan? —pregunto.

—Había pensado que compráramos helados y nos los comiéramos en el parque que hay junto a la heladería.

—Qué raro, tú comiendo helado... —me burlo.

Me saca la lengua en respuesta.

No me ha pasado por alto que quiere que nos vayamos al parque en lugar de quedarnos en la heladería. Estoy segura de que es porque necesita privacidad para lo que me va a decir. Solo de pensarlo me dan cosquillas en el estómago, cosquillas que no desaparecen hasta que nos sentamos en un banco del parque con los helados. Antes de acomodarnos, Lucía ya se ha terminado el suyo como la máquina comehelados que es y observa el mío con avaricia. No le pienso dar. Una cosa es que me guste y otra que le vaya a dar parte de mi helado.

—Parece mentira que tengamos tanto tiempo libre después de todo el estrés de bachillerato, ¿eh? —comenta Lucía.

Me importa una mierda el instituto. No quiero atrasar la conversación; quiero soltarlo todo ya porque sé que, como no lo confiese, a lo mejor me echo para atrás.

—Lucía, me habías dicho que tenías algo que decirme y la verdad es que yo también tengo algo que decirte.

Sonríe como si tampoco pudiera esperar y su pierna tiembla descontrolada contra el suelo. O tiene tanta ilusión por hablar conmigo como yo con ella o ya se le está subiendo el azúcar del helado.

—Vale, yo primero —dice ella.

—No, no. Yo primero —replico.

—Sí, claro. Yo lo he dicho antes.

—Qué madura eres, Lucía.

—Es lo que más te gusta de mí, Valeria.

Este es otro de los motivos que me confunden de nuestra relación. Estamos todo el día ligando «de broma». Y entre broma y broma, tengo la cabeza hecha un lío. Al final, suspiro y hago un gesto para que hable ella.

Lucía sacude las manos. Tiene una sonrisa enorme, como esas que se le ponen cuando está haciendo algo que le encanta.

—Me voy a vivir a Japón —suelta de sopetón.

Intento que la perplejidad de mi cara se convierta en una sonrisa de sorpresa, pero no estoy muy segura de conseguirlo.

—¿Qué?

—Ya sé que habíamos planeado irnos a vivir juntas a Madrid en septiembre y todo eso, pero... no va a ser posible. ¡Y por un buen motivo! Aunque ser aceptada en la Escuela de Arte Dramático de Madrid fue genial, esto es aún mejor.

A pesar de que no quiero desilusionarla por mi poco entusiasmo, no puedo evitar suspirar:

—No entiendo nada.

—Claudia ha conseguido una oportunidad para mí en una serie de época japonesa. Así que me salto la escuela de teatro: voy a trabajar como actriz profesional a partir de septiembre.

Sabía que Lucía llevaba unos años estudiando japonés por su cuenta porque siempre ha estado enamorada del país nipón, pero no tenía ni idea de que esa posibilidad estaba en sus planes. Además, ¿desde cuándo tiene su mánager contactos en Japón?

—Eh... Qué locura, ¿no? —acierto a decir.

Lucía frunce los labios y desvía la mirada antes de confesar:

—Pensaba que estaríais un poco más contenta por mí. Ya sé que te hacía ilusión vivir conmigo en Madrid. Yo también estaba deseando independizarme contigo y experimentar la vida universitaria juntas, pero esta oportunidad es...

—Estoy muy contenta por ti —la contradigo. Y es cierto, estoy feliz de que su sueño esté más cerca de lo que había imaginado—. Es solo que me ha pillado totalmente por sorpresa.

—A mí también, pero estoy muy emocionada.

Supongo que ya no tengo que preocuparme sobre cómo confesarle mis sentimientos. No voy a decirle nada cuando se va en tres meses.

—Bueno y... ¿cuánto tiempo te vas? ¿Sabes suficiente japonés como para actuar en ese idioma?

—En principio, mi contrato es de seis meses, de septiembre a febrero. Es para participar en un *taiga drama*[1]. Es un tipo de serie de época que se rueda en inglés para que parezca más extranjera y fiel a la historia original.

—Suena guay.

—¿Verdad? Estoy deseando ponerme trajes de época. Además, Claudia dice que si te va bien en una de esas series es muy fácil que te contraten para más. No es que me quiera quedar allí mucho tiempo, pero si vuelvo con algo de experiencia, encontrar trabajo aquí será más fácil.

Sonrío, esta vez con más sinceridad, y le tomo las manos entre las mías. Había imaginado un escenario mucho peor. Seis meses no es nada. Incluso si se va un año entero, estoy segura de que se pasará volando. Como cuando se marchó a Canadá. Solo tengo miedo de separarnos ahora que estamos más unidas que nunca. Aun así, estoy muy feliz de que haya conseguido una oportunidad en un país que siempre ha querido visitar. Ya tendremos tiempo de mudarnos juntas a la capital más adelante.

—Me alegro un montón por ti, Lucy. De verdad. Lo siento si mi primera reacción ha sido fría. No entendía nada.

—Es normal. Y entendería si estás decepcionada porque no vayamos a mudarnos juntas tan pronto como pensábamos. Pero no te preocupes, quiero ser actriz, así que acabaré en Madrid seguro.

—Tranquila, no te preocupes por Madrid. Tienes que contarme todos los detalles de la nueva aventura.

—Podría estar hablando durante dos horas, así que mejor dime primero lo que me ibas a contar.

Lucía me mira expectante con los ojos celestes relucientes de la ilusión. Aunque pienso que podríamos empezar una relación a distancia si no se va mucho tiempo, no soy tan valiente como para plantearle algo así. Como no he tenido suficiente tiempo para pensar, me deshago de su pregunta.

—Ya ni me acuerdo, tampoco sería tan importante.

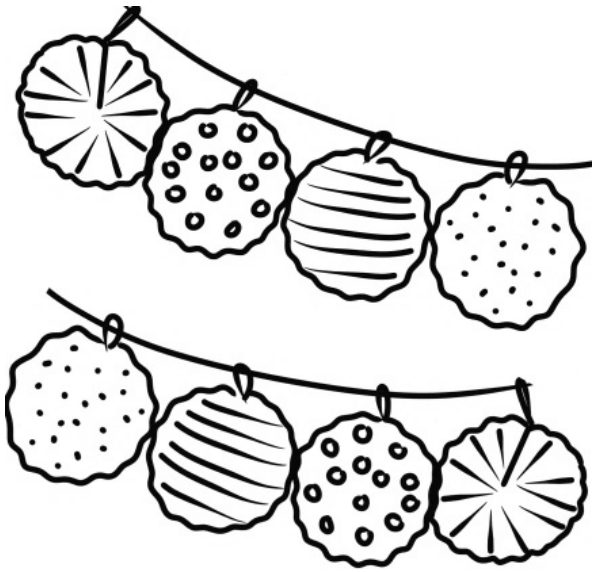
—¿Te has enfadado?

—No. Te prometo que no me acuerdo. Cuando me venga a la cabeza te lo digo.

Asiente y empieza a explicarme todos los detalles que Claudia le envió ayer sobre dónde vivirán y dónde se rodará la serie. Mientras está hablando sobre su visado, miro a las nubes de verano y me doy cuenta de que el universo se está riendo de mí.

¿Por fin tengo una *crush* que no vive en la otra punta del mundo? ¿Por fin tengo una *crush* que no es famosa? ¿Por qué creí que sería yo la excepción de esta regla lésbica no escrita?

Bueno, por lo menos mi *crush* sí que sabe que existo.



Capítulo 3

Valeria.

Solo quedan tres meses para septiembre. Tres meses para que Lucía se marche a la otra punta del mundo. Mentiría si dijera que no me paso el día pensando en ello. Incluso ahora mismo, estando las dos en mi casa arreglándonos para salir, lo tengo presente.

Una parte de mí se arrepiente de no haberle confesado mis sentimientos el otro día cuando nos tomamos el helado. Otra, está convencida de que enredar las cosas en este momento solo nos va a enturbiar los días que nos quedan juntas hasta que se vaya.

Tengo miedo. No por la distancia física; voy a echar de menos abrazarla, hacerle cosquillas en el pelo, escuchar su risa… Pero no es esa distancia la que me preocupa. Deseo que Japón sea la casilla de salida para que consiga todos sus sueños. Quiero que esta experiencia sea increíble para Lucía porque se lo merece. Porque es la mejor. Pero no soy idiota y sé que en cuanto nuestros círculos cambien de forma tan radical, nuestra amistad, este lazo tan fuerte que compartimos, se va a ir deshaciendo.

—¿Tengo bien puesta la flor? —Lucía me saca de mis pensamientos. Se está vistiendo de flamenca en mi casa porque me

había prometido que me dejaría maquillarla para ir a la feria. Cuando lo hace ella sola siempre acaba cubriéndose las pecas y a mí me gusta que se le vean—. La veo un poco torcida.

—Espera. —Me pongo detrás de ella y le recoloco la flor turquesa sobre la trenza—. Qué guapa estás, joder.

—¿Y cuándo no?

Pongo los ojos en blanco y me río. La verdad es que siempre está guapa. A veces me pregunto cómo pueden ser sus ojos tan azules o por qué su sonrisa es tan auténtica. A lo mejor solo pierdo el culo por la gente con hoyuelos.

—Yo parezco un chorizo con este vestido —me lamento—. Pero no tengo ganas de buscar nada más.

A diferencia de ella, yo no voy vestida de forma tradicional, sino que me he puesto el vestido de la graduación. Es rojo fuego y algo ajustado. A veces me siento insegura con la ropa que marca mi cuerpo, pero no permito que ese sentimiento me domine.

—Esta noche voy a aprovechar para despedirme bien de todo el mundo —comenta—. Sé que aún quedan varios meses para irme, pero, con las vacaciones de verano, será difícil volver a coincidir con algunas personas.

—Entonces hagamos que merezca la pena: vamos a beber mucho rebujito. Prometo perrear y todo.

—Maaaadre… ¿Quién es esta Valeria y dónde está la mía?

—Como lo oyes. Voy a estar pegada a ti como una lapa para que veas que no miento. O para que me sostengas el pelo si vomito.

Ella hace una mueca de asco.

—Esperemos que solo te pongas más graciosa de lo que ya eres.



La verdad es que graciosa, lo que se dice graciosa, estoy. Después de horas de caseta en caseta bebiendo rebujito con diferentes amigos, hemos acabado en una para jóvenes donde ponen música bailable. Una mezcla extraña entre reguetón y flamenquito. Estoy tan graciosa que he acabado bailando una sevillana con Fran, mi mejor amigo, a pesar de que ninguno somos capaces de coordinar los brazos y los pies al mismo tiempo. Veo de fondo a Lucía charlar con otra de nuestras amigas. Bueno, escuchando a nuestra amiga contarle uno de sus interminables dramas amorosos. Me río al ver su cara de póquer porque sé que está deseando encontrar una oportunidad para huir.

Cuando acabo la sevillana con Fran, saco mi móvil para hacerle una foto a su expresión de aburrimiento porque no tiene precio. Justo cuando voy a hacerla, Lucía desvía la vista hacia mí y me fulmina con la mirada.

«Deja de reírte de mí y sálvame», me gritan sus ojos alto y claro.

—¡¿Quieres bailar?! —le pregunto por encima del ruido.

Le he dado la excusa perfecta para huir, pero a qué precio. Siempre me pongo nerviosa al bailar con ella porque soy muy torpe y me da vergüenza que compruebe de primera mano lo mal que me muevo. Por suerte, el rebujito es mi aliado esta noche y soy capaz de ignorar cómo me siento.

—¿Disfrutando de mi tortura? —me cuestiona al llegar hasta donde estoy.

Trago saliva y me fijo en que tanto el cuello como el pecho de Lucía están brillantes. No me extraña, todos estamos sudando por el calor que hace dentro de la caseta. Lo que me fascina es que la veo más atractiva de esta forma. Los rizos rubios mezclados con rosa se le pegan a la cara y, aunque se le haya corrido un poco el maquillaje, sus ojos azules relucen tanto que es imposible no admirarlos.

—Lo siento, tu cara era demasiado graciosa. No quiero ni saber lo que te estaba contando. —Es la disculpa más falsa que he pronunciado en mi vida.

—La verdad es que no quieres.

Lucía me rodea el cuello con los brazos y pega su cuerpo al mío cuando empieza una canción de reguetón que las dos nos sabemos. Cuando se pone a cantar, la acompaño mientras nos movemos y reímos dándolo todo. En un momento dado, alguien detrás de Lucía la empuja hacia mí y la agarro por las caderas con más fuerza para que no se caiga. Ese tropiezo nos hace soltar una carcajada.

—Hacía tiempo que no bailábamos, ¿verdad?

—Sí —afirmo—. Ya sabes que no soy la más fiestera.

—Me encanta cuando salimos y te veo pasarlo tan bien.

Cuando me dice esas cosas se me calienta hasta el alma. Por no mencionar otras partes de mi cuerpo. A nuestro alrededor hay parejas besándose a diestro y siniestro y yo me muero de ganas por imitarlos con ella.

¿Querría Lucía hacer lo mismo? Me está mirando con mucha intensidad y no sé si es el rebujito o que me estoy flipando demasiado. ¿Podría ser esto lo que yo creo que es? ¿Está ligando conmigo?

—La verdad es que me lo estoy pasando genial. Estar con todos nuestros amigos aquí, la música, el ambiente… Me encanta la feria —digo para tener los labios ocupados con algo.

Lucía asiente y, de forma orgánica, acabamos demasiado cerca, casi abrazadas. Nuestras narices se chocan y ella encoge la suya con una sonrisa. Yo imito el gesto y nos reímos.

Juro que no sé qué especie de valentía o inconsciencia me domina en ese momento. Puede que me esté dejando llevar por el ambiente, o a lo mejor verla encoger la nariz ha revuelto todos mis sentimientos. La cuestión es que la beso. Acorto la distancia que nos separa y le doy un beso suave y rápido, nada en lo que recrearme demasiado.

Lucía empieza a reírse y dice:

—Vaya, alguien está muy borracha, ¿no?

«Joder, joder, joder…». Saltan las alarmas en mi cabeza.

Me río también para seguirle la corriente y que no note que estoy temblando.

—Uff, ya ves… Perdona, estaba tan eufórica que no he…

—Ey, no me ha molestado. Tú y yo somos esa clase de amigas que puede hacer estas cosas sin que sea raro. Solo por divertirnos y experimentar. —Me da un pico fugaz antes de continuar—. ¿Ves? No ha sido nada.

—Jeje, sí, me alegro de que seamos esa clase de amigas —disimulo.

«Qué vergüenza. Qué vergüenza».

¿Por qué la he besado? ¿Por qué? Lucía es muy abierta y se lo ha tomado como un juego, como una broma. Y no sé qué es peor: que piense que ha sido una tontería, que sospeche que me gusta, pero prefiera evadir el tema, o que me vea como esa clase de amiga con la que se puede dar besos de mentira porque JAMÁS va a verla de otra forma.

Aunque disimulo durante el resto de la canción, cuando salimos de la caseta sigo muy rayada. Soy incapaz de sumarme a las conversaciones de otra gente y hacer como si nada. No quiero que Lucía se dé cuenta; así que, cuando unos amigos de la piscina en la que entreno me proponen ir a otro lado, dejo allí a Lucía, Fran, Alicia y los demás y me voy sin decir nada.

Necesito despejarme un rato y olvidar lo que ha pasado.

Como si pudiera olvidar que la he besado.



Capítulo 4

Lucía.

Estoy siendo una borde con mis mensajes. Lo sé, y sé que no es justo porque Valeria no tiene ni idea de que estoy súper pillada por ella.

Siempre he pensado que era mi amiga hetero, así que llevaba mi *crush* en ella bastante bien. Al menos hasta que, de repente, un día que estábamos andando hacia el instituto por la mañana, nuestro amigo Fran mencionó que Valeria era bisexual.

En ese momento pensé que era imposible que Valeria hubiera descubierto que lo era y no me lo hubiese dicho. Después de todo, éramos mejores amigas y, además, yo era la persona más *queer* que ella conocía en ese momento. En mi cabeza, parecía imposible que no se sintiera lo suficientemente segura conmigo como para contármelo.

—¿Cómo que bisexual? —le inquirí a Valeria.

Ella se encogió de hombros.

—¿Desde cuándo lo sabes? —insistí.

—Yo que sé. Desde hace un mes, creo.

—¿Cómo es que no me habías dicho nada?

Analizando la intensidad de mi reacción en retrospectiva, quizás por eso no me dijo nada.

—No sé, pensaba que te habías enterado.

Como si se me fuera a olvidar de un dato así. En aquella ocasión, recuerdo que el camino a la escuela me pareció demasiado corto.

—¿Lo has descubierto porque te ha empezado a gustar una chica...? —le pregunté.

No es que pensara que te tuviera que gustar alguien para descubrir tus preferencias, es que una parte de mí quería que ella confesara que yo le gustaba. Me estaba montando mi propia fantasía y sabía que podía salir mal parada, pero no tan mal parada.

—Más o menos. Me di cuenta de que me llamaba la atención Paula.

Casi me caigo al suelo de la sorpresa. «¿Paula? ¿En serio? ¿Esa amiga de la piscina que conoce desde hace dos meses?», pensé. «¿La insoportable que se junta con Alfonso y que siempre está criticando a todo el mundo?». Que yo no fuera la causa de su descubrimiento me dolía, pero que fuera esa tipa lo hacía aún más. Desde que Valeria me dijo aquello no he vuelto a ver a Paula con los mismos ojos, aunque no es que me llevara muy bien con ella para empezar.

Es por eso que me molestó tanto que ayer Valeria se marchara con Paula y Alfonso después de besarme. En general, que esté alrededor de él me da grima. Es un chico de su piscina con el que Valeria solía liarse y que, a pesar de que las cosas entre ellos han terminado, le sigue metiendo mano de vez en cuando sin permiso. Pero cuando ayer por la noche decidió marcharse con Paula y Alfonso sentí mucho más que grima.

No me enfadó no poder quedarme a dormir en casa de Valeria como había planeado. Su casa está más cerca de la feria y me habría venido bien, pero no es eso. Me enfadó pensar que me había besado y luego se había ido con esos dos. Y lo peor de todo es que, pudiéndome invitar a unirme a ellos, se marchó y me dejó tirada en la feria.

Así que sí, estoy siendo una borde en los mensajes de WhatsApp que estamos intercambiando y, aunque no me siento bien

escribiéndole así, tampoco creo que pueda ofrecerle nada mejor ahora mismo.

Val



¿A ti qué te pasa, tía?

Lucy



Nada. Esta es la forma en la que contesto a la gente que me deja tirada. Lo normal, vaya.

Val



Pero si estabas con Fran. ¿Qué tirada ni tirada?

Lucy



Pensaba quedarme a dormir en tu casa.

Val



No sabía que mi casa era un hotel.

Lucy



Lo habíamos acordado así antes de la feria.

Val



Bueno, ¿y qué hago si quería estar un rato con otra gente?

Val



Cuando volví a por ti, te habías ido. ¿Eso también es culpa mía?

Lucy



Me podrías haber invitado. Así no nos separábamos.

Lucy



No es como si no conociera a Alfonso y Paula.

Val



Ya, tía, pero no te llevas bien con ellos. No quería que las cosas se pusieran tensas.

Bloqueo el móvil antes de contestarle una barbaridad. Por ahí no paso. Ya tengo bastante inseguridad desde que volví de estudiar en Canadá porque siento que no encajo aquí y que la gente no me quiere en su grupo de amigos. Lo que me hacía falta para terminar de rayarme era que Valeria me confirmara que hago que las cosas sean raras.

El pecho me duele de una forma conocida, como me solía doler en primaria cuando me encerraba en el cuarto de baño a llorar porque las niñas se reían de mí por jugar al fútbol. Siempre me ha costado encajar y la cosa no mejoró cuando empecé a ser consciente y franca sobre mi orientación sexual en el colegio católico en el que estudiamos. Sin embargo, con Valeria siempre he sentido que tengo mi lugar seguro. Aunque solo sea con ella. Incluso si los demás piensan que soy una friki, una creída o una tía rara. Con Valeria puedo ser yo, y, que me diga estas cosas, me duele. Me duele muchísimo.

No me sorprendo cuando empiezo a llorar. Ella ha escrito «No quería que las cosas se pusieran tensas», pero yo he leído «Eres un poco rarita y no te puedo mezclar con mis amigos normales».

He dicho que no quería escribir ninguna barbaridad hace unos minutos, ¿verdad? Pues parece que he cambiado de idea porque desbloqueo el teléfono y escribo:

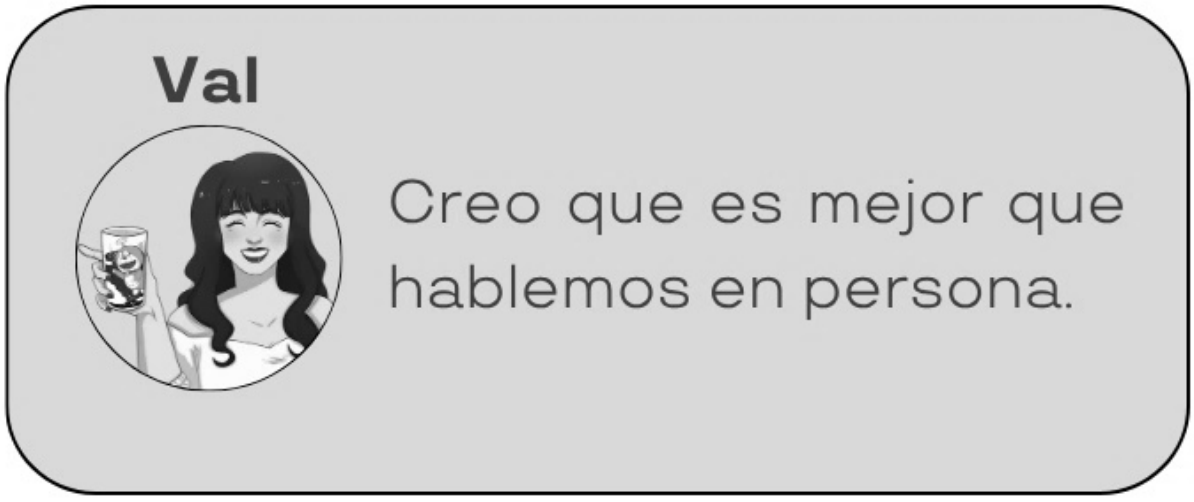


Así, con puntuación y todo. Para que se vaya a la mierda según dicta la RAE.

Valeria escribe, luego borra, luego escribe. Yo bloqueo el móvil cincuenta veces en un minuto, me meto en otras aplicaciones, reviso si ya me ha enviado el mensaje… Nada. A lo mejor así es como se termina nuestra amistad. A lo mejor me voy a Japón, ella se va a Madrid y el último mensaje que le he mandado es que se vaya a la mierda.

Me arrepiento y quiero borrarlo, pero no serviría de nada porque ya lo ha leído. Además, sí que quería mandarla a la mierda porque creía que así me dejaría de doler el pecho. La he cagado y mi situación no ha mejorado en absoluto.

De repente, me pongo dramática y empiezo a pensar en todos los círculos de amigos guais que va a hacer en la universidad porque Valeria es genial y se le acerca gente maravillosa. Es entonces cuando soy consciente por primera vez de lo lejos que voy a estar yo. En lo fácil que le será olvidarse de mí y empezar de cero. Joder, si así es como termina nuestra amistad y nos convertimos en conocidas me voy a arrepentir de muchas cosas.



Suspiro y la tensión de mi pecho se esfuma un poco. Siendo realistas, me estoy enfadando más de lo que procede porque Valeria

me gusta y no es justo que le imponga estas expectativas que tengo en ella solo por esa razón..

Le pido que venga a mi casa porque mi madre está de guardia en el hospital y nadie nos va a molestar. En la suya siempre hay gente y ruido, así que acepta. Y hace lo nunca visto: coge el autobús local para venir hasta mi casa. O tiene muchísimas ganas de arreglar las cosas conmigo o quiere dejar de ser mi amiga.

Cuando llega, siento que me falta el aire otra vez. Le abro la puerta y subimos a mi habitación en silencio. Tengo miedo de que esto se convierta en una conversación extraña y falsa porque a Valeria no le gusta confrontar a la gente. Sé que si puede evitar los conflictos, lo hace, por eso me sorprende para bien cuando suelta:

—No entiendo por qué estás tan enfadada.

—Me dejaste tirada ayer.

—Te conozco y sé que no es solo por eso.

Me muerdo el labio y decido contar la verdad a medias porque lo que más quiero es recuperarla como amiga.

—Me ha... Me ha dolido mucho que dijeras que conmigo las cosas se ponen tensas en tu grupo de amigos. ¿Estoy siendo una tóxica sin darme cuenta?

—Sabes que no lo he dicho con esa intención. Simplemente no sois tan cercanos, pero eso no significa nada. Tú misma dices siempre que no podemos caerle bien a todo el mundo y que te da igual si la gente te odia. ¡Peor para ellos! Lucía, eres la persona más segura de sí misma que conozco, así que dime la verdad porque dudo que sea solo eso lo que te ha hecho enfadar.

—Sí que es solo eso, Valeria. Aunque tú no te lo creas, esos comentarios me afectan mucho. Me cuesta encajar y…

—No estoy diciendo que no te afecten ni que no te crea. Pero la última vez, cuando Amanda de la clase te dijo que eras una rarita, la llamaste «puta zorra» y seguiste con tu vida.

—No compares a Amanda contigo. Por supuesto que me da igual lo que diga esa idiota, pero, cuando esas palabras vienen de ti, me afectan más porque... —Tomo aire—. Escuchar de tu boca que hago que las cosas sean tensas con la gente me ha afectado más de lo normal porque... me gustas, Valeria.

Hala, ya lo he dicho.

Estoy aliviada y cagada al mismo tiempo. Una parte de mi se alegra de haberlo soltado porque, si nuestra amistad va a cambiar de todos modos, por lo menos me saco esto del pecho. Me pongo de los nervios porque su cara de póquer no me dice nada y los quince segundos que se queda mirándome sin pestañear se me hacen como cinco horas.

Estoy empezando a ponerme roja y a punto de añadir algo para quitarle hierro al asunto cuando me pregunta:

—¿Es una broma?

Eso sí que me ha molestado.

—¿Crees que bromearía con este tema?

—Yo qué sé, Lucía. Siempre me estás gastando bromas y algunas bastante fuertes.

—¿Crees que te gastaría esta broma después de que nos besáramos ayer?

—¿Entonces no es broma?

—Valeria, si me vas a rechazar, hazlo ya. Deja de preguntar si es broma porque me estoy enfadando.

—Perdón. Es que no me lo puedo creer porque... tú también me gustas.

—¿En serio?

—¿Quién está preguntando ahora? —se ríe Valeria algo sonrojada.

—Es que yo... me refiero a que me gustas de forma romántica —aclaro.

—Yo también.

Nos quedamos contemplándonos la una a la otra como dos tontas durante unos segundos hasta que, de repente, rompemos en carcajadas.

—Vaya dos dramáticas, la que hemos formado para confesar nuestros sentimientos... —comento.

Ahora no sé dónde meter las manos. ¿Siempre me han estorbado tanto? ¿Siempre me han sudado tanto?

—Si te digo la verdad, había decidido hace poco llevarme este secreto a la tumba —confiesa Valeria.

—Yo igual. Cuando me dijiste que eras bisexual y que lo habías descubierto porque te atraía otra chica que no era yo... Creí que nunca podría gustarte de esa forma. Pensaba que si lo decía iba a joder nuestra amistad y no quería eso, Val. Porque quiero que siempre seas parte de mi vida, sea en calidad de lo que sea. Incluso si eso significa tener que olvidar lo que siento por ti.

Valeria se muerde el labio y asiente.

—Te entiendo. Yo también tenía mucho miedo de fastidiar nuestra amistad. Pero, bueno, al final no había de qué preocuparse.

Ambas estamos estáticas, sin saber qué debemos hacer. Llevamos tanto tiempo siendo amigas que no sé cómo seguir después de esta confesión. Supongo que lo que procede es besarnos para sellar toda esta locura.

Le miro los labios para que entienda lo que quiero hacer. Ella asiente y se acerca un tanto. Estamos casi nariz con nariz, más cerca incluso que cuando nos besamos ayer en la caseta. Sin embargo, no llegamos a cerrar el beso, sino que volvemos a reírnos la una en la cara de la otra. Intentamos acercarnos dos veces más y volvemos a desternillarnos de nuevo.

¿Qué vamos a hacer si después de tanto esperar no somos capaces de besarnos? ¿Qué pasa si después de tanto amor platónico no podemos llegar a nada físico?

Estoy pensando en las posibilidades que tendríamos en ese caso cuando Valeria me pasa la mano por el cuello y me besa de imprevisto.

No es un pico como la noche anterior, no es fugaz. Es largo y algo torpe. Cariñoso.

Cuando lo asimilo y la rodeo entre mis brazos, se me evaporan todas las dudas. No vamos a tener ningún tipo de impedimento para acostarnos. Eso me queda claro cuando dejamos a un lado la inseguridad previa y el beso se vuelve más húmedo y anhelante.

Solo nos detenemos cuando Valeria se desequilibra y casi se cae a pesar de que no nos hemos movido de sitio. Muy Valeria por su parte.

—¿Qué pasa? ¿Te tiemblan las piernas qué? —bromeo, intentando hacer la situación menos tensa y extraña para que no

nos dé la risa otra vez.

Aunque Valeria sonríe, su gesto se vuelve más serio con el paso de los segundos. Estoy a punto de aclarar que estaba de broma por si se ha ofendido cuando me pregunta:

—¿Quieres salir conmigo, Lucía?

Esta chica quiere que se me salga el corazón por la boca. Espero que esté dispuesta a recogerlo.

—Cla-claro, pero…

—¿Pero?

—Quiero salir contigo, claro que quiero salir contigo. Pero me preocupa que esto salga mal y nos enfademos... No sé cómo explicarlo. La cuestión es que quiero que sigas formando parte de toda mi vida, así que no quiero joderlo. Soy bastante peor novia que amiga, así que...

—Me lo voy a tomar como un «sí» y me aseguraré de no querer romper contigo —me corta Valeria.

Sonrío.

—Sí, quiero salir contigo.

—Además —insiste Val—, te conozco y me conozco a mí misma. Aunque las cosas no funcionaran entre nosotras, sé que seríamos capaces de perdonarnos y seguir siendo amigas.

Asiento y, aunque quiero seguir hablando con ella, mis ojos se desvían hacia sus labios de nuevo. Valeria se ríe de mí al ver esa mirada, pero no le doy tiempo a decir nada antes de volver a devorarla; si se va a burlar por lo colada que estoy por ella, al menos que tenga motivos.

Nuestro siguiente beso casi acaba con la vida de mi escritorio.



Capítulo 5

Lucía.

Ambas pensábamos que anunciar nuestra relación en redes sociales iba a revolucionar nuestro mundo, como pasa en las películas. Nada más lejos de la realidad, la mayoría de la gente que nos sigue ya pensaba que estábamos juntas, así que no hemos obtenido grandes reacciones dramáticas por parte de nuestros conocidos. Nuestros amigos parecen haberse puesto de acuerdo y todos nos comentan los posts con alguna variante de «ya era hora», por lo que supongo que las últimas en enterarnos de nuestros sentimientos hemos sido nosotras. O las penúltimas. Todavía tenemos que contárselo a nuestros padres que piensan que somos mejores amigas. Quizá en algún momento se acaben enterando porque no lo estamos ocultando. Me gusta pensar que ambas estamos siendo naturales y orgánicas con la situación, aunque la realidad sea que estoy asustada por contárselo.

Mis padres ya saben que soy lesbiana. A Valeria le ha costado un poco más que los suyos entiendan el concepto de la bisexualidad. A veces todavía le repiten que «no hace falta que diga que también le

gustan los hombres, que ellos la aceptan tal y como es». A pesar de la ironía de ese comentario, podría ser peor.

La cuestión es que ya lo sabe medio pueblo y que es probable que ellos se enteren pronto. Me siento mal porque es a Valeria a quien le tendría que costar más trabajo contar lo nuestro, pues hasta hace poco vivía su vida como heterosexual. Pero la realidad es que no lo hemos dicho aún porque yo no sé cómo reaccionarán los míos.

Por suerte o por desgracia, es mi madre la que acaba abordándome a mí mientras me lleva en coche a la estación de tren. Voy a pasar unos días en la playa con mis amigos y, aprovechando que todavía estamos a solas, empieza a preguntarme por mis planes.

—¿Dónde os vais a quedar entonces?

—Mamá, por tercera vez, en casa de Rubén. No te preocupes más.

—¿Pero Rubén tiene tantas habitaciones? —insiste.

—Solo somos tres, cuatro con Rubén. Seguro que nos las apañamos.

—Menos mal que sus padres no están. A mí me daría un infarto —me dice. Como si yo no lo supiera ya.

—De todos modos, vamos a estar todo el tiempo en la playa y vamos a dejar la casa mejor de lo que estaba —le aseguro.

—Confío en ti. Te quedas mucho a dormir con Rubén y nunca habéis tenido ningún problema.

Cuando veo por dónde está intentando llevar la conversación casi me da la risa. Rubén es el amigo más gay que tengo. Es verdad que me quedo muchas veces a dormir en su casa, pero no se me ocurre una combinación menos sospechosa que nosotros.

Al ver que no le respondo, mi madre explota.

—¿Estás saliendo con Rubén?

—Mamá, Rubén es gay —le contesto en lugar de un simple «no».

—Me lo imaginaba, pero no es bueno dar por hecho sin saber...

Le estoy sonriendo orgullosa de ella y de lo mucho que ha cambiado cuando me lanza un ataque sorpresa inesperado.

—¿Y con Valeria? ¿Estás saliendo con Valeria?

Y yo pensando que no había entendido mi lesbianismo. Lo ha entendido perfectamente. Y, además, acaba de demostrarme que está dispuesta a tener una mente abierta para hablar de mi pareja. Es mi oportunidad de oro para contárselo y dejar de ocultarnos. Sin embargo, por algún motivo, entro en pánico.

—Sí, claro, mamá. ¿Me vas a preguntar si estoy saliendo con todos mis amigos o qué? —ironizo antes de poder pensármelo dos veces.

Ella se encoge de hombros.

—Bueno, hija, es que nunca me cuentas nada...

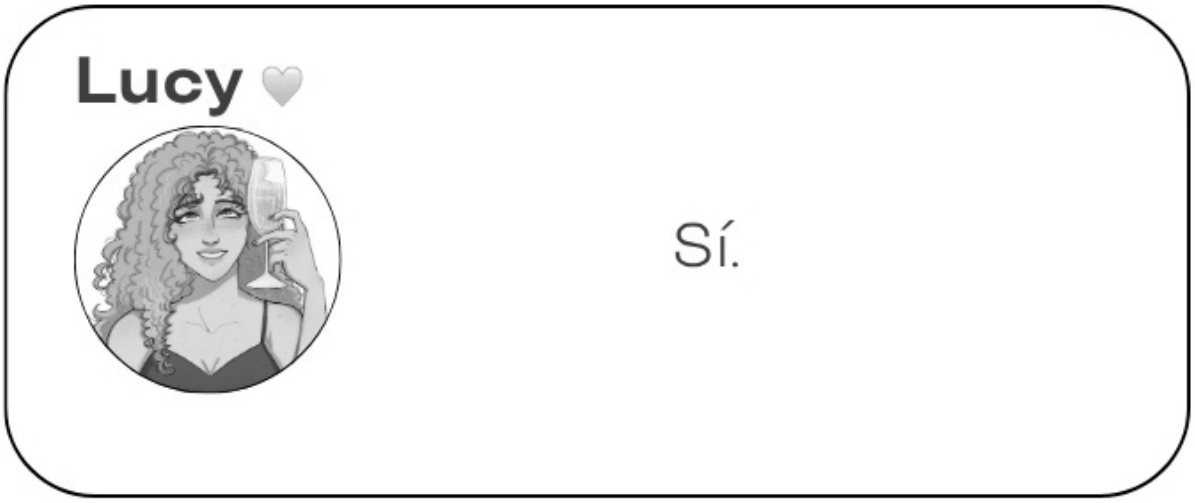
El corazón se me pone a mil. ¿Le acabo de mentir en toda su cara? Era mi oportunidad perfecta para contárselo de manera natural y la he desperdiciado. No solo eso, también le he mentido. ¿Por qué le he dicho eso? ¿Quizás porque no estaba preparada para contárselo? No, eso no puede ser, yo quiero contárselo a todo el mundo. Quiero gritarlo a los cuatro vientos.

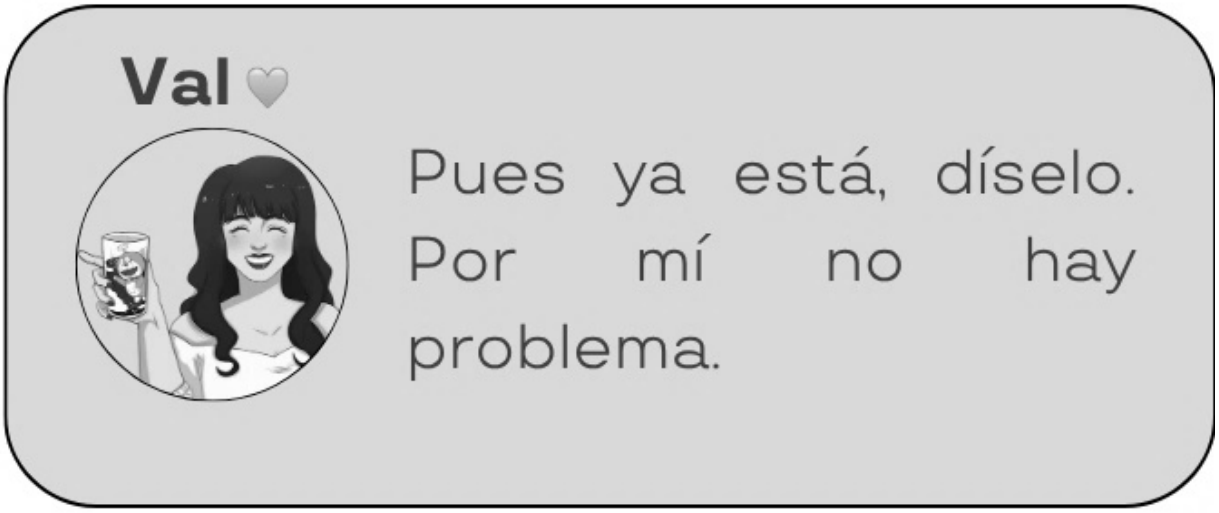
Sé que mi madre odia que me ponga a tontear en el teléfono cuando voy de copiloto, pero esto es una emergencia. Saco el móvil y le describo la situación a Valeria en unos sesenta mensajes fragmentados casi cada dos palabras.

Después de darle cinco opiniones contradictorias y seis posibles futuras reacciones y planes, Valeria interrumpe mi pánico con un mensaje:



Me lo pienso unos segundos y al final contesto:





Miro a mi madre de reojo. Como está conduciendo, ella no puede mirarme a mí; de hecho, se está esforzando bastante por ignorarme a propósito. Como buena cobarde que soy, le saco otro tema de conversación. Empiezo a preguntarle sobre mi hermana por si se ha enterado de algún drama amoroso suyo. Candela tampoco nos cuenta nunca nada, así que todos tenemos curiosidad. Lo siento, hermana, te he sacrificado para salvarme.

Al final, mi madre aparca en la estación. Me da un abrazo y un beso y me dice que tenga cuidado. Lo estoy viviendo todo en tercera persona, como si no me estuviera sucediendo a mí. Todo lo que puedo oír son las palabras que mi cerebro repite una y otra vez: «Si

te bajas del coche, adiós a tu oportunidad. Si te bajas del coche, adiós a tu oportunidad...».

—Mamá…, lo que me has preguntado antes —comienzo deprisa antes de arrepentirme—. En realidad, sí que estoy saliendo con Valeria.

Mi madre me sonríe y me da otro beso.

—Muy bien, tened cuidadito en la playa.

Al final era más fácil de lo que pensaba. Sin dramas, sin complicaciones. Me da la sensación de que mi madre ya lo sabía y estaba esperando a que yo se lo dijera. Quizás se lo haya contado alguien del pueblo que nos siga en redes sociales. Nunca me he cortado por redes sociales, pero, ahora que mi madre lo sabe, siento que tengo aún más libertad para subir fotos juntas en la playa.



Cuando estoy con Valeria se me olvida que me marcho en un mes. Estoy ilusionada por irme a Japón y no tengo miedo como todos creen que debería tener. No temo que las cosas cambien entre nosotras por la distancia. Es que estamos hablando de Valeria y de mí, es imposible sentirse insegura. Estoy convencida de que seremos capaces de solucionar cualquier cosa que nos pase. Alguna gente cree que estoy loca porque apenas hemos empezado a salir, pero es que no entienden que mi conexión con Valeria no comenzó cuando dimos el paso de ser novias. Somos amigas desde mucho antes y eso no va a cambiar, pase lo que pase.

—Tía, me he enterado de que te vas a Japón —me dice Paula, la chica insoportable de la piscina a la que va Valeria, por la que me mintió diciéndome que había descubierto que era bisexual.

No sé cómo es posible que nos la hayamos encontrado en la playa. ¿Cuántas son las probabilidades de que nos vayamos a una cala remota y nos encontremos con una amiga de Valeria? Bueno, «amiga» por llamarla algo. A mí esta chica siempre me ha dado mala espina y ahora que se ha acercado a hablarme cuando no está Valeria, aún más. Menos mal que Val me aclaró que la usó como excusa para que yo no sospechara que estaba colada por mí.

—Sí, me voy en septiembre —contesto.

—Qué guay, ¿no? Tienes que estar súper contenta.

—La verdad es que sí.

Estoy intentando ser todo lo educada que puedo porque Paula no me ha hecho nada. Pero es que no puedo evitar estar alerta cuando es la segunda vez que me habla aprovechando la ausencia de Valeria. ¿Quizás es una fanática de Japón?

—¿Cuánto tiempo te vas? —insiste.

—Seis meses.

—Me imagino que Valeria irá a visitarte.

—Pues no lo creo. No es que tenga especial interés en visitar Japón y los vuelos son muy caros.

De verdad que estoy intentando entender a qué viene este interrogatorio. A lo mejor me estoy imaginando cosas y en realidad solo estamos siendo amables la una con la otra. Aunque la realidad es que no me importaría que se volviera a su sombrilla.

—Entonces, ¿qué vais a hacer? —me pregunta—. Acabáis de empezar a salir, tiene que ser duro separarse seis meses de repente.

—¿Qué quieres decir con «¿qué vamos a hacer?»? —le devuelvo la pregunta con una ceja enarcada.

No sé lo que está buscando con sus indagaciones, pero me va a encontrar si está insinuando cosas raras.

—No sé, ¿qué va a pasar con vuestra relación?

—Pues haremos videollamadas y nos esperaremos seis meses la una a la otra, digo yo. Es que, la verdad, no sé qué quieres que te conteste a eso. ¿Me estás preguntando si vamos a cortar?

—¡No! Lucía, por favor. No me refería a eso. —Se ríe de manera desenfadada, metiéndose el flequillo pelirrojo chillón detrás de la oreja—. Estoy segura de que siendo vosotras dos las cosas van a ir

bien. Te lo vas a pasar genial, ya verás. Y seis meses no son nada en realidad.

No sé si se ha rendido porque ha visto que tengo poca paciencia o qué es lo que la ha hecho cambiar el tono, pero lo importante es que se ha pirado de mi sombrilla y ahora puedo leer tranquila.

Cuando Valeria y Rubén vuelven del paseo, decido no contarle lo que ha pasado. Conociéndola, seguro que le va a dar mil vueltas a las cosas que le diga la gente y se va a preocupar. Aunque ni por quedarme callada me libro de Paula que, al ver llegar a Valeria, se acerca y nos invita a ir a beber al paseo marítimo por la noche.

Tendría que haberle contado a Valeria que esa chica estaba intentando meter cizaña entre nosotras. No obstante, cuando me doy cuenta de mi error, ya es tarde. Pensaba que no habría problema, así que me he puesto a beber con Rubén y nos hemos marchado a bailar por ahí mientras Valeria iba al baño. Después de unos minutos, voy a buscarla porque ha bebido mucho y temo que se haya mareado.

Por suerte está bien. O todo lo bien que se puede estar hablando con Paula en la puerta de los servicios. Al verlas, decido esconderme para enterarme de la conversación. A lo mejor soy una paranoica, pero me da mala espina.

—La verdad es que es una putada, tía —le está diciendo Paula a mi novia—. Tú eres muy fuerte, yo no podría soportarlo.

—No sé si soy fuerte. Pero bueno, ¿qué le vamos a hacer?

El tono de Valeria es bastante deprimido, así que estoy a punto de interrumpir la conversación y decirle cuatro cosas a esa imbécil. Al final me quedo parada escuchando y diciéndome a mí misma que lo hago porque no tengo suficiente contexto de su conversación.

—Es que a mí me daría tanta inseguridad que mi pareja se fuera al extranjero... Incluso si fuéramos José y yo, que llevamos ya tres años, me sentiría insegura. No me puedo ni imaginar cómo te sientes tú cuando solo lleváis un verano saliendo.

Normal que esta tipa se sienta insegura, si todos en el pueblo sabemos que, más que tres años de relación, llevan tres años de cuernos. Ambas partes son igual de culpables. Lo peor de todo esto es que no creo que lo esté diciendo por preocupación. Pienso que lo

hace por joder. No, estoy segura de que es por joder. Es la clase de persona que necesita pisotear a los demás para sentirse mejor consigo misma.

Estoy a punto de salir de mi escondite y escupirle lo mierda de persona que es cuando Valeria se pronuncia y me saca una sonrisa.

—Es verdad que va a ser duro, pero yo confío en ella. Si hay algo que no me va a faltar es confianza.

—No sé. Me alegro por ti, pero todos los casos que conozco de parejas en las que uno de los dos se ha ido al extranjero han acabado en cuernos. O separados. O enfadados. Ya sea por un Erasmus, por trabajo o lo que sea. Esas cosas nunca acaban bien.

—Bueno, se va a ir seis meses y lleva enamorada de mí años. Yo creo que le podemos dar un voto de confianza —insiste Valeria, segura de nosotras.

Ojalá poder besarla ahora mismo, estoy muy orgullosa de ella.

—A ver, si yo no digo que vaya a pasar nada. El problema es que tú te quedas aquí con la rutina de siempre, esperando… Y ella se va por ahí a ver cosas, a conocer a gente nueva... La perspectiva te puede cambiar mucho.

Las interrumpo a pesar de que quiero escuchar la respuesta de Valeria porque ya no aguanto más.

—¡Valeria! Rubén y yo llevamos un rato buscándote.

Me meto entre las dos y beso a mi novia antes de arrastrarla por la muñeca fuera del servicio para bailar. Paula no sabe ni qué decir porque está claro que se pregunta cuánto he llegado a escuchar. En cualquier caso, ninguna de las dos vamos a dejar que nos arruine la noche, así que nos marchamos a pasárnoslo bien.

Rubén está ligando con un extranjero cuando a nosotras empiezan a dolernos los pies, por lo que nos da las llaves de casa y nos dice que vayamos nosotras primero, que él nos alcanza luego.

Normalmente, cogeríamos un taxi desde el paseo marítimo, pero, como estamos deseando que nos piquen los mosquitos y queremos que se nos baje el alcohol, nos vamos dando un paseo.

—¿Tú crees que si ahora mismo me pica un mosquito se emborracha? —le pregunto.

—Creo que ya estoy viendo a algunos volar raro —me contesta Valeria.

Nos echamos a reír en medio de la calle y una vecina sale a darle golpes a la ventana para quejarse como si fuera un zombi de película apocalíptica. Nos vamos corriendo antes de que llame a la policía. En el silencio que se genera entre nosotras después de terminar de jadear, Valeria me pregunta:

—¿Te has enterado de la conversación con Paula?

—No pretendía espiaros, pero sí. Bueno, en realidad, sí que pretendía espiaros porque esa tía es una falsa. A mí me dice que qué bonito que me vaya de viaje y a ti empieza a contarte tonterías para meterte inseguridades —protesto en un tono más alto de lo normal, enfadada.

—Tranquila, no le estaba haciendo ni caso.

—Según mis estudios de perra asquerosa —imito el tono de voz de Paula—, todo el mundo que se va al extranjero le pone los cuernos a su pareja. Está testado por mí misma con todos los extranjeros que me tiro.

Ella se echa a reír.

—Cállate, anda, que Paula es mi amiga.

—Con amigos así, ¿quién necesita enemigos?

Valeria me da un golpe en el hombro. Aunque no parece enfadada, su tono se vuelve más serio.

—Quiero que me prometas una cosa, Lucía.

Le tomo la mano y entrelazo nuestros dedos.

—¿Ves como sí que te ha creado inseguridades?

—Escúchame. Quiero que me prometas que, si te empieza a gustar otra persona o si la distancia empieza a ser demasiado dura, me lo vas a decir. Prefiero que acabemos bien y sigamos siendo amigas a que por orgullo forcemos una relación que nos acabe separando.

Asiento y le cojo la otra mano para que se pare en mitad de la calle y me mire a los ojos.

—Te lo prometo. Sea cual sea nuestra relación, no me imagino una vida en la que tú no estés de alguna forma.

Valeria traga saliva y desvía la mirada. No está muy acostumbrada a hablar de temas serios; de hecho, siempre los está esquivando. Menos mal que estoy yo para ser la intensa de la relación.

—Ahora tú —la apremio.

—¿Yo qué?

—Que me lo prometas tú a mí también. Dime que te vas a comunicar y me vas a contar lo que te pase. Es la única forma de que esto funcione.

Valeria asiente.

—Te lo prometo.

Nos besamos durante incontables minutos en la puerta de la casa. Cuando ya le hemos dado un buen festín a los mosquitos, se nos ocurre que podríamos seguir besándonos dentro en la comodidad y seguridad de nuestra cama.



Capítulo 6

Valeria.

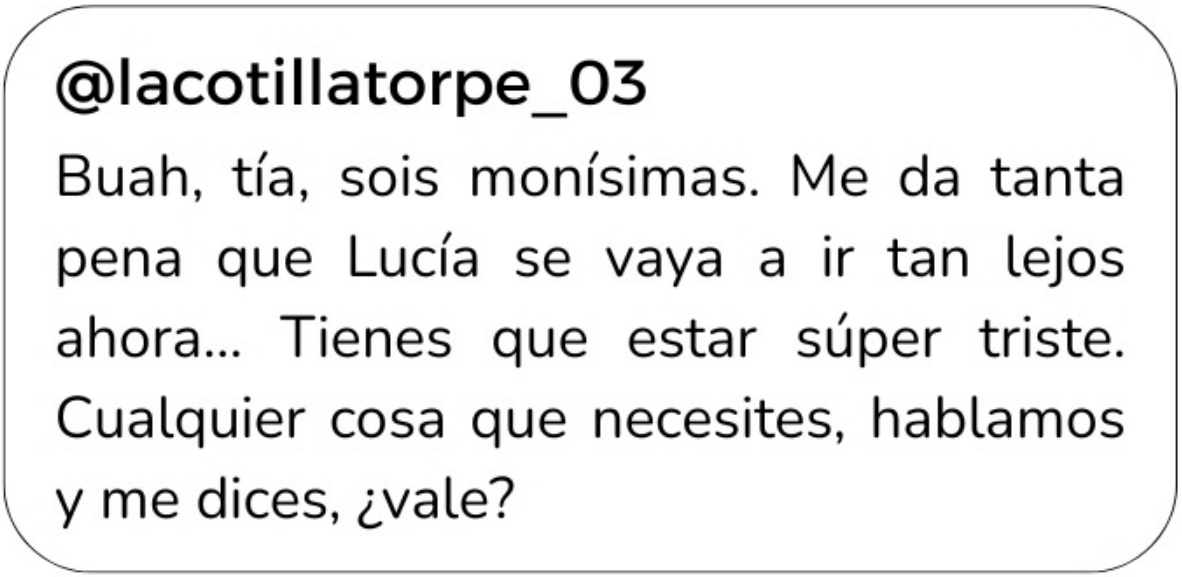
Este ha sido el verano más corto de toda mi vida. Septiembre ha llegado a una velocidad vertiginosa y me pregunto en qué momento han pasado los días, los planes, los viajes… Contemplo a Lucía mientras duerme junto a mí y me muerdo el interior de la mejilla. Quedan pocos días para que se marche y siento una angustia constante en el pecho siempre que lo pienso. Y lo pienso mucho, casi a cada instante.

Como no quiero despertarla aún, estiro el brazo y cojo mi teléfono que está sobre la mesita de noche morada de Lucía. Ambas estamos durmiendo en su cama. Cuando se me aclara la vista, veo varios peluches como una sandía gigante o un mono con unos enormes ojos diabólicos sobre su mesilla auxiliar. Dejo de mirar al mono para no angustiarme todavía más porque sé que incluso a él voy a echarlo de menos y me meto en Instagram. Quito el sonido del móvil para que no suene ningún vídeo y lo primero que me sale es una foto que subimos ayer Lucía y yo. Ambas estamos dándonos un besó frente a la Torre del Oro en Sevilla, junto al río. Nos la

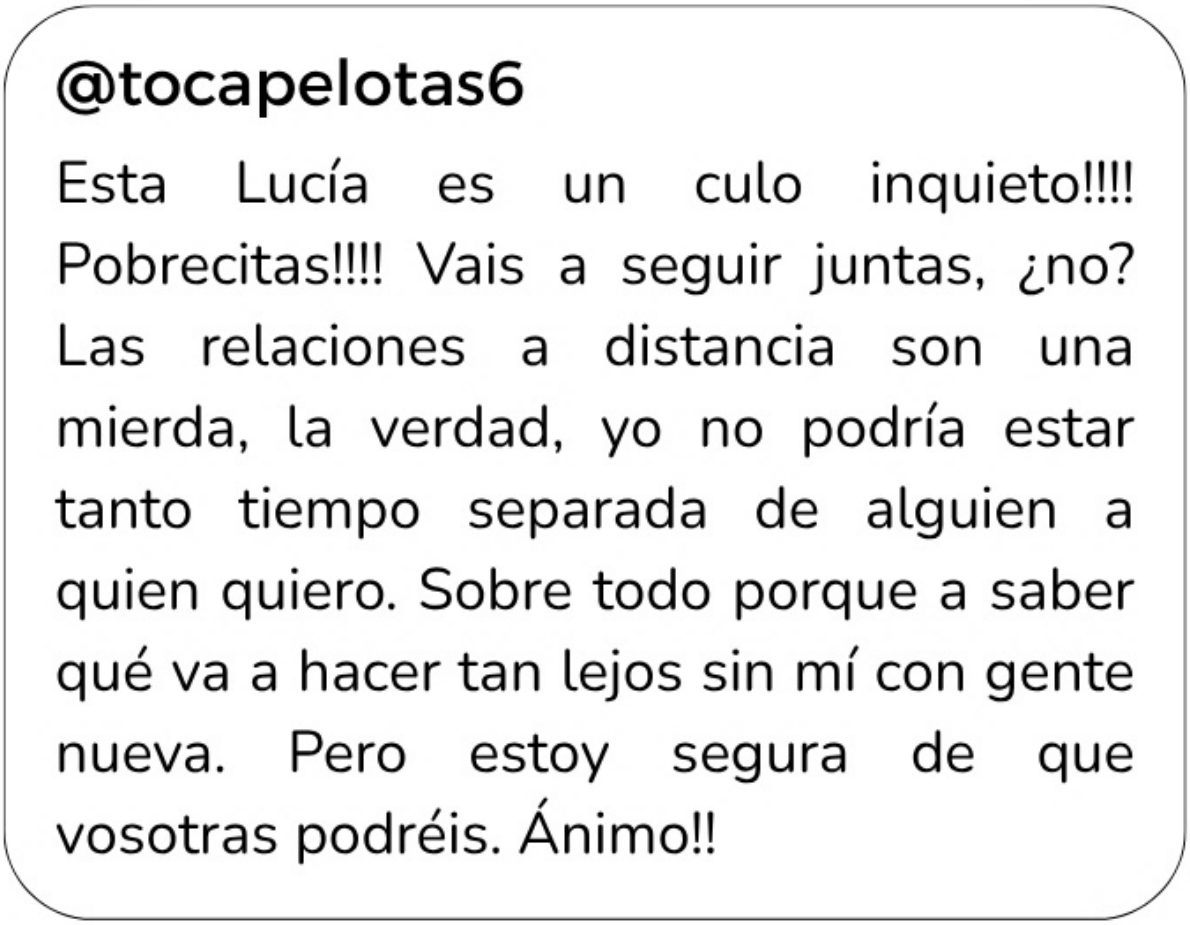
hicimos en la *golden hour* porque ella quería y, honestamente, es preciosa.

Sin poder evitarlo, me meto a leer los comentarios. Casi todos son corazones o comentarios estilo «las más guapas», «mis madres» y otras variantes cariñosas de nuestros amigos. Les doy me gusta a todos y después me meto a ver las reacciones de la gente a mi *story*.

La mayoría son muy positivas, igual que las que ha recibido Lucía; sin embargo, hay algunas respuestas de conocidos (y no tan conocidos) que me hacen poner los ojos en blanco. Una compañera de clase del instituto con la que no soy muy cercana, pero con la que siempre me ponía en Educación Física porque éramos igual de torpes, me ha escrito:



Más abajo hay otro muy parecido de una compañera del club de vóleibol de Lucía a la que he visto tres veces en mi vida.



No son los únicos mensajes del estilo. Al menos, hay cuatro más así. Incluso un chaval que se juntaba con nosotras hace unos años, con el que perdimos el contacto porque se mudó a Huelva, ha reaccionado con unos corazoncitos rotos.

¿En qué coño piensa la gente?

Entiendo que pueda resultarles triste o curioso que vayamos a separarnos, pero el hecho de que personas que apenas son de nuestro círculo de amigos me ofrezcan su ayuda me hace pensar que solo se «preocupan» porque quieren oír el cotilleo de primera mano. No, de hecho, estoy segura de que, en caso de que saliera mal, no son quienes estarían conmigo apoyándome.

Me salgo de Instagram y me pongo a leer las notas que tomé ayer sobre la novela que estoy empezando a escribir. Llevo todo el verano pensando en el sistema celestial del mundo que quiero crear,

en las líneas de desarrollo de los personajes y en la escaleta de la trama. Estoy muy emocionada por poder empezar a escribirla con todo organizado y seguro en mi mente.

Al rato, siento a Lucía rodearme con un brazo. Me da un escalofrío porque su mano se mete por dentro de mi camiseta del pijama y me hace cosquillas. Lucía ni siquiera se ha molestado en ponerse una camiseta, sigue estando medio desnuda bajo las sábanas y al parecer quiere que yo corra la misma suerte.

—Buenos días —susurro mientras la contemplo abrir los ojos ocultos tras mechones rubios y rosas. Se los aparto con cuidado de la cara—. ¿Has dormido bien, amor?

Todavía me resulta extraño decirle cosas como «amor» o «cariño» en lugar de «tía».

—He dormido muy bien. Hoy te has quedado esperándome en la cama —observa con media sonrisita de victoria.

—Solo por no escucharte lloriquear por la mañana —la chincho. Acto seguido, le doy un beso en el nacimiento del pelo.

—Sili pir ni iscichirti lliriqiar pir li miñini —farfulla de forma ininteligible.

Por norma general, después de que nos abracemos, besemos y lo que surja por la noche, yo me voy a la otra cama que tiene en su habitación. Ninguna de las dos somos precisamente pequeñas y dormimos muy apretadas si nos quedamos juntas en su cama individual. Además, incluso si su familia sabe lo nuestro, sigo temiendo que alguien entre por la mañana y nos vea. En esta ocasión hemos aprovechado que están de viaje y disfrutado de la tranquilidad de estar a solas.

—¿Qué hacías en el móvil? —me pregunta Lucía todavía medio dormida.

Me está dibujando círculos en la piel con los dedos, así que tengo que esforzarme para no sucumbir a las cosquillas. No quiero apartarla porque es agradable, pero tampoco quiero acabar dándole una patada sin querer y que se caiga al suelo.

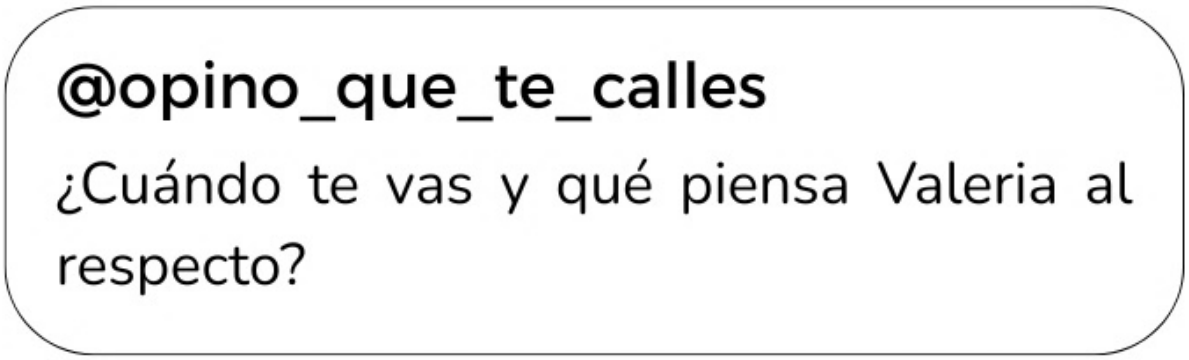
—Estaba repasando las notas de mi libro y mirando Instagram. Nos ha comentado mucha gente la foto de ayer.

—¿Ves como era mejor esperar al atardecer para hacerla?

—Sí, mamá, tenías razón.

Me gano un azote en la cadera por mi ironía y nos echamos a reír.

Ella también coge su teléfono y empieza a mirar los comentarios. A diferencia de los míos, casi todos los que le envían a Lucía son muy lindos, a excepción de uno que le pregunta:



Su reacción es más hastiada que la mía.

—Qué pesada es la gente, de verdad —bufa—. Sé que es normal que pregunten, pero me jode.

Entiendo cómo se siente, a ambas nos bombardean de forma diferente. A Lucía le desean muy buena suerte y éxito y a mí me dicen poco menos que «pobrecita».

—Lo cierto es que estaba muy emocionada al principio con todo el apoyo que recibimos en redes, pero… —comienza a decir Lucía. Luego se queda callada como buscando las palabras adecuadas.

Ambas teníamos un poco de miedo cuando colgamos la primera foto porque Lucía sube mucho contenido *queer* reivindicativo y no siempre recibe comentarios bonitos. Por suerte, no hemos tenido demasiados comentarios malos ni negativos.

—Pero estoy cansada de que nos pregunten sobre la distancia o sobre si vamos a romper. Es como si lo estuvieran deseando. ¿Cómo te hacen sentir esos comentarios? —me pregunta cuando termina de confesarme su opinión.

Como Lucía sabe que me cuesta mucho expresarme por iniciativa propia, siempre me pregunta. Es algo que me encanta y aprecio mucho porque sí que me gusta hablar las cosas. Lo que pasa es que me he criado en una casa en la que apenas se tratan los conflictos ni

se habla con seriedad, así que me tengo que esforzar para sentirme bien comunicándome.

—Me joden un poco. Sobre todo porque nosotras estamos tranquilas y estos comentarios solo me crean inseguridad por no estar de los nervios.

Las manos de Lucía ascienden por mis costados y me invitan a girarme para quedar cara a cara con ella. Justo después, acorta la distancia que nos separa y me da un beso en los labios.

—¿De verdad estás tranquila, Val?

Yo le sonrió y asiento.

—Eso creo. No digo que no tenga incertidumbre ni que no esté triste por separarme de ti unos meses, pero creo que ambas sabemos qué queremos y nos conocemos bien. Sé que hablaremos si surgen conflictos o dudas. Lo que más… lo que más me tranquiliza es estar segura de lo que nos queremos. Puede que la distancia nos dificulte seguir con la relación, pero seguro que de una forma u otra estarás en mi vida y eso me tranquiliza. Encima, solo son seis meses. ¡La gente exagera demasiado!

—Te entiendo. Estoy triste porque no me quiero separar de ti, pero estoy convencida de que lo haremos bien. Somos tú y yo, ¿verdad?

—Sí. —Entremeto mis dedos en el pelo de Lucía y le hago cosquillas porque sé que le encantan—. Estoy feliz por ti, Lucía. Sé que este es tu sueño y me alegro de que lo sigas y de poder apoyarte en tu camino. Voy a echarte mucho de menos, pero no será tanto tiempo y podremos sobrellevarlo. Tengo más miedo de cómo puedas sentirte tú estando allí sola que de otra cosa. Sin incluir, por supuesto, el tema de los terremotos y de los crímenes… —Ella pone los ojos en blanco mientras sonríe porque sabe que soy una loca del *true crime* y que siempre veo los peores escenarios posibles de asesinatos en mi cabeza—. Nos llamaremos siempre que podamos y te prometo que voy a trabajar para comunicarme mejor y que no surjan malentendidos entre nosotras.

Lucía pega su nariz a la mía y suspira.

—Te quiero mucho, ¿lo sabes? —me dice.

—Yo también… —extiendo la última sílaba para ver su cara de escepticismo y añado con diversión—... te quiero. Yo también te quiero mucho.

—Así mejor. ¿Quieres que vayamos a desayunar o…?

Sus manos bajan de mis costados a mi culo y me guiña un ojo.

—Tampoco tengo tanta hambre.



Los últimos días se me pasan volando. A pesar de que sabemos que estaremos bien, la noche antes de que Lucía se vaya ninguna de las dos dormimos. No dejamos de charlar, abrazarnos en la cama, reírnos de anécdotas y decirnos lo mucho que nos vamos a extrañar. Ella está tan emocionada por empezar a rodar el *taiga drama* que estoy deseando que me cuente qué tal es todo aquello.

Japón…

Es la otra punta del mundo. No solo es un abismo inmenso de distancia, sino también cultural. Es un mundo completamente distinto y desconocido. Solo de pensar en irme sola a un lugar así, me cago encima del miedo. Que Lucía sea tan valiente es una de las cosas que más me gustan de ella.

Nos levantamos bastante temprano porque tiene que coger el vuelo a Madrid. Desayunamos un zumo y una magdalena con sus padres y, antes de darme cuenta, ya estamos cargando las maletas en el coche. Todo va a tanta velocidad que no proceso que de verdad se va a ir hasta que me dejan en la puerta de mi casa y Lucía también sale del coche.

Está aquí conmigo, es la misma de siempre, pero quizá ya no lo sea la próxima vez que la vea. Siento un vértigo extraño en el

estómago cuando noto sus ojos rojos mientras me abraza. Yo estoy tan bloqueada que ni siquiera puedo llorar, solo apretarla entre mis brazos y susurrarle.

—Todo va a ir bien, amor. Va a ser genial.

—Lo sé. Estoy muy feliz por irme y por hacerlo, pero… me va a costar estar sin ti.

—Vas a estar tan ocupada que ni siquiera te vas a dar cuenta, ya lo verás.

Espero estarlo yo también. Ella va a estar sola contra un mundo nuevo lleno de posibilidades. Yo… seguiré en el mismo lugar, en el mismo punto de mi vida, con la misma gente, pero sin ella. Ya era gran parte de mi mundo antes de empezar a salir, así que voy a tener que llenar los huecos que me deje vacíos y salir adelante estos meses. Me he propuesto salir más con mis amigos, centrarme en escribir el libro y retomar el contacto con personas que quería y que ya no están en mi vida porque la vida nos ha ido distanciando.

—Te iré avisando cuando vaya llegando a los aeropuertos.

—Sí, por favor. Que sino me pongo nerviosa. Ya quiero que estés allí en tu nueva casita.

—Y tan «casita», es un zulo de dieciséis metros cuadrados —se ríe ella.

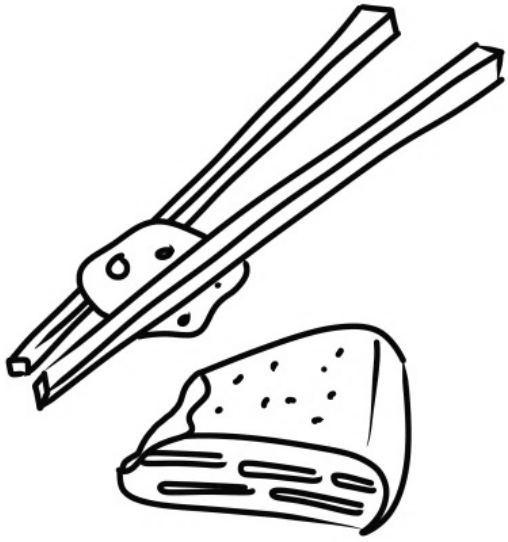
—Pero seguro que lo pones muy mono.

Sabemos que no podemos extender más la despedida y ninguna quiere hacer un drama mucho más grande. Nos damos un beso fugaz y un abrazo aún más fuerte antes de separarnos y sonreírnos. No dejamos de mirarnos hasta que ella entra en el coche y se va.

El sonido de la puerta cerrándose y del motor en marcha me acompaña hasta que soy capaz de entrar en mi casa. Mi habitación, mis libros, mi escritorio… todo es lo mismo, pero a la misma vez, distinto. Sé que podremos hacerlo, pero ahora empieza lo difícil: trabajar para seguir mi vida y alegrarme por la de ella. Una tristeza y un desconcierto extraño me invaden el pecho ahora que me he quedado sola y los nervios que no había sentido previamente me asolan de golpe. Por mucho que confíe en nosotras, no puedo evitar tener miedo. Miedo a perderla, miedo a que le ocurra algo malo,

miedo a que deje de quererme, miedo a… miedo a no saber quién soy sin Lucía.

Ojalá llegue ya febrero y tenerla de nuevo entre mis brazos.



Capítulo 7

Valeria.

Hoy Lucía y yo hacemos tres meses y me he vestido como si fuera a ir a un restaurante caro. Incluso me he comprado para la ocasión una blusa burdeos de cuello en V que combina con mi pintalabios favorito. Me hizo muchísima ilusión cuando me propuso una cita *online* para comer juntas; en mi caso un *brunch*, y en el suyo la cena. Ya casi llevamos un mes a distancia y estos pequeños gestos hacen que la situación sea más llevadera.

A la hora acordada, ya estoy preparada y dentro de la sesión que he creado para la videollamada. Sin embargo, Lucía no se conecta a tiempo. Una parte de mí se siente mal cuando me siento algo aliviada porque hoy he planeado hablarle de su Instagram y sé que me va a costar hacerlo. Por no mencionar que soy consciente de que no voy a poder ocultarle más que no me he mudado a Madrid. En mi defensa diré que no quería decírselo porque no me gustaba la idea de que se culpara a sí misma por ello. Me avergüenza un poco admitir que solo quería ir a la capital para vivir con ella, pero, sin Lucía aquí, no tiene sentido mudarme a un sitio tan caro y alejado de mi familia.

Pretendo asegurarle que ha sido una buena decisión porque la carrera de Ingeniería Informática me está resultando bastante difícil aquí en Sevilla y me alegro de no haber cambiado toda mi vida por ella porque es probable que la abandone. Espero que estas explicaciones le sirvan y no se raye. Últimamente, siento que debo tener más cuidado con cómo le expreso las cosas porque apenas nos vemos unos minutos al día y no quiero decir algo sin pensar y que se coma la cabeza con el tema. A mí me ha pasado alguna vez, sé lo que se siente. Por mucho que tengamos videollamadas, la comunicación a distancia no es lo mismo.

O quizás todo esto sean excusas que me pongo porque se me da fatal decir lo que pienso. Puedo describir los sentimientos de los personajes de mis novelas a la perfección, pero, cuando se trata de mí, no soy capaz de hablar. No sé si es que prefiero evitar los conflictos, si se me da mal o qué es lo que me pasa. No es que me de miedo hablar con ella ni que esté esperando una mala reacción por su parte ni nada de eso. Solo me autoconvenzo de que no es buena idea preguntar o sacar ciertos temas a la luz. Sobre todo cuando hablamos tan poco y no quiero que los minutos que podamos charlar terminen siendo tensos e incómodos. Como por ejemplo, cuando la semana pasada Lucía convirtió en privada su cuenta de Instagram y se creó otro perfil público «más profesional». Pensé que no le pegaba nada. Mi novia siempre ha querido que sus mensajes y sus reivindicaciones lleguen a todo el mundo y ha tratado sus redes sociales de manera muy personal. A pesar de que me da mala espina que de repente tenga que ocultar quien es por un estúpido trabajo de seis meses, no le dije nada. Estaba dispuesta a dejarlo pasar y a comprender que quizá era mejor para su carrera.

Sin embargo, lo que pasó ayer fue peor y no pude pasarlo por alto: borró todas nuestras fotos juntas de su cuenta privada y no pude evitar preguntarle por mensaje, extrañada. Me ha dijo que me lo va a explicar hoy en la videollamada y una parte de mí quiere que lo haga para quedarme tranquila. Otra, prefiere que el tema no salga a la luz y tengamos una cita bonita y agradable.

En fin, todo esto es una mierda, pero, por lo menos, ya falta un mes menos para que se acabe.


en llamada...

—¡Hola, guapa! —me saluda Lucía nada más conectarse, sacándome de mis pensamientos—. *Omataseshimashita*[2].

Creo que en algún momento me explicó lo que significaba eso, pero ahora mismo mi cerebro no puede procesar otra cosa que no sea mirarla: se ha arreglado tanto como yo. Ella no suele usar maquillaje fuera de sus rodajes y teatros; sin embargo, hoy se ha puesto desde la base hasta la sombra de ojos. Además, lleva un vestido de satén precioso que no he visto nunca. ¿Se lo habrá comprado para la ocasión? Incluso ha ajustado la iluminación de su habitación para hacerla más romántica.

—¿Eso es maquillaje profesional? —le pregunto con asombro.

—He aprovechado el que me han hecho en el rodaje y no me he desmaquillado para la cita —me confirma alzando una copa que parece contener algún cóctel—. La ocasión lo merecía.

—Madre mía, ahora tengo una novia rica —bromeo al comprobar el glamur que desprende.

—No tengo tanto dinero, pero los euros valen más que los yenes, así que me estoy dando algunos caprichos.

Sonrío y alzo mi vaso de Nocilla de Doraemon lleno de refresco que se queda bastante cutre en comparación con su copa de cristal. Aun así, no me avergüenzo, este es mi vaso favorito y sé que lloraré si algún día se rompe. Brindamos y le pregunto cómo ha ido su día. Apenas hemos hablado un minuto cuando me interrumpe.

—Por cierto, Val, las fotos de Insta...

Se calla cuando me escucha reír.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que eso ha sido muy «Lucía». Yo estoy aquí preocupada por cómo hablar del tema y tú lo sueltas de sopetón desde el principio.

Mi novia también sonríe y se mete los mechones rosas detrás de la oreja.

—Espero que eso sea un cumplido. —Me guiña el ojo—. Volviendo a lo que te estaba diciendo: mi agente, Claudia, me ha recomendado que las quitara de mi página para evitar escándalos. Pero tranquila que no las he borrado, solo van a estar archivadas unos meses.

—Para evitar escándalos... Porque me imagino que salir con una chica es un escándalo. —No puedo evitar que se note el resentimiento en mi voz.

No es que no entienda lo que me quiere decir o lo que su agente pretende, es que sé que Lucía jamás habría dicho esas cosas. Al menos, no la Lucía que yo conozco.

—Valeria, sabes que no me refiero a eso. Más bien queremos evitar que la gente piense que me he creado una cuenta nueva para ocultar nuestra relación. No queremos que nadie le haga capturas a la cuenta privada e intente usarlas para generar cotilleo.

—O sea, que quieres evitar que la gente piense que estás ocultando tu relación homosexual... ¿Y la solución es ocultarla de verdad? No entiendo la lógica.

—La verdad es que tampoco lo entiendo muy bien, pero mi agente sabe más de márquetin que yo. Solo van a ser unos meses, así que le voy a hacer caso.

Bufo y niego con la cabeza.

—Si te molesta que las haya quitado, puedo hablar con Claudia y volver a hacerlas públicas —añade con cierta cautela.

—No es eso, Lucía. Lo que me molesta es que tú no eres así. ¿Hacer las cosas solo porque te las dicen? ¿No cuestionar nada incluso cuando no lo entiendes? No sé si lo haces porque quieres o no, la verdad. De hecho, llevo pensando esto desde que hiciste tu cuenta privada. No me molesta que no tengamos fotos juntas o que la gente esté especulando sobre si hemos cortado o no. Nosotras sabemos perfectamente la relación que tenemos. Es que... me preocupa que te estén manipulando para hacer cosas que no son propias de ti.

Aunque Lucía me sonríe, la expresión no le llega a los ojos.

—No es que no pueda cuestionar las cosas, es que... mi mánager es la única persona que tengo aquí. Es mi único apoyo y no quiero desestimar sus consejos. No me gusta una mierda, Val, pero siempre he sabido que para ser actriz iba a tener que hacer cosas que no me gustaran mucho. Las posibilidades de triunfar ya son bajas, no quiero reducirlas aún más por ser imprudente. Mi público objetivo ahora mismo es el asiático y tengo que adaptarme a él.

Se me cae el alma a los pies al escucharla. Lucía es una persona con muchísima autoestima y confianza. Siempre me da la sensación de que vaya adonde vaya o esté donde esté, no va a tener ningún problema. Pero supongo que todo el mundo se siente solo cuando se va a la otra punta del mundo sin hablar del todo el idioma. No me había parado a ver las cosas desde su perspectiva. No había pensado en lo difícil que sería estar en malos términos con su único apoyo allí.

—Ojalá poder ayudarte. Ojalá poder estar allí para ti y abrazarte cuando vengas de trabajar.

Entonces, me sonríe de verdad.

—Eso sería un sueño. O podríamos hacerlo realidad. Si vienes a visitarme estas navidades, el tiempo que me queda se me hará más llevadero. Tú estás aquí un par de semanas y dos meses después vuelvo a España. Es ideal.

—Claro, es ideal para el que tenga un árbol del dinero y se lo pueda pagar, Lucy.

—No te preocupes por eso. Yo te lo pago.

—Ni te lo plantees.

—¿Por qué no? —cuestiona—. Yo no puedo ir para allá dos semanas por culpa del trabajo, pero sí que tengo el dinero para ir a verte. Y tú tienes vacaciones y tiempo, pero no dinero. Creo que es la mejor forma de aprovechar nuestros recursos.

—No es lo mismo. No quiero que me pagues algo tan caro.

—Sí es lo mismo, el tiempo es muy valioso. Así puedes ser mi regalo de Navidad.

—Lucía, no. No quiero que me pagues ese viaje. Ya lo haré cuando haya podido ahorrar por mi cuenta —zanjo—. Además, me da miedo volar sola a la otra punta del mundo. Lo más lejos que he ido en mi vida ha sido a la playa.

—Pero, entonces, ¿es por el dinero o por el miedo?

—Deja el tema, en serio. No puedo ir y ya está. No me siento cómoda con que pagues algo así por mí.

—Es que no será por ti, sería por mí. Por las dos. Valeria, eres mi novia, si no te lo pago a ti, ¿a quién se lo voy a pagar?

—Llevamos saliendo tres meses, tampoco es como para que te vayas gastando dos mil euros en mí —estallo.

Esas palabras por fin dejan callada a Lucía, aunque creo que no porque entienda mi postura precisamente. Creo que sin querer le he recordado lo inmadura y frágil que es nuestra relación.

Suspira y se encoge de hombros como si no supiera qué más rebatir. Yo tampoco sé qué decir y se crea un silencio incómodo entre nosotras. Las dos miramos abajo hacia nuestra mesa y, al final, Lucía se toma un trago de su cóctel para hacer algo con las manos.

—¿Qué has preparado de cenar? —pregunto, intentando aliviar un poco la tensión.

—En realidad, nada —confiesa, mostrándome en la pantalla su mesa vacía a excepción de la copa—. Pensaba que era una de esas «cenas románticas *online*».

—Pues vaya cena sin cena —me rio sin entenderla.

—Me refiero a una de esas cenas... subidas de tono. Pensaba que no íbamos a cenar realmente —me aclara.

—Ah...

Noto que me empieza a arder la cara. Seguro que me he puesto como un tomate, no quiero ni mirar la esquina del teléfono en la que sale mi cara.

—Pues yo me he hecho tortilla de patatas —le explico, nerviosa, casi dejando caer todo el plato en un intento de mostrar el contenido a la cámara—. Y me la estaba intentando comer con palillos en tu honor.

Lucía se parte de risa y la tensión se disipa. Así de fácil volvemos a ser nosotras.

—¿En mi honor porque te la estás comiendo con palillos o por tortillera? —me pregunta, todavía sin poder respirar de la risa.

—¡Por los palillos! —le grito, aún más sonrojada si es que eso es posible.

—¿Y qué tal te está yendo?

—Se me da mejor lo de tortillera —confieso de forma guasona.

—Vamos a centrarnos en lo que se nos da mejor entonces… —sugiere, bajando un poco el tono.

Si dejo que la tensión sexual siga aumentando voy a verme envuelta en una situación incómoda de la que no voy a poder salir, así que me armo de valor y suelto:

—Perdón. Es que no sé si estoy muy cómoda... grabándome mientras hago esas cosas. O enviando fotos de ese tipo —confieso —. Pero no quiero cortarte el rollo ni nada de eso. Entiendo que son muchos meses separadas y...

Lucía niega con la cabeza.

—No me cortas el rollo en absoluto. De hecho, si quieres, podemos hacer lo que ambas habíamos planeado: tú comerte tu tortilla y yo ser tu postre —propone Lucía.

—¿Cómo? Yo no me siento preparada para enviar nada...

—Tranquila. Tú puedes comer y yo te mandaré fotos. Solo necesito tu reacción, no me tienes que enviar ninguna foto tú a mí.

—¿En serio? —pregunto ilusionada. No había contemplado esa posibilidad. Siempre había imaginado que ese tipo de llamadas o mensajes tenían que ser recíprocos.

—En serio. Tengo muy buena imaginación.

—Vale… —contesto entre tímida y emocionada.

—Por cierto, no se me ha escapado que estás en tu habitación de Sevilla, pero mejor dejamos ese tema para la próxima videollamada, ¿no crees?

—Sí, mejor, porque ya me has creado unas expectativas…

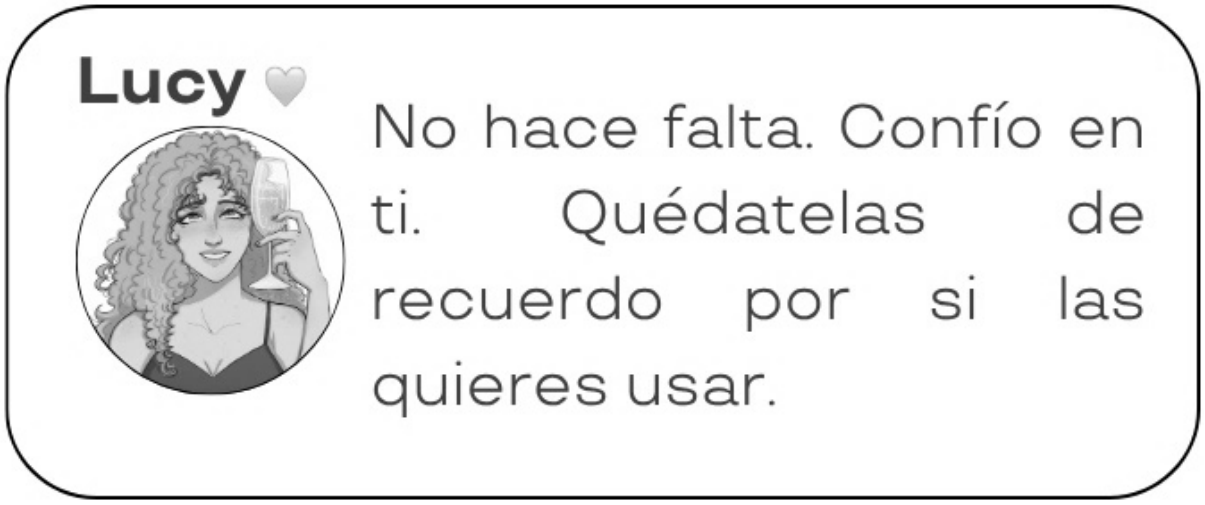
Al principio, Lucía me da un pequeño espectáculo de vídeo, pero creo que se da cuenta de que, aunque lo estoy disfrutando, me estoy muriendo de vergüenza y colgamos para pasar a las fotos.

No se lo confieso a Lucía, pero la tortilla se me enfría mientras le contesto a todas las fotos desde la cama. Pensar que estamos haciendo esto a la vez hace que el corazón se me dispare a mil por hora aunque ella no sepa que yo también estoy excitada.

Después de más tiempo del que voy a admitir, le envío un mensaje desde el cuarto de baño antes de ducharme.



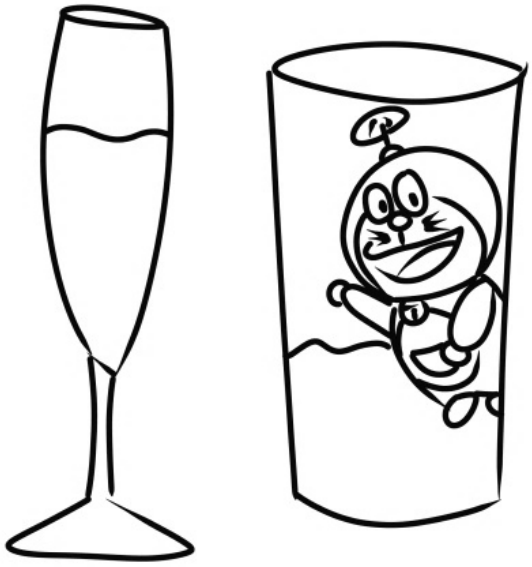
Ella me contesta casi en seguida:



Sonrío a la pantalla y las observo unos segundos. Pienso eliminarlas en algún momento, pero ahora mismo solo puedo admirar toda la confianza que Lucía emana en ellas. Quiero verla. No, necesito verla pronto.

Al final, me distraigo con mis pensamientos sobre lo guapa que es y lo mucho que la echo de menos y las fotos se esfuman de mi mente después de unos días.

Tiempo después pensaré que ojalá las hubiera borrado.



Capítulo 8

Lucía.

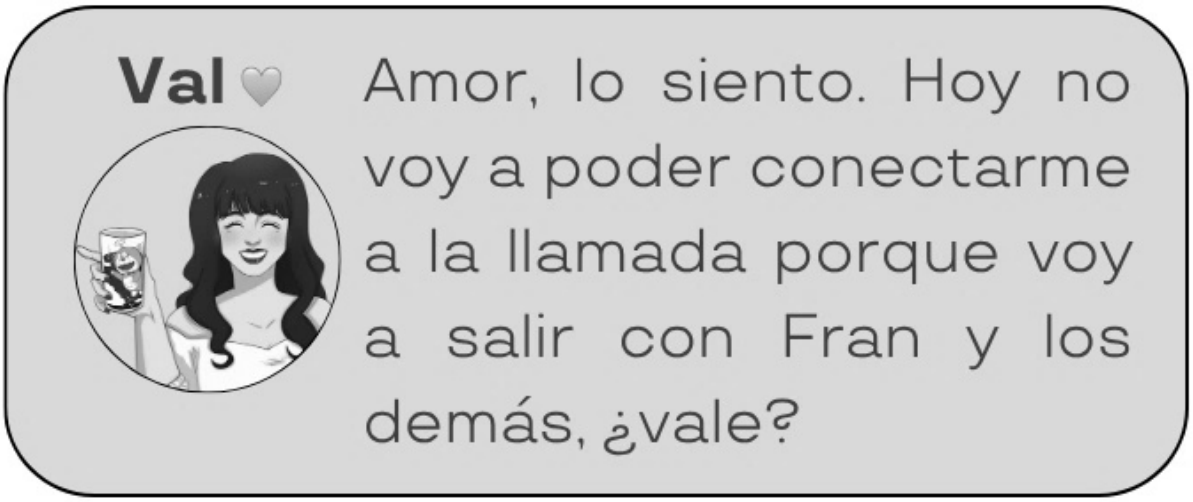
Vivir y trabajar en Japón es como estar dentro del ojo del huracán todo el tiempo. Sabía que mi vida en Tokio sería frenética, pero la realidad ha superado con creces mis expectativas. Los días de rodaje se hacen largos, las comidas rápidas y las horas dentro del transporte público infinitas. El tiempo va pasando y apenas me estoy dando cuenta de que ya hace dos meses que llegué aquí. El *taiga drama* está siendo todo un éxito, los picos de audiencia son mucho mejores de lo que se había estimado al principio y eso nos está presionando a trabajar con más exigencia.

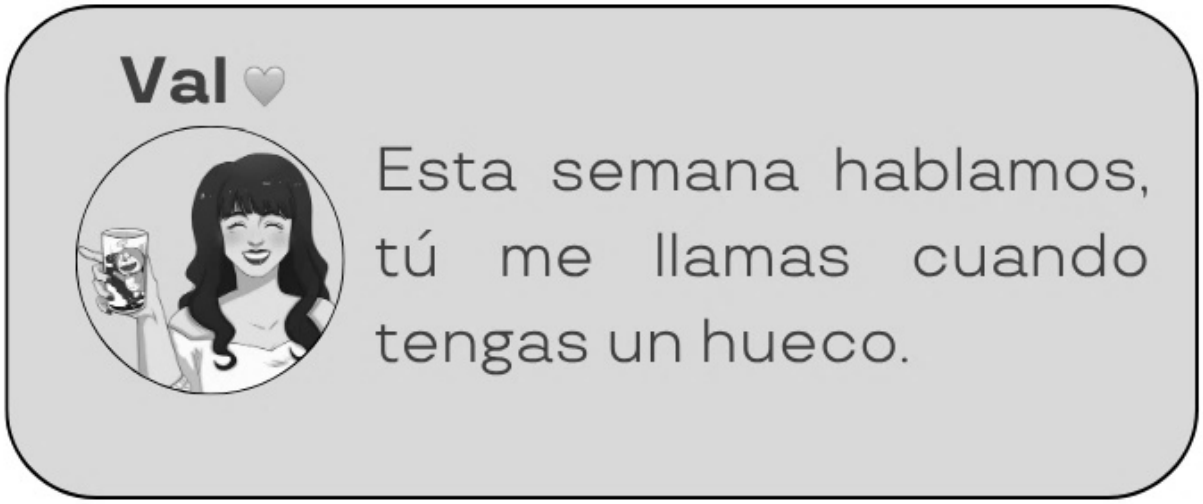
No voy a negar que estoy muy feliz. Vivir de actuar ha sido mi sueño siempre y comprobar que lo estoy consiguiendo me da energía para seguir así todo el tiempo que sea necesario. Lo único que no me gusta de estar aquí es la soledad. Apenas puedo hablar con la gente a menos de que se trate de conversaciones del día a día. Llevo años estudiando japonés, pero el idioma se me resiste. Me está costando mucho perfeccionarlo. Tan solo puedo tener conversaciones profundas con Claudia y mis compañeros de rodaje que hablan inglés.

Aunque por norma general cuando llego a casa y me tumbo en la cama caigo rendida, echo de menos algo. A alguien. A Valeria. Me había malacostumbrado a dormir con ella este verano y ahora lo extraño tanto

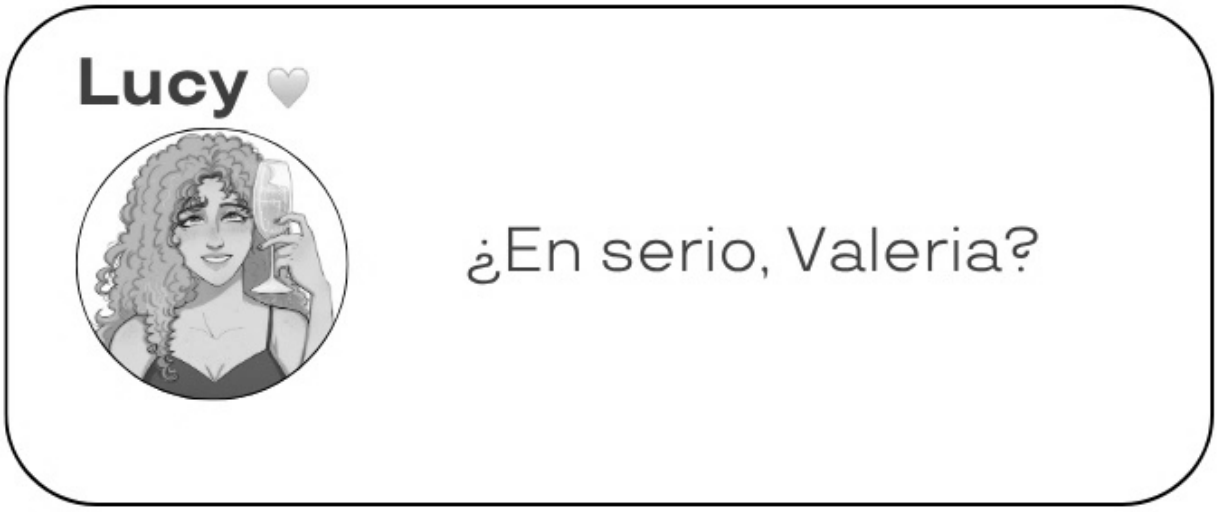
como coger el teléfono y que me responda al momento como cuando vivíamos en la misma zona horaria. También salir a pasear con ella mientras compartimos un helado y Val me habla de sus novelas.

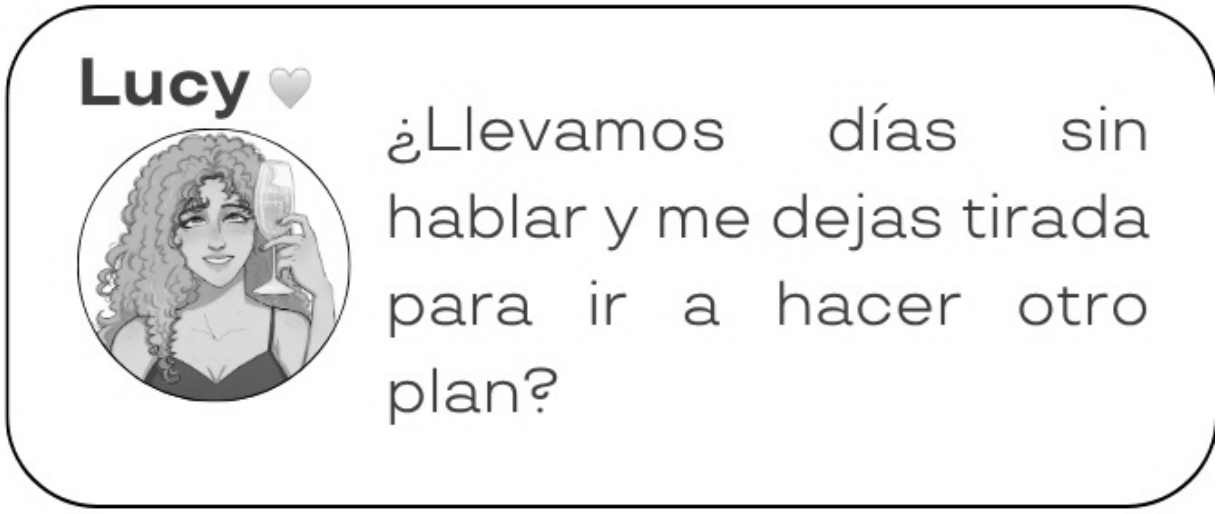
Al menos, hoy he encontrado un hueco para que podamos hacer videollamada. Estos días he tenido que cancelar varias veces nuestras quedadas porque he salido más tarde de lo previsto del trabajo y ella ya se había tenido que ir a la Universidad en su turno de tarde. Además, el fin de semana pasado también rodamos hasta la noche y cuando llegué a casa apenas podía mantener los ojos abiertos mientras charlábamos. Necesito escucharla y sentirme en casa durante un rato para volver a retomar la semana con energía. Así que, a la hora acordada, salgo a una cafetería cercana para poder llamarla durante mi descanso y abro el mensaje que me envió hace unos minutos.

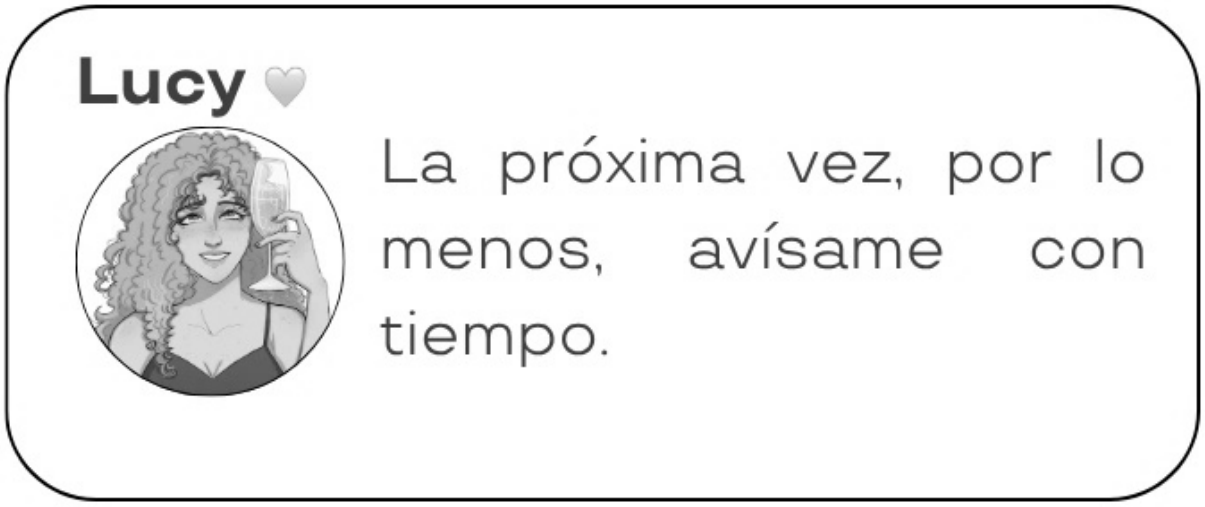


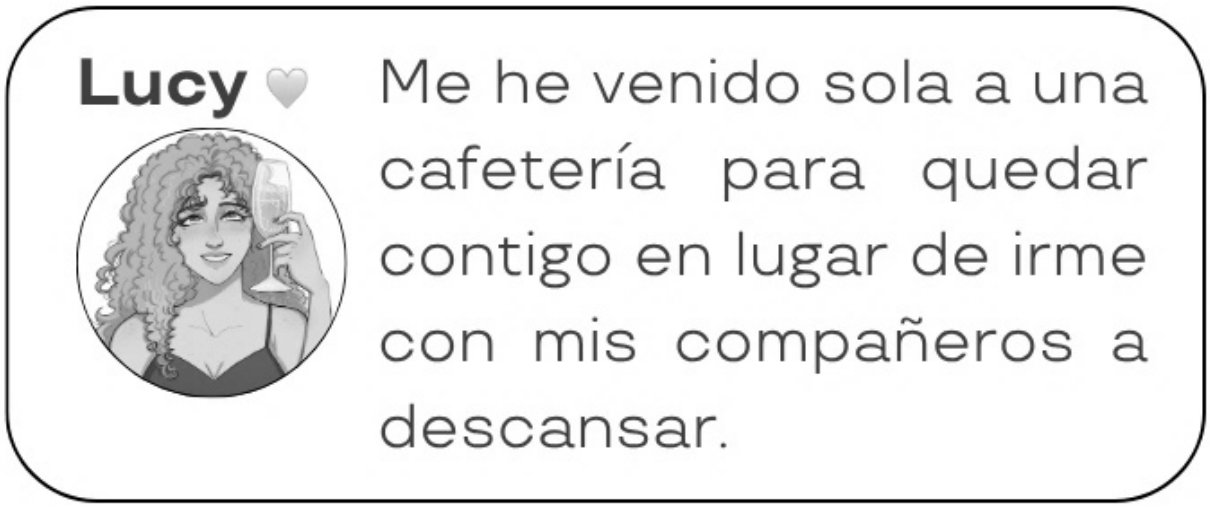


El mensaje de Valeria hace que se me coloree la cara de rojo. Una mezcla de rabia y tristeza me golpea con fuerza y se me quitan las ganas de beberme el café. ¿Por qué no ha quedado más tarde? Apenas son las diez de la mañana en España. Llevamos días sin hablar porque no hemos encontrado el tiempo, ¿y ahora prefiere irse con sus amigos en lugar de hacer videollamada? No puedo evitar que mis dedos se muevan por el teclado y acabo escribiéndole:





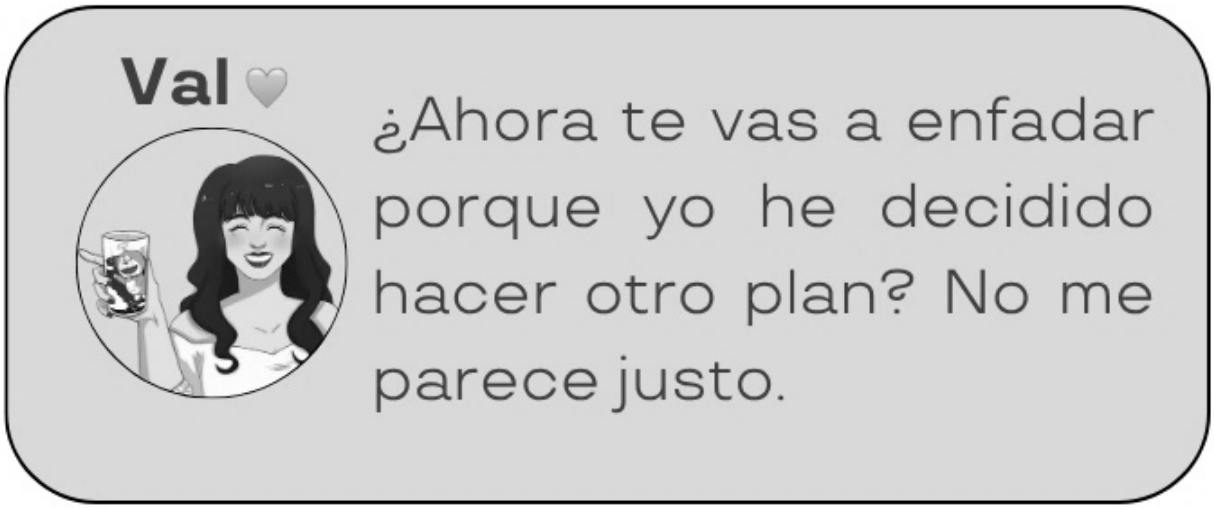




Me termino el café, indignada y decepcionada. ¿Es que acaso no tiene ganas de verme? Yo me muero de ganas de pasar aunque sea cinco minutos con ella y Valeria parece pasar de todo.

Cuando leo su mensaje unos quince minutos después mi enfado aumenta y se vuelve incluso tangible.





Siento que los ojos me pican por las lágrimas acumuladas en ellos. Conozco a Valeria lo suficiente para saber que, a pesar de decirme que no pasaba nada por haber tenido que posponer las llamadas, sí que estaba molesta y, como siempre, no me dijo nada. Comunicarse con ella es como intentar romper una pared de hormigón a cabezazos. Odio que no me diga al instante lo que le molesta o la entristece y que espere a estallar para echarme las cosas en cara.

Lucy ♡



Sabes que he tenido que cancelar las llamadas por trabajo, Valeria.

Lucy ♡



No por gusto ni por irme con mis amigos por ahí.

Lucy ♡



Me da igual que salgas con tus amigos, pero, joder, al menos avísame antes.

Lucy 🤍



Sinceramente, lo que más me enfada es el reproche en tu mensaje.

Lucy 🤍



Si estabas molesta por no haber podido hablar estos días, deberías habérmelo dicho.

Lucy 🤍



Y no intentar vengarte como una niña pequeña.

Lucy 🤍



No soy adivina para saber lo que pasa por tu mente.

Val ♡



Esto no es ninguna venganza, Lucía.

Val ♡



No estoy intentando que pruebes tu propia medicina ni ninguna de esas cosas que te estás imaginando.

Val ♡



Pero sí que he estado molesta. Esta semana ha sido horrible y necesitaba hablar contigo.

Val ♡



Lo que pasa es que me parecía infantil decirte que me jodía cancelar las llamadas porque no era tu culpa.

Val ♡



No me gusta que nuestras únicas interacciones sean hablar de cosas negativas.

Val 🤍

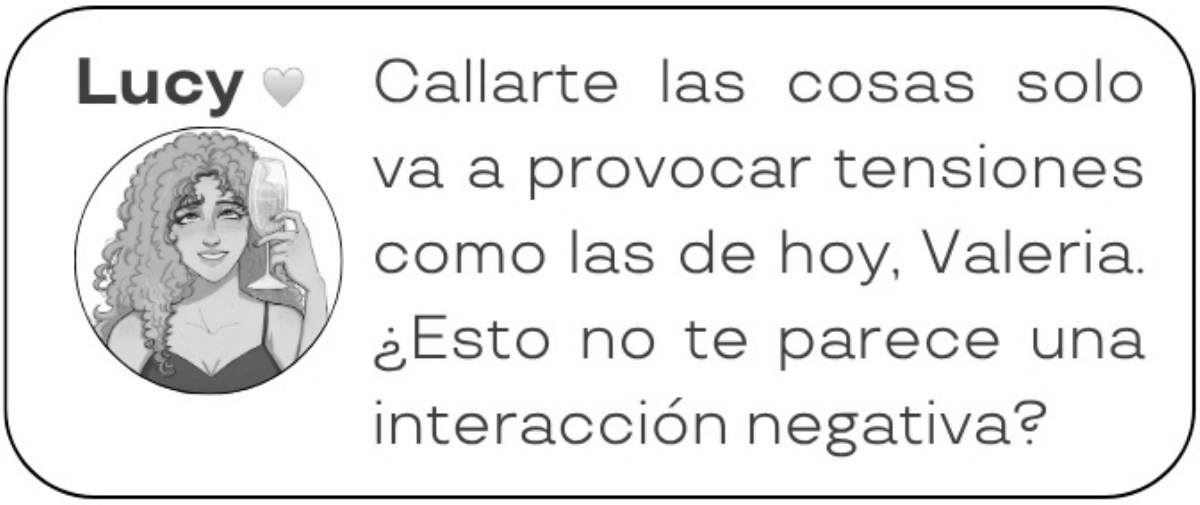


Es muy frustrante porque nos quedamos jodidas las dos.

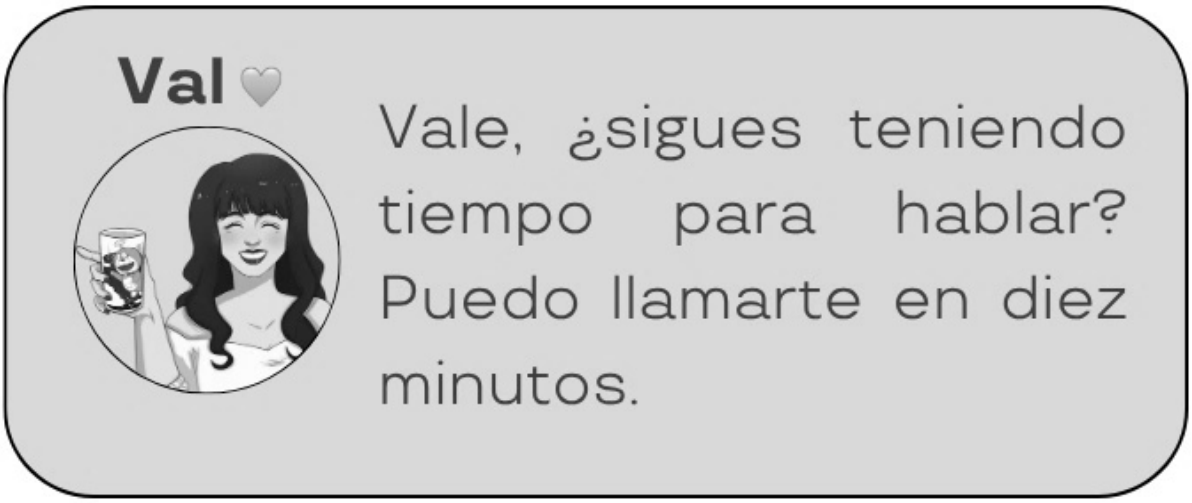
Lucy 🤍



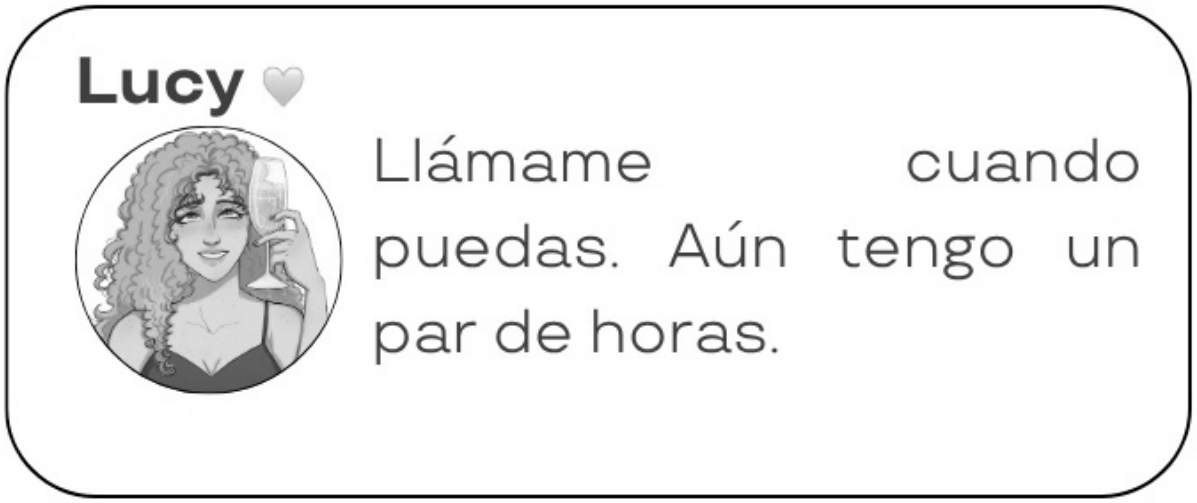
Habría buscado cualquier momento para llamarte si me hubieras dicho que necesitabas hablar.



A lo mejor cuando ya hayamos peleado cien veces por este tema empieza a decirme lo que piensa de primeras...



Una parte de mí quiere decirle a Valeria que no quiero hablar con ella, que se vaya con sus amigos y asuma su decisión. No obstante, decido ser madura y claudicar a pesar de que sigo enfadada porque sé que, si no hablamos, las dos nos vamos a sentir peor.



Tal y como me había dicho, a los diez minutos me suena el móvil y veo su imagen en la pantalla. Está en su habitación, así que no podría haber estado muy lejos de casa. Ninguna de las dos sonríe cuando descolgamos la llamada, pero al ver su rostro sereno sé que ha estado estos diez minutos ordenando su cabeza para poder hablar con claridad y expresarse.

—Hola —la saludo.

—Hola —me responde mientras se coloca el flequillo detrás de la oreja. Lleva el pelo aún más largo que de costumbre. Desde que decidió volver a dejarse su castaño natural este verano, no lo ha cortado. Me doy cuenta de todo el tiempo que llevo fuera cuando ese detalle es lo primero que destaca en mi mente al descolgar—. Lucy, siento haber cancelado la llamada de hoy. Estaba enfadada por no haber podido hablar estas semanas y me apetecía despejarme.

—Tendrías que habérmelo dicho, Val. No puedo saber qué sientes si no eres sincera conmigo. Prometimos que íbamos a comunicarnos.

—Lo sé, pero me cuesta decirte que quiero hablar más contigo cuando no puedes conectarte. Solo hubiera hecho que tú te sintieras peor. En general, odio confrontar todo lo que me molesta, pero ahora más que nunca porque me parece mucho más frío a través de la pantalla.

El picor en mis ojos vuelve a molestarme y no puedo evitar que se me escapen un par de lágrimas. Valeria me mira dolida porque, en el fondo, sé que no le gusta verme sufrir y que ella también está pasándolo mal.

—Una pantalla es lo único que tenemos durante varios meses más, Valeria. Para que esto funcione las dos vamos a tener que poner de nuestra parte.

La veo asentir, agobiada, y sé que está buscando las palabras adecuadas. Le doy el tiempo.

—Prometo que no voy a volver a callarme las cosas que me duelen, incluso si eso lo complica todo aún más. Eso sí, quiero añadir mis propias condiciones también a eso de que ambas tenemos que poner de nuestra parte. No me importa el número de llamadas que podamos hacer a la semana. Incluso si alguna semana estamos ocupadas y no podemos vernos, está bien. Pero no quiero que faltemos a ninguna de las acordadas. Tenemos que planearlas con un margen de error para no tener que cancelarlas. No porque tú tengas una excusa válida como es el trabajo me sienta mejor que faltes a nuestras citas. Me siento igual de mal que tú ahora mismo.

Remuevo mi café ya frío para evitar mirarla a los ojos y asiento. Odio hacerle daño; incluso si es sin querer, no puedo evitar sentirme como una mierda de persona. Aún así, me alegro de haber abierto este melón.

—De acuerdo, lo siento mucho por las veces que lo he hecho. Prometo que no voy a cancelar de nuevo nuestras llamadas y que buscaré más huecos. Si alguna vez hay que cancelar la llamada por algún motivo, quienquiera que no pueda asistir tiene que buscar otro hueco para llamar esa misma semana. ¿Qué te parece?

—Me parece genial. Trato hecho.

Las comisuras de los labios de Valeria se elevan después de contestar. La sonrisa resalta sus mejillas redondas que tanto me gustan. Acto seguido, la mirada de mi novia oscila de mi cara a mi pelo varias veces. Ahora que estoy grabando la serie tengo que mantener mi color rubio natural y sé que para todos los que me conocen es extraño verme sin ningún color fantasía entre los rizos.

—¿Me perdonas por casi no haber venido a la llamada? —me pregunta con ese tono de payasa que siempre pone para quitar hierro al asunto.

Bufo una sonrisa.

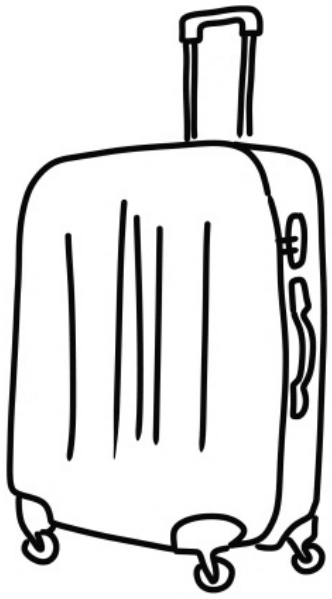
—Solo si tú me perdonas a mí primero —contesto.

—Ya se me ha olvidado por qué estaba enfadada. ¿No ves que soy una pasota y nada me preocupa? —ironiza.

Suelto una carcajada corta.

—Capulla.

Las dos nos echamos a reír y retomamos lo que hubiera sido la llamada desde un principio. Valeria me cuenta todas las actualizaciones de su grupo de amigos y yo le cuento sobre los problemas que hay entre dos compañeras de reparto que se han peleado por el mismo chico. Entre anécdotas y cotilleos, el tiempo que tenía se va volando y cuelgo con una sonrisa en los labios. Estoy aliviada de haber hablado y solucionado las cosas. Estos detalles me ayudan a confiar en Valeria y en mí para salir adelante por complicada que sea la situación.



Capítulo 9

Valeria

¿En qué momento se me ocurrió decir que sí a esta locura? Sin comerlo ni beberlo, estoy volando sola de España a Japón. No solo eso, sino que no estoy en un vuelo directo, por lo que tengo que hacer escala. Es decir, la sociedad espera que yo llegue a Abu Dhabi, me baje de mi avión, pase un control, encuentre mi puerta de embarque en menos de dos horas y me monte en otro avión, y todo sin tener un ataque de nervios. ¿Cómo puede la gente viajar por placer? Creo que este es el pico de ansiedad más alto de mi vida.

Una gran variedad de escenarios catastróficos han pasado por mi mente desde que despegó el avión, pero después de comprobar que la escala no es tan difícil y que ya estoy a unas horas de Lucía, siento que ha merecido la pena.

A decir verdad, he accedido a hacer esto por no decepcionarla. Ni loca se me habría ocurrido embarcarme en algo así, pero cuando Lucía me dijo que era a gasto pagado, no tenía ninguna excusa. La han invitado a una gala allí en Japón y tiene que llevar a un invitado con ella. Cuando le comentó nuestra situación a la empresa que la

organiza, ellos se ofrecieron a pagar mi billete. Así que allá que voy a pasar un mes en Japón.

Lucía estaba un poco preocupada cuando le dije que pensaba aprovechar el billete de avión y quedarme allí un buen tiempo. Creo que le rayaban mis exámenes de la Universidad. Estas vacaciones juntas serán los días perfectos para contarle que he decidido dejar la carrera y dedicarme a los libros a tiempo completo.

Por fin llego al aeropuerto y recibo los doscientos mensajes que Lucía me ha enviado. Por suerte, me da tiempo a leerlos mientras sale por la cinta mi maleta facturada.



Según la aplicación de japonés que he estado usando esta última semana, significa que está impaciente por verme[3].

Saber que me está esperando fuera hace que me tiemble todo. ¿Cómo debería reaccionar? ¿Cómo debería saludarla? ¿Qué pasa si viene acompañada? ¿Qué pasa si no la veo y no conseguimos encontrarnos? Aunque quiero besarla, creo que se me ha olvidado cómo se hace. Seguro que me choco con ella y nos clavamos los dientes.

Una vez tengo las maletas, salgo por las puertas del fondo y, de repente, allí está. Lo que siento por dentro al verla no tiene nada que ver con lo que había imaginado en mis sueños. ¿Cómo eran los reencuentros de aeropuerto en las películas? ¿Siempre los pintaban así de mágicos o es que yo me estoy viniendo arriba?

Se me hace un nudo en el estómago de los nervios y, sin querer, dejo el equipaje atrás para lanzarme a sus brazos. Ella me devuelve el abrazo con la cara enterrada en mi cuello, así que el beso que esperaba nunca llega. Me separo de ella y le miro los labios. No sé a qué estoy esperando; si quiero un beso de bienvenida, tengo que dárselo yo. Es tan fácil como eso. Pero no lo hago. Encima de cobarde, me decepciona un tanto que las cosas se queden así y siento una cierta tensión a nuestro alrededor que no me gusta nada.

—¡Valeria! —exclama Lucía, sacándome de mis pensamientos.

Mis maletas están bloqueando la salida porque las he dejado desparramadas por el suelo.

—*Sorry, sorry, excuse me* —me disculpo torpemente con todo el mundo y las recojo.

Lucía me quita la más pesada de las manos y señala a un señor que nos lleva observando un rato.

—*Nihon he youkoso!* ¡Bienvenida a Japón! Tenemos taxi de vuelta. Vámonos y me cuentas qué tal tu primera aventura en aeropuertos extranjeros sola.

De camino al coche observo a mi alrededor por si alguien nos está mirando, pero no es así. Supongo que Lucía aún no es tan famosa como para que la miren por la calle en este país. Menos mal. Uno de mis peores miedos era pensar que no podríamos hacer vida normal y tendríamos que quedarnos encerradas en casa o salir acompañadas a todas partes.

Me doy cuenta de lo poco que he viajado cuando me sorprende que al taxi sea amarillo y verde, en lugar de blanco como en Sevilla. Los asientos están cubiertos con unas fundas de rejillas que me recuerdan a las decoraciones de crochet que mi abuela ponía en los sofás y las mesas. Una vez montadas en el vehículo, Lucía me coge la mano entre las suyas y la aprieta con ganas. Quizás soy una persona demasiado simple, pero no necesito más. Después de ese gesto es como si todas mis preocupaciones sobre el beso que no nos hemos dado nunca hubieran existido. Se mantiene de la mano conmigo durante todo el trayecto hacia su casa incluso cuando nuestras manos se calientan y empiezan a sudar.

—La gala es en cuatro días —me empieza a explicar después de haber disfrutado de nuestro reencuentro en silencio unos minutos—. Pero, después de eso, ya no tengo que trabajar más en todo el mes. Me he coordinado con otros actores de la serie que querían volver a sus países y todos hemos pedido las vacaciones al mismo tiempo, así que la serie se va a tomar un descanso durante noviembre.

Me muerdo el labio y le sonrío. Me da un poco de vergüenza besarla delante del conductor, así que reprimo las ganas que me entran de hacerlo. Sé que su trabajo le importa más que nada en el mundo y pedir un mes de descanso no ha debido ser tarea fácil por mucho que me lo cuente como si fuera una trivialidad.

—Que ganas de descubrirlo todo —confieso en voz baja y me gano otro de sus apretones de mano.

Con la que tengo libre, juego con la cremallera de la mochila que llevaba en la espalda. Hay algo dentro de ella que lleva presionándome desde que lo metí ahí hace una semana. Quiero regalárselo y tener esa conversación sobre mi futuro. Sin embargo, también tengo miedo. ¿Y si no quiere leerlo? A pesar de que sé que hablan mis inseguridades, no me atrevo a enseñarle lo que he traído.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Lucía presionando su hombro contra el mío.

Bueno, no he tenido que darle más vueltas. Ella ha sabido interpretar mi cara. Reconozco que debe de ser frustrante estar con alguien tan insegura como yo.

—Te he traído un regalo, pero está un poco envenenado —confieso.

—Pues dámelo.

—Espera a que lleguemos a tu casa.

—Ah... ¿Es un regalo subido de tono? —sugiere, con una sonrisa pícara.

—¡No! —Me sonrojo tanto como grito y al pobre conductor japonés casi le da un infarto.

Menos mal que sabe pretender que nos está ignorando segundos después.

—Bueno... Es un poco subido de tono, pero no en el sentido que piensas.

Cuando me pongo nerviosa no me expreso bien, así que, al final, saco el manuscrito encuadernado, haciendo que nuestras manos se separen por primera vez. Acto seguido, se lo pongo sobre las piernas.

—Es la primera novela que he conseguido terminar —le explico con la voz un tanto temblorosa.

Lucía abre los ojos impresionada y enseguida empieza a ojearlo con una sonrisa.

—¿Me lo puedo quedar?

—Claro. Es para ti.

—¿Por qué dices que está envenenado?

—Porque me gustaría que te lo leyeras. Estoy corrigiendo esta novela para intentar enviarla a un concurso literario y quiero que me des tu opinión como lectora.

—¿Y a eso lo llamas envenenado? Es el mejor regalo que me han hecho en mucho tiempo.

Me da un golpe suave en la cabeza con el manuscrito y luego lo coloca delante de mi cara para que el conductor no vea que me besa. Por fin. Exhalo todo el aire que había estado conteniendo y la correspondo enseguida. La sensación en mi estómago es similar a la que se experimenta descendiendo de una montaña rusa y no sé si es por la ilusión, el tiempo de espera o el hecho de estarnos besando en… ¡Japón! Sea por el motivo que sea, sus labios me saben mejor que nunca y sonrío cuando se separa y susurra:

—Estoy deseando leerlo.

—Gracias. No hay prisa, eh. Y tienes que ser sincera. Si algo no te gusta, no te preocupes por mis sentimientos y dímelo directamente.

Lucía resopla y pone los ojos en blanco un segundo.

—La ironía de que tú me digas esto a mí —se queja, bromeando.

Me toca a mí poner los ojos en blanco y le pellizco la pierna.

—Es increíble que hayas podido coordinar esto con la carrera y el trabajo cuidando bebés por la mañana —añade, sacando a la luz el tema que no quería tocar tan pronto—. No sé de dónde sacas el tiempo para todo, Val.

Tomo aire. Es el momento perfecto para contárselo, pero, por algún motivo, me da miedo su reacción. A mis padres no les ha gustado un pelo que dejara la carrera y sé que si a Lucía le parece una locura me lo va a decir sin pelos en la lengua.

—A ver, es que…, en realidad, he decidido abandonar los estudios. No voy a hacer los exámenes del primer semestre. A lo mejor me estoy equivocando, pero creo que lo que quiero es ser escritora a tiempo completo.

A pesar de que Lucía me escucha con el semblante serio sin interrumpirme, yo no sé qué más decir. Por suerte, se da cuenta y habla:

—¿Por eso has podido venir un mes entero?

Asiento.

—¿Por qué has tomado esta decisión? ¿Te ha contactado alguna editorial?

—No, la verdad es que no. Hay muchos motivos, el primero y principal es que no me estaba gustando nada Ingeniería Informática. No sé en qué pensé al meterme ahí cuando ni siquiera me interesaba. Supongo que lo hice porque todo el mundo decía que tiene muchas salidas. En segundo lugar, ser escritora es mi sueño y me he dado cuenta de que no voy a conseguirlo si no le dedico toda mi energía. Ya es bastante difícil serlo si le dedicas todo tu tiempo, imagina si solo pudiera dedicarle pocas horas a la semana.

—Tienes razón en eso. Además, no eres rica, no tienes conexiones en el sector y no eres famosa en redes sociales.

—Prefiero no pensar en el lado oscuro de la industria —me rio nerviosa.

No puedo leer su expresión, no sé si le parece bien o mal, pero una voz dentro de mi cabeza cobra valentía y me recuerda que a la que me tiene que parecer bien es a mí.

—Por otro lado —continuo—, me he dado cuenta de que quizás solo empecé la carrera porque era lo que tocaba. Porque todo el mundo dice que eso es lo que hay que hacer. Creo que me presionaban mucho los comentarios del estilo de «una chica con tus notas debería ir a la universidad» o «aunque quieras hacer otra cosa, sácate una carrera y ya tienes el título ahí por si acaso».

Parece que a todo el mundo le molesta que haya más opciones que hace treinta años.

Lucía me aprieta la mano para mostrarse de acuerdo conmigo y, por fin, me siento aliviada.

—Hoy en día, tener una carrera no te asegura que vayas a tener una buena vida. Puede ser una herramienta útil, pero también una pérdida de tiempo y dinero durante cuatro años si lo haces sin pensar —opina finalmente—. Creo que alguna gente también pensaba que yo estaba loca cuando renuncié a mi puesto en la Escuela de Arte Dramático de Madrid para venirme a Japón a rodar esta serie de segunda B. Puede que algunas personas ya pensaran que no iba a llegar a ningún lado desde que dije que quería ser actriz. Entiendo perfectamente tus motivos porque también son los míos. Este mundo es demasiado competitivo, si te lo tomas como un *hobby*, necesitas mucha suerte y talento para llegar a ser alguien. Pero la mayoría de personas no tienen suerte y no son unos genios. Casi todos tenemos que trabajar mucho para poder hacernos un huequito donde queremos.

Asiento tanto durante su discurso que creo que se me va a descolgar la cabeza. Entonces, me doy cuenta de que no entiendo por qué tenía miedo de su reacción. Estaba tan preocupada de las cosas que me habían dicho los demás que se me olvidaba que Lucía también ha pasado por lo mismo.

—No sé cuándo ser escritor dejó de ser un oficio renombrado y empezó a ser un «tienes muchos pajaritos en la cabeza» —añado.

Después, me lanzo a darle un abrazo, aplastando mi mejilla contra su hombro.

No sé cuánto durará el camino a su casa, pero quiero quedarme así todo el tiempo. Necesitaba esto. No sabía cuánto la había echado de menos ni lo segura que me sentía en sus brazos hasta que lo he vuelto a experimentar.



Capítulo 10

Valeria

Mis primeros días en Japón han sido toda una odisea. A pesar de que puedo decir con orgullo que no me ha golpeado tan fuerte el *jet-lag*, estoy agotada. Lucía y yo no hemos parado desde que aterricé: hemos ido a ver un poco de Tokio, la he acompañado a los rodajes, hemos deshecho todo mi equipaje y hemos salido a comprar mi vestido para la gala que se celebra esta tarde.

Estoy bastante nerviosa.

Además, no estoy satisfecha con el *outfit* que llevo. Encontrar algo que me guste no ha sido complicado, lo complicado ha sido encontrar algo de mi talla. La ropa es minúscula en este país. Así que he tenido que optar por uno que no me gustaba tanto pero que, al menos, me cierra.

Lucía también está atacada cuando nos recoge el coche que nos llevará al edificio donde van a maquillarla y arreglarla.

—Ey, todo va a ir bien. —Le agarro la mano. Luego le repito lo mismo en japonés como ella me ha enseñado—: *Daijoubu*.

Mi novia sonríe y asiente mientras entrelaza sus dedos con los míos.

—*Daijoubu to omou*[4]. Es que este es el primer evento importante al que asisto. No es como si fuera una alfombra roja ni nada parecido, pero habrá mucha gente del mundillo y quiero que se fijen en mí.

—¿Tú te has visto? ¿Cómo no se van a fijar en ti? Vamos a ser las más guapas de la gala.

Sus dedos se distraen jugando con los míos sobre nuestros regazos.

—Hablando de la gala… —comienza a murmurar ella—. He estado debatiendo con mi agente y… ¿te importaría que fingiéramos ser solo amigas?

Los enormes ojos azules de Lucía me estudian la cara después de su pregunta bomba y eso me pone aún más nerviosa.

—¿Que finja que soy tu amiga? ¿Por qué? —No puedo evitar hablar con reproche.

La cara se me calienta de vergüenza y rabia. ¿A qué se debe todo esto? ¿Por qué tendríamos que ocultarnos?

—Val, no te enfades, es que… este país es demasiado retrógrado. No quiero que mi orientación sexual sea lo primero que la gente sepa de mí como actriz. Será lo único que comenten y que tengan en consideración para próximos papeles y oportunidades.

Desciendo la mirada hacia nuestras manos unidas. Incluso si lo que dice tiene sentido, no hace que me sienta mejor. Recorrer medio mundo para tener que ocultarme no es precisamente lo que esperaba.

—Val…

—Diré que soy tu amiga si es lo que necesitas. No quiero que te juzguen ni discriminen, pero todo esto es una mierda. Tener que ocultar quién eres no va nada contigo, Lucía.

—Lo sé, yo también odio tener que hacerlo. Odio tener que ocultarte a ti. Sé que no era esto lo que esperabas. A decir verdad, yo tampoco. Pero Claudia dice que esto es lo mejor si quiero que me sigan llamando para más papeles y… deseo que lo sigan haciendo. He abandonado la vida que tenía para conseguir este sueño y me estoy dejando la piel por mantenerlo. Sé que todavía tendré que

hacer cosas que no me gustarán hasta que consiga ser lo suficientemente famosa para que dé igual todo lo demás. Siento mucho que te afecte a ti.

—La verdad es que espero que todo esto merezca la pena, Lucy. Está bien, seré tu amiga por esta noche.

Sabía que esto había sido cosa de la mánager de Lucía y no de ella. He coincidido con esa mujer en varias ocasiones desde que llegué y estoy convencida de que me detesta. Aunque Lucy dice que no, que solo es una persona seria, estoy convencida de que no le gusta que esté aquí.



A pesar de haber accedido a hacer esto, sigo estando dolida. Entiendo a mi novia, yo también tengo un sueño muy claro y estaría dispuesta a hacer muchas cosas para conseguirlo. Aun así, cuando llegamos a la gala y las luces de los flashes empiezan a cegarme, me siento como una intrusa. No entiendo nada de lo que me dicen porque todo el mundo habla en japonés. Solo me limito a seguir a Lucía por donde nos indican y a sonreír para las fotos. Seguro que salgo con cara de circunstancias en todas.

A diferencia de mí, ella está reluciente porque no tiene que fingir las sonrisas y sus ojos claros no dejan de brillar por la emoción. Verla así de feliz hace que no me sienta tan mal.

—Lucía, *who is your plus-one for today's party*[5]*?* —le pregunta un reportero sobre mí.

Lucía me mira en tensión y casi creo que va a mandar su plan de ser discreta a la mierda para responder con sinceridad quien soy. Casi.

—*She is my best friend. I love her more than anyone*[6] —contesta al final.

Varios periodistas reaccionan enternecidos. Entonces, una mujer japonesa hace una pregunta rápida y mi novia se queda pasmada unos segundos antes de decir:

—*Mou ichi do onegaishimasu*[7].

Por el tono de disculpa, creo que Lucía está diciendo que no ha entendido la pregunta. Pero, lejos de repetírsela más despacio, los reporteros empiezan a reírse y a llamarla *kawaii*[8]. Lucía sonríe y posa con soltura. Si no la conociera, pensaría que no le ha importado que la llamen «mona» como si fuera una foto de un perrito adorable. Pero como la conozco, veo toda la frustración acumulada en sus manos apretadas.

—¿Nos vamos? —le pregunto para darle una excusa.

Ella asiente y, en cuanto nos damos la vuelta y ya no nos están grabando, me dice:

—Que se metan el resto de las preguntas por el *oshiri*[9].

Hay algunas palabras japonesas para las que no necesito más diccionario que el contexto. Me río y le aprieto la mano intentando apoyarla.

Después pasamos a un *photocall* durante unos minutos. Sigo impresionada con la cantidad de gente que reconoce a Lucía y al resto de sus compañeros de reparto. Sabía que la serie había tenido muy buena acogida, pero ver que detrás de las vallas y los periodistas hay personas con carteles y camisetas de la serie que gritan el nombre de Lucía hace que sienta un estremecimiento.

No he salido de mi aturdimiento cuando nos conducen a la elegante sala donde se desarrollará el resto de la gala.

Sin dejar de sonreír, me inclino sobre Lucía y le confieso.

—Podrían estar insultándonos que yo seguiría sonriendo.

—Tranquila, en el evento la gran mayoría de la gente sabe hablar inglés.

Que la gente me vaya a hablar en inglés no es el consuelo que Lucía piensa que es. Pero bueno, «a falta de pan, buenos son edamames», digo yo. Me lo tomaré como una práctica de *listening*.

No son pocas las veces que periodistas e invitados le preguntan a Lucía quién soy yo. Cada vez que dice que soy una amiga de España me tiembla la sonrisa en los labios. Imagino que también se lo pregunta mucha gente en japonés, pero, por suerte, no lo entiendo.

Nos dedicamos a dar vueltas por el lugar, tomando bebidas de las bandejas que llevan los camareros y saludando a unos y a otros mientras esperamos a que empiece el evento principal. Intento sumarme a las conversaciones que Lucía mantiene con sus compañeros al principio, pero, después de un rato, mi cerebro desconecta.

Estoy bastante perdida en la conversación hasta que siento que dos de los compañeros de mi novia me miran directamente a mí. Carraspeo y pregunto en inglés.

—¿Perdón? ¿Puedes repetir la pregunta?

—Decía que es una suerte que hayas podido venir a ver a Lucía. Ella echa mucho de menos a sus amigos en España.

Yo asiento con la cabeza.

—Bueno, es gracias a la productora que ha pagado mi viaje.

Los compañeros de Lucía ponen cara de confusión y me muero de vergüenza. ¿No me han entendido? Mi inglés no es muy bueno y con tanto jaleo…

—¿La productora ha pagado tu viaje? Sino se lo ha pagado a nadie —escucho decir a la actriz protagonista de la serie.

Al principio, creo que soy yo la que lo ha entendido mal, pero cuando me giro a ver el rostro de Lucía y la veo tensa, confirmo que ninguna productora ha pagado mi viaje.

Ha sido ella.

Sigo recuperándome del shock cuando escucho a Lucía decir.

—No, no lo ha pagado la productora, es…

—No lo ha entendido bien, ¿no? —deduce la actriz principal—. Es normal, entre el inglés, el japonés y el español debe estar confundida.

Ese último comentario hace que el resto empiecen a reírse con condescendencia, como si yo fuera una pobre extranjera confusa y adorable. Uno de ellos ha dicho que soy muy *cute*. Ojalá entendiera español para decirle «Linda tu puta madre».

Vale, a lo mejor está todo en mi cabeza y no se están riendo de mí. No estoy segura. De lo que sí que lo estoy es de que me siento como una mierda.

Dejo de mirarlos y apoyo la espalda en la pared para poder procesar todo lo que acaba de pasar. Siento la mano de Lucía sobre la mía y cómo se gira a mirarme.

—Valeria, Val…, te prometo que puedo explicártelo… Cuando acabe la gala, yo…

De repente, alguien se hace con un micrófono y comienza a hacer un anuncio. Las voces van decayendo.

—Va a empezar la gala. Después hablamos —zanjo.

Por lo que me he enterado, resulta que van a dar unos reconocimientos, así que nos acercamos a una zona llena de mesas bajas y sillones acolchados y nos sentamos a escuchar con el resto de los invitados.

La hora y media que dura se me hace interminable. Ni siquiera puedo disfrutar cuando galardonan a la serie de Lucía con el premio a «El *taiga drama* del momento».

Sus compañeros de reparto la animan a salir junto a la actriz que hace de su madre en la serie para recoger el galardón juntas, así que se va de mi lado.

Al menos están proyectando en la pared de detrás subtítulos inmediatos en inglés cuando alguien habla en japonés, así que no me pierdo lo que hablan el maestro de ceremonias y la actriz. La que sí que parece un poco perdida es Lucía, que se inclina hacia delante intentando seguir la conversación. No puede mirar atrás para leer los subtítulos, por lo que su sonrisa poco a poco se torna en una expresión de concentración.

El hombre por fin le dirige la palabra para preguntarle:

—¿Has entendido lo que estábamos diciendo?

Lucía asiente y sé que el tono del hombre le parece tan condescendiente como a mí por su expresión.

—Sí, últimamente estoy estudiando japonés con todas mis ganas —contesta mi novia.

—¡Qué diligente! Además de guapa, también eres trabajadora e inteligente. Ten cuidado que los hombres no se te van ni a acercar

del miedo.

Los asistentes le ríen la gracia al presentador. Bueno, «gracia» por llamarlo algo, porque no tiene ninguna. Vaya capullo.

Veo los engranajes del cerebro de Lucía buscando las mejores palabras para dejarlo callado en su tercer idioma, pero, entonces, el gilipollas del micro cambia de tema.

—Ahora que te veo bien, ¿de qué color son tus ojos, *Rushia*[10]? —pronuncia su nombre tan mal que todos estallan en carcajadas.

—Azules… —contesta ella después de pensárselo unos segundos.

—*Sasuga gaijin*[11]! —exclama el presentador.

Lo cual aparece traducido en la proyección como «no veas con los extranjeros».

He visto a turistas tratar a una estatua de un museo con más humanidad de la que este hombre usa para referirse a las personas que no son japonesas.

Seguramente a Lucía esto le parece tan surrealista como a mí. Sigo enfadada con ella por haberme engañado, pero, a la vez, lo estoy pasando mal viéndola sufrir en el escenario. ¡Qué complicado es el amor! Casi tan difícil como comer tortilla de patatas con palillos. Lo sé por experiencia.

Por suerte, la tortura termina pronto y ambas actrices pueden volver junto a nosotros con el premio a celebrarlo.

Yo solo puedo darle un abrazo teniendo en cuenta que esta noche soy «su *tomodachi*[12]». De todos modos, aunque quisiera estar disfrutando del momento, no está siendo así. No puedo dejar de darle vueltas al hecho de que me ha mentido y me he cruzado medio mundo engañada como una idiota. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? ¿Por qué la productora iba a pagarle el billete a la amiga de una actriz así como así?

Aguanto el tipo. Aplaudo cuando hay que aplaudir, felicito cuando hay que felicitar y consigo no derramar ni una lágrima hasta que la parte importante de la gala termina y todos nos levantamos de los sillones.

Consigo escabullirme hacia los servicios y me apoyo en el lavabo, respirando agitada. No quiero llorar porque se me va a estropear el

maquillaje y todos se van a dar cuenta de que lo he estado haciendo, pero no puedo evitar que algunas lágrimas corran por mis mejillas. Me muerdo el labio para sofocar los sollozos y tomo aire profundamente para calmarme.

Lo estoy consiguiendo cuando la puerta del baño se abre y Lucía cierra tras ella.

—Lo siento mucho, Valeria. Perdóname.

—¿Que lo sientes mucho? —mi tono es bajo, pausado. Estoy controlándome para no gritar, que es lo que en realidad quiero hacer —. Me has mentido. Me has traído hasta aquí engañada.

Lucía da un paso hacia mí y me coloca una mano en el hombro.

—Esto no es excusa, de verdad que no estoy excusando lo que he hecho, pero te necesitaba, Val. En este lugar no puedo dejar de sentir que soy la extranjera, la graciosa, el trozo de carne exótica que nadie toma en serio.

—¿Y querías que viniera alguien a sentirse como tú? Porque no he dejado de sentirme como una mierda desde que aterricé en este sitio.

—Claro que no, Valeria. Te prometo que el resto del tiempo no será así. Que de ahora en adelante estaremos solo las dos y no tendremos que ocultarnos de nada. Prometo que… voy a compensar todo lo que ha pasado.

—Lucía, me has mentido. No dejas de decirme lo importante que es la comunicación y por eso he estado esforzándome para hacer las cosas bien y que esto sea más fácil para las dos… Y me has engañado. Si me hubieras explicado cómo te sentías y lo mal que estabas, hubiera dejado que me invitaras, joder.

—Tenía miedo de que no lo hicieras. Tenía miedo de que, aunque supieras lo mucho que te necesitaba, no hubieras venido. Sé que esto no me justifica, pero… te necesitaba. Por favor, Valeria, sé que la he cagado, pero no te enfades y déjame compensarte.

Me tomo unos segundos para respirar y relajarme. Sigo estando molesta y sé que no dejaré de estarlo de la noche a la mañana, pero también sé que no quiero seguir enfadada con ella. Dejo de mirar al grifo automático del lavabo y por fin me giro hacia ella.

—Está bien. Pero no vuelvas a mentirme nunca más. Y más te vale llevarme a Universal Studios la semana que viene. Te voy a dejar pagar eso también y ya podré invitarte yo a algo caro en el futuro.

Los hombros de Lucía se hunden con alivio y acorta la distancia que nos separa hasta abrazarme. Le devuelvo el abrazo con la misma necesidad y cierro los ojos.

—Te llevaré a Universal y nos montaremos en una montaña rusa enorme.

—Tú te montarás y yo te miraré.

—Ya veremos.

—Para eso te aseguro que no me vas a engañar.

Lucía me da un azote en el culo, riendo.

—Idiota. —Después se separa y me acaricia las mejillas—. Te quiero mucho, Valeria. De verdad.

Unimos nuestras frentes y murmuro:

—Yo también te quiero, Lucy. Anda, volvamos antes de que piensen que te estás enrollando con tu querida amiga española en el baño.

—Ojalá lo estuviera haciendo.

Ahora soy yo quien le da un azote a ella y salimos riéndonos del baño.



Capítulo 11

Lucía.

Se podría decir que arreglamos la tensión entre nosotras en la fiesta, pero, en el fondo, sé que no es del todo así. Aunque estoy convencida de que Valeria no está enfadada porque le pidiera que fingiéramos ser amigas, también soy consciente de que no entiende las decisiones que estoy tomando.

No es que yo quiera ocultar nuestra relación ni mucho menos. De hecho, fui yo la que la hizo pública en primer lugar. Simplemente tengo que evitar escándalos durante unos meses más y, una vez termine este proyecto y vuelva a España, no tendré que ocultar nada más y me llevaré la experiencia.

Entiendo que le preocupe que yo esté actuando de esta forma cuando nunca me he escondido de nadie. Lo que pasa es que ya no soy una alumna de instituto que no tiene nada que perder. Creo que, aunque diga que lo entiende, no sabe las consecuencias que puede tener la mala prensa en este país. No se trata solo de que nuestra relación sea homosexual. Admito que juega un gran papel en la decisión de ocultarnos; sin embargo, ese no es el único

inconveniente. Incluso las parejas heterosexuales tienden a ocultar sus romances aquí, al menos hasta que están casados o tienen una relación larga y formal. No se parece en absoluto a nuestro mundillo de prensa rosa en el que pillan a dos famosos besándose y a las dos semanas se olvida. En España, cuánto más escandalosos sean los rumores sobre ti, más cobrarás por ir a declarar a un par de entrevistas. Aquí, si tienes suerte, solo recibes amenazas de muerte.

En Japón no tienen miramientos a la hora de echarte y cambiarte por otro extranjero que se parezca lo suficiente a ti. No tienen problema en cancelarte sin preguntar tu versión de los hechos. En el mejor de los casos, incluso si se tragaran que nuestra relación es larga y estable y se lo tomaran bien, recibiríamos el trato de *gaijin*[13]. Dirían «Oh, ese tipo de relaciones son comunes en el extranjero... Ya veo. Aquí en Japón son muy raras».

Odiaría tener que escuchar a alguien referirse a nosotras de esa forma, sonreír y fingir interés en vez de decirle que se informe un poco del siglo en el que vivimos.

En cualquier caso, no he hecho a Valeria cruzarse medio mundo para pasarnos los días tensas, así que sé que tengo que dejar a un lado nuestros malentendidos y planear una cita.

Me asusté bastante cuando ayer me advirtió que «no podíamos romper hasta que ella estuviera de vuelta en España». Dice que no quiere quedarse sin techo en este país y no tiene dinero para otro vuelo. Como si yo fuera a echarla de mi casa solo porque ya no fuéramos pareja. No pienso cortar con ella en primer lugar. Prefiero contarle al mundo entero nuestra relación y arreglármelas con las consecuencias.

—Buenos días —la despierto dándole miles de besos pequeños por la cara—. Despierta y vístete que vamos a tener una cita.

—Me hace cosquillas... —se queja, tapándose la cabeza con el edredón.

O al menos eso creo que ha dicho.

—Venga, no seas remolona, que es nuestro primer día de vacaciones juntas y he preparado una cita chula —insisto mientras

me tumbo de nuevo en la cama con ella. Así no podrá esquivar mi ataque de besitos aunque quiera.

—Cierra, hace frío —dice.

—¿Que cierre qué? ¿El edredón? —me echo a reír por lo estúpidas que suenan sus protestas—. Venga, que tenemos plan.

—¿Y las citas por la tarde están prohibidas en Japón? —me pregunta.

Me quedo callada un momento, sorprendida. Normalmente la sarcástica soy yo, pero supongo que solo hace falta un poco de frío y sueño para provocar su lado más pícaro.

Empiezo a molestarla con mis labios otra vez y finalmente consigo que salga de la cama a tiempo para desayunar fuera. A pesar de que hay muchos sitios de Japón que quiero enseñarle, me hace especial ilusión llevarla por mi ciudad y que conozca el lugar donde he estado viviendo estos últimos meses. Siempre me acordaba de Valeria al principio de estar aquí cuando caminaba sola por las calles de Kawagoe o cuando descubría algún lugar bonito. Me daría mucha vergüenza contarle que la imaginaba a mi lado e incluso me montaba conversaciones enteras con ella en mi cabeza. A lo mejor soy yo la que debería escribir novelas.

La cuestión es que hay muchos sitios a los que quería ir con ella, así que, cuando desayunamos en mi cafetería de donuts favorita, no puedo dejar de sonreír. Nunca nos han gustado mucho esos dulces, pero en este lugar son muy baratos y cuando aún no había cobrado mi primer mes y no tenía dinero para comer fuera de casa, venía aquí y me tomaba uno. Ni los grillos en la cuenta bancaria evitan que un español salga a la calle, aunque sea para tomar un donut de un euro.

—Me gusta más el tuyo —dice Valeria tras probar el de azúcar que he pedido.

—Te dije que los de chocolate triple estaban muy secos.

Estoy tan contenta que coloco mi donut en su bandeja y me quedo con el suyo.

Al acabarnos el desayuno, caminamos un rato por las calles más antiguas de la ciudad. Se trata de una zona preservada en la que todos los edificios deben respetar y seguir la estética del Japón de la

época Edo. El mero hecho de andar bajo el cielo soleado, pisar el suelo de grava, contemplar y hacernos fotos con la torre mítica de Kawagoe y comprar batatas asadas es increíble, pero, lo que hace a Valeria alucinar, son las pequeñas tiendas llenas de productos artesanales.

Una de ellas tiene un *onsen*[14] de pies, que consiste en darse un baño de agua caliente a partir del tobillo. Nos pedimos unas bebidas y nos sentamos allí a observar el jardín japonés con los pies calentitos en remojo y la punta de la nariz helada.

—Este sitio es precioso. ¡Y además está al lado de tu casa! Seguro que has venido muchísimas veces —comenta, sin poder dejar de contemplar la pequeña cascada que fluye desde el centro de los helechos, las azaleas y los lirios que armonizan el jardín. Está embobada con la imagen tan serena que nos regala el agua cayendo sobre las rocas en sintonía con las plantas.

—En realidad, nunca me había sentado a tomar nada en el *onsen* —confieso—. Quería probarlo por primera vez contigo. —Valería se muerde el labio para evitar sonreír de oreja a oreja y me coge la mano sobre el asiento de madera en el que estamos sentadas—. Además, siempre está lleno y hace falta pedir número para entrar.

—Había quedado mucho más romántico antes —protesta.

No parece que esté molesta porque se queda mirándome fijamente con una expresión concentrada que me encanta.

—¿Qué? —acabo preguntando.

—Quiero besarte.

—Pues hazlo.

Mi novia parpadea y mira a su alrededor. Es cierto que ahora mismo estamos solas en el jardín, pero los empleados de la tienda están al otro lado de la cortina. Además, nuevos clientes podrían venir a sentarse en cualquier momento. Veo en la forma en la que frunce sus cejas oscuras y en cómo se aparta el flequillo castaño que no está segura de hacerlo o no.

—No pasa nada, aquí no me conoce nadie y tampoco me importa lo que piensen en esta ciudad —enfatizo mi respuesta mientras me inclino sobre ella y comienzo yo el beso.

Mi mano se posa desde su cuello hasta rozar su nuca con los dedos y nuestras lenguas se encuentran cuando la acerco más a mi rostro en un beso lento e intenso. Al apartarnos un minuto después, nos quedamos mirándonos y suspiramos casi a la vez.

—Si pudiera ser siempre así…

—Ya nos queda poco que aguantar —le aseguro.

Un rato después, le hago una sesión de fotos en el jardín japonés para que los cuarenta y cinco minutos que me ha hecho esperar esta mañana mientras se arreglaba merezcan la pena. Por eso y porque la veo especialmente guapa hoy. Una de estas fotos va a terminar en mi fondo de bloqueo del teléfono seguro. Me encanta el top burdeos que lleva hoy; es ceñido y se anuda en dos lazos a su cuello, haciendo que el pecho se vea espectacular. Por no hablar de lo mucho que echaba de menos ver su típico moño despeinado que ella denomina «nido de pájaro» y que siempre se acaba recogiendo cuando hace calor.

Cuando ya tenemos los pies arrugados del *onsen*, nos marchamos a seguir vagando por las calles. Valeria va en busca de regalos para toda su familia, incluso para los tíos que yo no sabía que tenía. Los productos artesanales de Kawagoe son baratos si piensas su precio en euros, así que la contemplo comprar mientras sospecho que la mitad de las cosas acabarán en su habitación en lugar de en la casa de sus familiares No puedo disfrutar más durante el almuerzo mientras prueba sus primeras batatas fritas y la escucho gemir con aprobación. Estas son tradicionales en Kawagoe y las hay de todas las formas posibles: dulces, asadas, en helados, en postres tradicionales, fritas… Es una de las razones que hacen que ame este lugar.

También me lo paso genial en un taller que nos hemos encontrado y que consiste en tallar tus propios palillos. Valeria no sabe comer con ellos aún, pero se nota que se está esforzando por aprender, así que espero que algún día le sirvan.

Me doy cuenta de que, a pesar de haber estado viviendo aquí tanto tiempo, había muchas cosas turísticas que no había hecho como visitar el museo de la ciudad o el castillo restaurado. La realidad es que hasta ahora no he disfrutado de las actividades

turísticas de Japón y no es porque no haya tenido tiempo. Sí, he estado liada con el *taiga drama*, pero creo que el motivo principal no es ese.

Desde que he llegado aquí todo el mundo se ha asegurado de recordarme que soy una *gaijin*, una extranjera. Desde las miradas curiosas en la ciudad hasta los constantes recordatorios de lo limitado que es mi japonés. Francamente, esperaba que una persona tan sociable como yo pudiera hacer amigos enseguida. Si tuviera amigos japoneses, podría practicar el idioma casi sin darme cuenta. Sin embargo, por algún motivo, los japoneses nos evitan como a la peste y es casi imposible conocerlos. Mi agente me ha explicado que se debe a que muchos no saben inglés, o que saben pero les da vergüenza hablarlo, y por eso se alejan haciendo aspavientos cuando intentas acercarte a ellos. Ninguno espera que tu intención sea aprender su idioma y no quieren tener que verse en la obligación moral de contestarte. La única excepción es si entras en alguna aplicación para buscar pareja en Japón. Mejor no doy mi opinión sobre los llamados *gaijin hunters*[15] y viceversa.

Ilusa de mí, creí que si me adaptaba a sus costumbres y me comportaba como uno de ellos, dejarían de tratarme como si fuera un virus contagioso. Vale, quizás esa comparación es demasiado dura. A veces me siento mal por pensar así cuando todo lo que han hecho es tratarme con educación desde que llegué. El problema es que parece que más allá de la atención al cliente, soy como un muñeco de cera en un museo. Una exposición bonita de admirar y sobre la que se pueden hacer preguntas y tomar fotografías, pero no una persona de la que nadie quiera ser amiga. Incluso poniendo mi mayor esfuerzo en aprender la lengua o imitando su forma de ser, no consigo acercarme a nadie.

Mi plan desde el principio había sido aprender a comportarme como las personas de este país. Al fin y al cabo, no pretendía que fueran ellos los que se adaptaran a mí ni mucho menos. Pero, sin darme cuenta, me he convertido en alguien que está todo el tiempo cuestionándose qué pensarán los demás de mí.

No es que haya tenido grandes deslices, pero las veces que me he equivocado siempre he recibido miradas horribles o comentarios hirientes de aquellos que pensaban que no podía entenderlos. Nunca era «Esta persona debe ser nueva en el país, vamos a explicárselo», sino «Malditos *gaijin*, siempre haciendo lo que les da la gana. No respetan nada». Como cuando a veces he tirado la basura en el lugar erróneo por equivocación o al principio hacía llamadas de teléfono dentro del tren porque no sabía que no estaba permitido.

Ahora mido cada acción que hago en público por miedo a ser llamada *gaijin* cuando sé que, en realidad, no hay nada que pueda hacer que me impida tener el aspecto físico que tengo. Supongo que ese sentimiento me ha llevado a no disfrutar las actividades turísticas. No quería parecer uno de ellos y, en parte, puede que los estuviera juzgando. Es la primera vez que compro *souvenirs* o que hago actividades «tradicionales» para llevarme la experiencia.

Me encantaría contárselo a Valeria. Decirle lo feliz que me hace tenerla aquí y lo diferente que es Japón a su lado. Lo fácil que parece todo esto cuando está conmigo. Sé que venir aquí era mi meta, pero eso no lo hace más fácil. Uno pensaría que vivir en el lugar de sus sueños con el trabajo perfecto sería pan comido; no obstante, la vida siempre encuentra formas de enturbiar las expectativas.

Japón es el país que cumplirá mis aspiraciones y España en el que están las personas por las que quiero despertare todo los días. Por cliché que suene, tengo el corazón dividido de la peor manera posible. Mi consuelo es que, al menos, no está roto.

Mientras le hago fotos y vídeos a Valeria en un templo que tiene dos pollos gigantes, uno dorado y uno negro, ella me pregunta varias veces qué me pasa. Pero ya he decidido que no puedo contárselo. No puedo decirle que hace que toda mi vida aquí parezca brillar con colores más vibrantes porque eso sería admitir que estos últimos meses han sido más bien oscuros. En cierto modo, no me siento con el derecho a quejarme porque soy yo la que ha decidido venir aquí y hacer la vida de las dos mucho más complicada. Ha sido mi decisión venir a vivir a un país extranjero, así que, ¿cómo puedo pretender que no me traten como una forastera? ¿Cómo puedo

quejarme de que me cueste hacer amigos o de que echo de menos a los que ya tenía en España? Mis problemas no son nada comparados con los de otra gente y estoy ganando una buena cantidad de dinero. Así que no me siento con el derecho a verbalizar lo malo, a pesar de que sé que no es justo y que solo hablan mis propias inseguridades. Sí, entiendo la teoría, pero nunca lo llevo a la práctica y acabo torturándome en silencio.

—Oye, estoy mirando en una página web y dice que hay un festival en el pueblo esta noche. Tendremos que ir, ¿no? —comenta Valeria, sacándome de mis pensamientos.

—Sí. Yo también lo había visto, así que he alquilado unos *yukata*[16]. Vamos a vestirnos y nos acercamos al templo del que salen las carrozas. Te va a encantar la comida callejera.

Volvemos a mi casa y necesitamos más de cinco vídeos de YouTube para terminar poniéndonos el traje tradicional japonés de cualquier manera. Menos mal que hemos vuelto pronto porque, entre la pelea que hemos tenido con el *obi*, el cinturón del *yukata,* y el maquillaje, nos han dado las ocho de la tarde. Salimos corriendo hacia el templo para intentar comer algo y ver los fuegos artificiales del final del festival, pero cuando llegamos al lugar indicado en la página web, no vemos a nadie por allí.

Por muy temprano que cenen los japoneses, es extraño que hayan podido desmontar el chiringuito tan rápido. Ni siquiera hemos oído los fuegos artificiales.

—Quizás nos hemos equivocado de templo... —murmuro.

—¿Puedes preguntar a ver si alguien sabe guiarnos? —sugiere Valeria.

Me acerco a preguntarle al encargado del templo. Por suerte, entiendo mucho más de lo que hablo, así que, si me da alguna indicación, sabré llegar al festival.

Lo que ocurre es que no hay festival.

Ya me extrañaba no ver a nadie vestido con *yukata* por la zona. Resulta que esas fechas que hay en la página web fueron canceladas por previsión de lluvia y el festival se adelantó a la semana pasada.

—*But temple... very beautiful. Very beautiful. Come in, come in* —nos anima el encargado con un inglés peor que mi japonés.

Eso es otra cosa que no me gusta de Japón: que me constante en inglés cada vez que quiero practicar el idioma. Me entran ganas de explicarles que no todos los extranjeros hablamos inglés, pero luego me da vergüenza porque me doy cuenta de que si me hablan en inglés es probablemente porque mi japonés suena fatal.

En cualquier caso, ni el festival inexistente ni la condescendencia hacia mis esfuerzos en esta lengua me van a arruinar el día.

—Que no hay festival —le resumo a Valeria al volver a su lado.

—¿Cómo que no hay festival?

—Las fechas de la página web estaban mal.

—¿Entonces nos hemos vestido para nada?

Por suerte, Valeria está sonriendo. Es mejor tomarse estas cosas a broma.

—Para nada no. Este templo es *very beautiful* —contesto imitando al hombre. Porque si ellos se ríen de mí, yo también me río de ellos —. Podemos hacernos una sesión de fotos. Seguro que el monje nos ayuda y así aprovechamos los trajes.

Acabamos subiendo *stories* conjuntas a las redes sociales de Valeria vestidas con ropa tradicional japonesa en un templo al azar de Kawagoe. Cualquiera podría pensar que hoy nos han salido muchas cosas al revés, pero, en realidad, ha sido el mejor día que he tenido en mucho tiempo.



Capítulo 12

Valeria.

Como todo lo bueno se acaba rápido, el mes de vacaciones de Lucía pasa en un suspiro. Convivir juntas durante este tiempo ha sido mucho más fácil de lo que cualquiera de las dos habíamos esperado. Hemos viajado, hemos pasado días enteros en el apartamento de mi novia sin salir de la cama y hemos probado todos los dulces de batata tradicionales de Kawagoe, la ciudad conocida como «La Pequeña Edo» donde vivimos.

Todavía me cuesta asimilar que me voy en menos de una semana. Decir adiós va a ser mucho más difícil porque es la primera vez que hemos podido pasar tanto tiempo juntas de forma independiente. Además, pensar que Lucía vuelve a quedarse aquí sola hace que me duela el corazón. Sé que ha estado muy feliz conmigo y una parte de mí no quiere regresar a España para que no sufra.

Sigo dándole vueltas a lo rápido que pasa el tiempo cuando el coche que recoge a Lucía para los rodajes pasa por nosotras. Todavía no va a retomar la serie, no hasta que yo me vaya, pero su

mánager la llamó hace unos días para que acudiera a una sesión de fotos que decía ser muy importante.

—¿No te importa que tenga la sesión de fotos, verdad? —me pregunta por tercera vez en el día—. Espero que no nos tome demasiado tiempo, pero con estas cosas nunca se sabe…

—Ya te he dicho que no, Lucy. Me quedaré disfrutando de verte posar y, si me agobio, me iré a la hamburguesería que hay enfrente. Allí veré alguna película de las que tengo descargadas en mi móvil mientras me como un menú y pienso lo guay que soy por estar haciendo ese plan sola en Tokio.

Lo cierto es que sí que me sentiría muy satisfecha conmigo misma haciendo algo así. Soy muy miedosa, el *true crime* hace que vea asesinos y malos finales por todas partes. Mi ansiedad tampoco me ayuda mucho que digamos. Así que la perspectiva de irme sola a hacer un plan mientras Lucía trabaja me parece un paso hacia adelante increíble. Nunca me habría imaginado capaz de hacerlo antes de venir aquí.

Llegamos al estudio donde se va a realizar el reportaje una hora y media después de salir de casa. Como todo el mundo está demasiado ocupado con sus tareas para prestarme atención, me he sentado en la moqueta a comerme unas galletas que salían en una de mis series *anime* favoritas mientras leo un libro.

«Estoy viviendo mi mejor vida», pienso.

De vez en cuando echo vistazos a lo que hacen en la sesión de fotos porque me encanta ver a Lucía en su salsa. Es tan guapa y tiene tanto talento que me siento orgullosísima de ella. Todavía me pregunto qué ha visto alguien como ella en mí.

De repente, una persona se sienta a mi lado y me saca de mis pensamientos.

«Mierda, la mánager de Lucía. Uf».

Me obligo a ser simpática y saludarla con una sonrisa, a pesar de que tengo la sensación de que no me soporta.

—Hola, Valeria, qué bien verte por aquí. Hacía tiempo que quería quedarme a solas contigo.

Miedo me da lo que quiera de mí.

—Claro, ¿querías que habláramos de algo en concreto?

Cierro el libro, resignada, y me despido de mi mejor vida para ser educada y mantener una conversación con Claudia. En el fondo, quiero llevarme bien con ella porque es el único apoyo de Lucía en este país, pero eso no quiere decir que le vaya a perdonar haber interrumpido mi tiempo de lectura.

—Quisiera hablar contigo sobre Lucía porque… estoy preocupada por ella —comienza.

—¿Ocurre algo malo?

—No es nada grave. Al menos, por ahora. Pero estoy segura que acabará siéndolo en un tiempo.

Frunzo el ceño, preocupada.

—¿Y qué es lo que te preocupa?

—Tú.

Esa respuesta tan contundente hace que enmudezca durante unos segundos y que me ponga más roja que las columnas del templo de Asakusa.

—No te entiendo, Claudia.

—Me preocupa lo mucho que frenas su vida, Valeria. La carrera de Lucía está despegando, el público la quiere y estoy consiguiendo ofertas y oportunidades para ella. Esas oportunidades siguen siendo en el extranjero y Lucía no deja de rechazar proyectos a largo plazo porque quiere volver a España cuanto antes posible. Por no hablar de que, para conservar lo que tiene aquí en Asia, su imagen tiene que ser impecable y tú la ensucias. Si la gente aquí supiera quién eres realmente, todo lo que ha construido durante meses se desmoronaría.

Las palabras de la mujer hacen que me recorra un escalofrío y que me mareé un poco. Aunque más de rabia que de preocupación.

—Espero que no estés insinuando que la deje. Los sueños de Lucía no son incompatibles con quien ella es como persona, deja de meterle esas mierdas en la cabeza.

—Yo no estoy haciendo nada de eso, pero Lucía está empezando en la industria y sabe que su posición es frágil. Ahora mismo su imagen lo es todo y lo seguirá siendo mientras quiera ser actriz. No solo podrías estropear la opinión que el público tiene de ella, sino que le impides seguir adelante e integrarse. Es incapaz de disfrutar

de forma plena esta experiencia porque se siente culpable por estar alejada de ti. ¿Eso es lo que quieres? ¿Que nunca consiga sentirse bien en ningún sitio porque tú no vayas a seguirla? No es algo que haría alguien que de verdad la quiere. Se me ocurren muchísimas personas que estarían más que encantadas de seguirla a cualquier parte del mundo a la que tuviera que ir.

Doy un golpe con el paquete de galletas en el suelo y encaro a Claudia. Se me ocurre que si hago a esta capulla tragarse el libro, quizás deje de decir estupideces.

—Tú eres la única a la que no le importa Lucía. Si de verdad lo hiciera, no estarías intentando manipularme para que la dejara.

—Precisamente porque me preocupan ella y su carrera es que te digo esto. Sois jóvenes, quizás ahora os queráis mucho, pero para Lucía su carrera será lo primero. Siempre estará lejos, viajando y rodeada de gente que pertenece a un mundo en el que tú… —Su mirada despectiva me analiza de arriba abajo— no quieres encajar. Esto se acabará tarde o temprano, solo te aconsejo que lo termines antes de que sea más doloroso para ambas.

Termino poniéndome en pie porque no quiero formar un escándalo ni que mi novia me vea tan alterada.

—Tú no vas a decirme qué es lo mejor para nosotras porque, aunque te creas con derecho para opinar, no eres nadie para hacerlo. Además, no tienes ni idea de lo que hay entre nosotras. ¿Creías que siendo cruel ibas a poder deshacerte de mí? Buena suerte, Claudia. He venido para quedarme.

—Si por lo menos fuera cierto… Tus billetes de regreso no dicen lo mismo.

No pienso seguir escuchando provocaciones baratas. Me largo del estudio a hacer el plan que tenía previsto para quitarme del medio. Sin embargo, ya no me apetece la hamburguesa ni ver una película. Me pido un refresco para poder sentarme en una mesa a relajarme, pero después de una hora sigo sin poder sacarme de la cabeza las palabras de la mánager ni las ganas de llorar de los ojos.



Una semana más tarde estoy en el avión regresando a España. La despedida, tal y como ya suponía, ha sido mucho más dura que la primera vez. Ambas nos hemos hartado de llorar en el aeropuerto. Me he ido con pena y con una angustia horrible por no haberle podido decir a Lucía lo que pasó con su mánager. No he dejado de darle vueltas al asunto y, aunque me joda, después de pensarlo en frío me he dado cuenta de que esa mujer tenía razón en muchas cosas.

Aún así, me niego a que nadie me diga qué riesgos merece la pena tomar o no en mi relación. Lucía y yo lucharemos hasta donde podamos y nadie me va a hacer decidir lo contrario.

Durante el vuelo, me distraigo borrando fotos repetidas o que no me gustan del viaje. Como buena masoquista enamorada, me pongo los auriculares y empiezo a ver los vídeos. No puedo evitar que algunas lágrimas me vuelvan a los ojos rememorando los buenos momentos que hemos vivido Lucía y yo durante este mes. Con algunas grabaciones, me río en voz alta y despierto al pasajero que tengo al lado. Estoy viendo un momento de Lucía sacando agua de una bañera porque el primer *Airbnb* donde nos hospedamos en Kioto tenía el desagüe atascado y no tragaba. Con dos cuencos y mucha determinación, las dos nos pusimos a vaciar agua por el retrete mientras nos lo tomábamos con humor.

Me hizo menos gracia el incidente con la arrocera.

En una de las imágenes me veo a mi misma con un moño despeinado y cara de querer morirme mientras limpio con una servilleta y mis pobres uñas la pasta pegada en la arrocera. En ese mismo hospedaje, quisimos hacer espaguetis para cenar y, como no

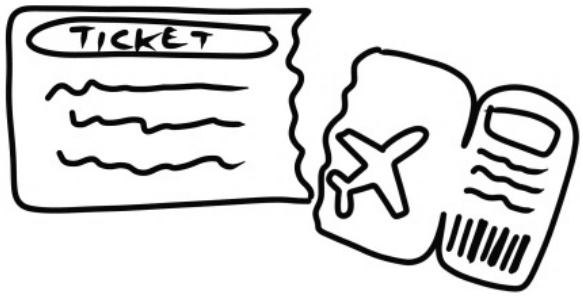
había olla, los preparamos ahí. ¿A quiénes se les olvidó limpiarla después durante los tres días que estuvieron en Kioto? Efectivamente, a nosotras. Todavía tengo pesadillas con esa máquina infernal.

Las siguientes fotos son una sucesión de distintos reportajes que hicimos en viajes alrededor de Japón. Lucía captó a la perfección como un ciervo del parque de Nara me mordía en el costado intentando quitarme la comida de las manos. Esos bichos parecen adorables, pero dejan de serlo cuando ven que te vas sin darles todas las galletas con las que los turistas los cebamos.

Creo que el día menos accidentado de todos fue el que visitamos Universal Studios en Osaka. No he flipado tanto en mi vida como lo hice al entrar en el Nintendo World de noche con todas las luces encendidas. Me sentía dentro del universo de Mario Bros, volví a mi infancia y disfruté como la niña pequeña que soy en mi interior. Ver a Lucía en el área de Harry Potter loca de contenta por haber conseguido una varita mágica interactiva y una corbata de Slytherin es todo lo que necesito en la vida para ser feliz. De hecho, estaba tan eufórica que accedí a montarme en la montaña rusa infernal. Esta se encontraba en el área de Jurassic Park y me emocioné escuchando la banda sonora de mi saga de películas favorita. Ojalá poder vivir en bucle ese día una y otra vez.

Quitando a las mánagers hijas de puta y a los ciervos salvajes, este viaje ha ido a las mil maravillas. Me alegro mucho de que Lucía me engañara para venir. Se lo he acabado agradeciendo estos últimos días sin parar. Está experiencia ha significado mucho para mí a nivel personal, ya que me siento mucho más independiente y resolutiva que antes de venir. Además, he comprobado que Lucía y yo somos muy felices juntas y que nos compenetramos bien a la hora de vivir solas. Me niego a renunciar a esto. Si profanar accidentalmente la tumba de un monje en un templo de un pueblecito cerca del Fuji no nos ha separado, no lo hará a distancia.

O eso espero.



Capítulo 13

Valeria.

Lucía no volvió en febrero como estaba planeado. Me llamó y me dijo que le había salido otro proyecto de mayor envergadura a raíz de las buenas críticas del *taiga drama* y que quería rodarlo también antes de volverse. Parecía sentirse culpable mientras me explicaba que iba a quedarse un año más en Japón, por lo que yo me aseguré de hacerle saber que apoyaba su sueño y que podía esperar sin problema. No iba a dejar que las estúpidas insinuaciones de su mánager se hicieran realidad.

De hecho, incluso si esa mujer no me hubiera amenazado, yo nunca habría querido ser un obstáculo para su futuro. Yo estoy centrada en mi sueño y ella en el suyo, así que ya tendremos tiempo de estar juntas en verano cuando venga de vacaciones. Como dicen por ahí, el que espera lo mucho, espera lo poco.

Lo que no me esperaba era que tampoco fuera a venir en verano.

Me había prometido que, aunque se quedara un año más, no tardaríamos tanto tiempo en vernos. Aseguró que sus vacaciones consistían en más de tres semanas en las que podría venir de descanso. Sin embargo, una semana antes, me llamó y explicó que

al final le era imposible hacerlo porque le habían surgido eventos en ese tiempo que no podía rechazar. Si viajaba hasta España, apenas podría quedarse una semana incluyendo los dos días de ida y vuelta en avión. Valoró que no merecía la pena hacer un viaje tan largo porque el *jet-lag* la iba a dejar destrozada.

Yo entiendo sus motivos, pero eso no significa que no esté triste o decepcionada. Llevo meses planeando cosas que pensaba hacer con ella estas semanas. La idea de estar juntas me ha impulsado a ver todos los pequeños momentos difíciles con una luz al final del túnel. Con un objetivo. Esperar con ansias su regreso me ha estado ayudando a no echarla tanto de menos. Y, de repente, esa esperanza se ha destrozado y es como si llevara todo este tiempo viviendo de fantasías.

No he podido evitar llamar a Fran y Alicia para hablar con ellos sobre cómo me siento respecto al tema.

—Pues vaya mierda —espeta Fran cuando termino de explicarles la situación.

Se encuentra sentado con las piernas cruzadas en mi cama y con un peluche entre sus brazos. Cuando está enfadado, sus cejas negras parecen aún más gruesas por lo mucho que se frunce su frente.

—Pues sí, lo es, pero…, en fin. Si pienso en todo lo que ya he esperado, me queda menos de la mitad. Volverá en Navidad.

—Eso dijo sobre este verano —puntualiza Alicia.

Al contrario que Fran, ella está apoyada en la mesa del escritorio mientras sus ojos parduzcos me estudian con detenimiento. A veces creo que este ser diminuto con flequillo puede leer mi alma sin mi consentimiento.

Lo peor es que no puedo rebatir nada a ninguno porque están en lo cierto. Quiero entender a Lucía y defenderla delante de mis amigos, pero cada vez es más difícil. Ellos solo lo ven desde mi perspectiva y no desde la suya por lo cual es lógico que van a ser más críticos con todo lo que haga mi novia. A pesar de que siempre intento que vean su punto de vista, me estoy quedando sin motivos para darles.

—Me ha propuesto algo... —empiezo a explicar. Enseguida me arrepiento, pero ya me están mirando los dos expectantes—. Quiere que me vaya a vivir con ella allí unos meses. Como me estoy dedicando solo a escribir mis libros ahora mismo, no tengo porqué hacerlo desde España.

—¡Qué buena idea, Val! —exclama Fran más animado.

—¿Cuándo tienes pensado irte para allá? —inquiere Alicia, no tan entusiasta.

Retuerzo los dedos y suspiro antes de contestar. Ya he tenido esta conversación antes con mis padres, con mi hermana y con los amigos de mis padres que estaban presentes. Todo el mundo ha reaccionado igual a mi confesión.

—Le he dicho que no.

—¿Habéis cortado? —se preocupa mi amiga.

—¡No! Es que, no sé. Vivir en Japón es su sueño, no el mío.

—Pero, bueno, ¿qué más te da? Si te vas solo unos meses te lo puedes tomar como un viaje. Así, de paso, aprovechas para comprobar si sois capaces de vivir juntas un tiempo o si acabáis a tirones de pelo —opina Fran.

Ahí está, esa es la reacción que ha tenido todo el mundo. «¿Qué más te da? Es una buena idea. ¿Por qué no?». Estoy cansada de oírlo y solo llevo un día explicando la situación a la gente.

Supongo que podría ahorrarme el mal trago si no le contara a nadie la propuesta que me ha hecho, pero ocultar esa parte hace que parezca que Lucía no está poniendo de su parte. Es como si de alguna forma necesitara que la gente notara que ella también quiere verme para que dejen de ponerla a caldo en mi presencia. Por lo menos, si piensan que la culpa es mía por no irme para allá a vivir del cuento mientras escribo, no parece la culpable de nuestra distancia.

—Ya comprobamos que podíamos vivir juntas perfectamente durante un mes.

—Ya, pero esa no era la misma situación. En ese momento estabais las dos de vacaciones. Sin trabajo y sin estrés es más fácil convivir —insiste él—. Si yo fuera tú, me iría y aprovecharía la oportunidad de vivir a solas con tu novia a piso pagado.

—Es que... también tengo eventos literarios… Ahora que mi primer libro está empezando a despegar, tengo que hacer contactos. No puedo desentenderme de todo y marcharme a escribir en aislamiento —les explico.

Eso no es del todo cierto porque durante el verano apenas hay eventos. No obstante, es lo que le estoy contestando a todo el mundo. Incluso a Lucía. La verdad es que no entiendo por qué tengo que justificar el hecho de que no quiero marcharme lejos de todas las personas a las que quiero y de toda la vida que he construido. No me entra en la cabeza que mi perspectiva sea tan loca como para que nadie esté de acuerdo conmigo. ¿En serio todos paralizarían su vida durante meses así como así? Creo que la gente a veces puede ser muy «consejos vendo que para mí no tengo».

—Yo me pregunto... —La voz de Alicia me saca de mis cavilaciones—, ¿qué se le habrá perdido en Japón?

Al principio, esa pregunta me enfadaba; ahora soy yo quien se la hace.

—En Japón no sé, pero como siga haciendo el tonto desde luego va a perder a alguien muy valioso en España —sentencia Fran.

—No digas eso. No vamos a dejarlo por cualquier cosa.

—No es cualquier cosa, simplemente es complicado y ahora mismo no lo estás pasando bien —me contradice Alicia.

Fran suspira y decide darme un poco de esperanza:

—Por lo menos estará aquí para tu firma de libros.

Me muerdo el labio, pensando si mencionar o no lo siguiente, pero al final lo acabo soltando.

—Aún no se lo he contado.

—¡¿Aún no le has contado que te van a publicar un libro?! —Alicia da un salto en la silla y veo su cabello rubio volar por la inercia—. ¡Tienes que hacerlo! Seguro que vuelve para celebrarlo contigo.

—La verdad es que quiero avisarla con tiempo porque me gustaría que estuviera allí conmigo el día de la firma... Pero…, no sé. Le regalé el manuscrito cuando fui a visitarla en Noviembre a Japón. Hace casi siete meses de eso y no me ha comentado nada. Me da la sensación de que ni siquiera se lo está leyendo y pensaba que ella sería la primera en hacerlo como hizo con todos los libros anteriores.

Se me hace extraña la idea de que vayan a publicarlo y Lucy no sepa de qué va la historia. —Tomo aire porque me doy cuenta de que he soltado una retahíla que casi vacía toda mi capacidad pulmonar. O quizás esta sensación de falta de aliento se deba al nudo que tengo en el pecho—. Sé que debería estar eufórica por la publicación. Y lo estoy, no quiero sonar desagradecida. Pero no puedo disfrutarlo de la misma forma sin tenerla aquí conmigo.

—Llámala de una vez y cuéntaselo —sentencia Fran—. Estoy seguro de que solo estás asumiendo que no se lo ha leído y entrando en pánico. Se lo vas a contar, se va a alegrar mucho por ti y te va a confirmar que se lo ha leído, pero que no ha tenido tiempo de hacerte una reseña.

—Vale, pues luego la llamo cuando llegue a casa... —accedo.

—¿Qué más da? Llámala ahora —me urge Alicia mientras vuelve a tomar asiento.

Cojo el teléfono a pesar de creer que no es buena idea. Aunque Lucía no tiene demasiada relación con ellos y puede ser un poco incómodo hacer la llamada, quiero ser egoísta por una vez. Si la respuesta de Lucía me decepciona, tendré a mis amigos justo al lado para apoyarme.

—Hola.

Lucía descuelga casi de inmediato y los tres la saludamos con la misma calma que ella nos ha saludado a nosotros. Estoy acostumbrada a su exceso de energía y ánimos, así que ese poco entusiasmo me resulta bastante extraño.

—¿Qué tal, amor? —No me deja respondes cuando continúa—. Me alegro de que estés con Alicia y Fran. Gracias a los dos por no dejarla sola después de decirle lo de las vacaciones.

Ahora que lo pienso, parece un poco deprimida. No debería sorprenderme porque, en el fondo, sé que Lucía tenía tantas ganas de venir como yo de que lo hiciera. Se me derrite un poco el corazón al pensar en lo que acaba de decir. Imagino que estaba muy preocupada por mí y la quiero mucho más por eso. No puedo evitar sentirme apenada porque sé que ella no tiene en quién apoyarse en Japón.

—Valeria tiene una noticia que darte —le anuncia Fran antes de poder intervenir yo.

El rostro de mi novia se ensombrece y, por un momento, veo pasar por sus ojos reflejadas todas las preocupaciones que se agolpan en su mente. Seguro que está pensando que, después de debatirlo con mis amigos, he decidido terminar mi relación con ella. Como si yo fuera a comunicarle eso delante de otra gente.

—Es una buena noticia —especifico. Aun así, su mirada no se relaja ni un poco—. ¿Recuerdas el manuscrito de fantasía que te di?

—Claro —responde de inmediato.

—¿Lo has leído? —Intento sonar casual, pero los nervios me traicionan.

—Aún no me lo he acabado, pero lo estoy leyendo. El concepto de los seres celestiales en la actualidad me tiene muy intrigada.

Mis amigos me molestan con el dedo por debajo de la cámara como diciendo «¿Ves? Teníamos razón». Pero yo no sé qué pensar. Con esa vaga descripción, bien podría haberse leído solo la sinopsis. O haberme escuchado hablar del libro y saber que hay seres celestiales en él. Por algún motivo, su respuesta no me ha hecho sentir ni un poquito más tranquila, pero tampoco quiero ponerme paranoica ni acusarla de estar mintiendo. Probablemente está demasiado ocupada como para leer una historia tan larga.

—Pues resulta que a una editorial le ha gustado. He firmado un contrato para la trilogía entera.

—¡Venga ya! —La cara de Lucía se ilumina de golpe y se levanta de su cama, dando saltos con el teléfono en las manos—. ¡Val! ¡Eso es genial! Me alegro muchísimo por tí. ¿Cuándo sale? Haré que me envíen una copia a Japón. ¡Y por supuesto que me la tienes que firmar en Navidad cuando vuelva a España!

Esa reacción hace que me olvide de cualquier malestar anterior. Vale, a lo mejor no se lo está leyendo. Pero sé que se alegra por mí y que me apoya en mis sueños. ¿Qué importa si se lo lee antes o después?

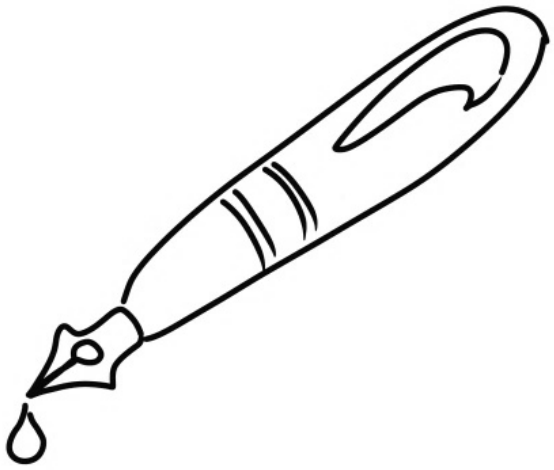
—Pues... En principio, sale en diciembre, así que había pensado hacer la primera firma en Navidad para que puedas estar tú. No me imagino mi primera firma de libros sin tí.

—Por supuesto. Dime la fecha en cuanto la sepas. Tengo que estar en España ese día sí o sí.

Asiento con un nudo de felicidad en la garganta y le digo que ya hablaremos más tranquilas. Después me dedico a escuchar a Fran hablar de lo bien que ha ido la llamada y de mi futuro como autora superventas.

A pesar de lo feliz que me encuentro ahora, hay una emoción diferente que hace que me piquen los ojos por las lágrimas contenidas. «¿Eso es normal?», me pregunto. No entiendo si debería sentirme tan feliz con algo tan pequeño. No sé si es que hoy estoy sensible o si es que mis estándares han decrecido hasta el punto de llorar si mi pareja muestra el más mínimo interés por mí. Solo con tener estos pensamientos ya me siento una traidora.

Intento convencerme de que no estoy en una relación poco sana, sino que las circunstancias nos obligan a actuar así y tenemos que quedarnos con las pequeñas victorias.



Capítulo 14

Valeria.

La Navidad llega después de una eternidad. Estos meses de espera y anhelo se me han hecho interminables. Creo que me he mantenido cuerda gracias a mis amigos, la ilusión de volver a ver a Lucía en una fecha concreta y los preparativos del libro. Los meses de octubre y noviembre se han hecho muy largos y las ganas de que los días pasaran y volver a abrazar a Lucy me estaban drenando la energía. Ya hace poco más de un año que nos vimos en Japón cuando viajé a verla el año pasado.

Por suerte, diciembre ha sido una vorágine de trabajo que me ha mantenido ocupada. Todo lo relacionado con el libro ha ido a las mil maravillas y estoy tan feliz de tenerlo ya en mis manos que aún no me lo creo. He tenido la inmensa suerte de contar con una editora que se merece el cielo y con un equipo que lo han pulido y le han dado exactamente la imagen que yo quería.

—¿Has visto lo precioso que es? —le pregunto a Lucía mientras se lo enseño por décima vez en la cámara del móvil.

Ella se ríe al verme darle un beso a la cubierta.

—Sí que lo he visto, sí. Es tan bonito como tú.

—Uy… —Me llevo una mano a los labios, fingiéndome avergonzadaza—. ¿Eso me vas a decir en dos días cuando por fin estemos juntas?

—Entre otras cosas mejores. —Lucía me guiña un ojo y las dos nos echamos a reír.

—Ay, Lucy…, tengo tantas ganas de que llegues. He pensado que podríamos irnos a Cádiz a estar un par de días a solas y que puedas ver el mar.

Como solo viene tres semanas, sé que va a estar muy ocupada visitando a su familia y quedando con todos sus amigos. Por eso no quiero presionarla para que nos alejemos mucho tiempo, pero tampoco quiero que después de más de un año no podamos pasar ni un momento a solas.

—¡Es una gran idea! ¿Lo has incluido dentro de tu plan de «citas navideñas con mi novia recuperada»?

—Por supuesto —sonrío. Una de las cosas que más añoro es poder hacer planes aleatorios juntas, así que le dije que había preparado una lista enorme con citas infinitas entre las que podía elegir—. Podemos poner como obligatorias: viajar a la playa, pasear una tarde por el centro de Sevilla para ver las luces de Navidad, comer churros con chocolate, ir al restaurante ese tan barato que te encanta y salir a una librería a regalarnos un libro sorpresa la una a la otra. El resto ya veremos si da tiempo.

Lucía sonríe de forma genuina y los nervios en mi estómago se ponen a hacer volteretas. Estoy tan ansiosa que no puedo evitar preguntar:

—¿Cuánto te queda para embarcar?

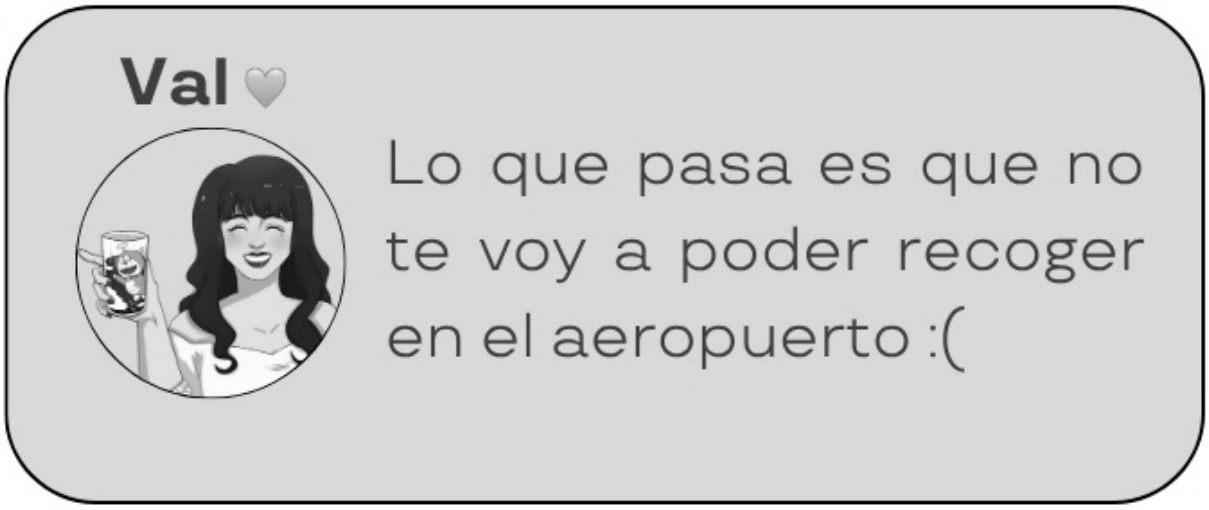
Ella echa un vistazo hacia arriba y sé que está mirando las pantallas del aeropuerto de Narita. Su ceño se frunce y se frota la cara con la mano que no sostiene el móvil.

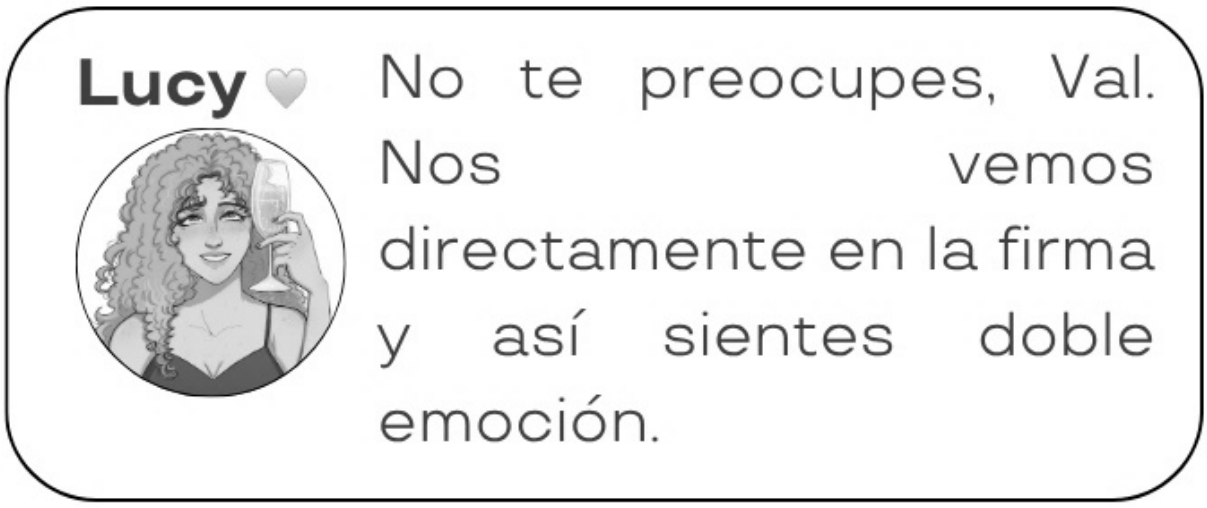
—No dejan de retrasar la hora de embarque. Por lo visto, no esperaban que la tormenta de nieve fuera tan grande en estas fechas y están retrasando casi todos los vuelos.

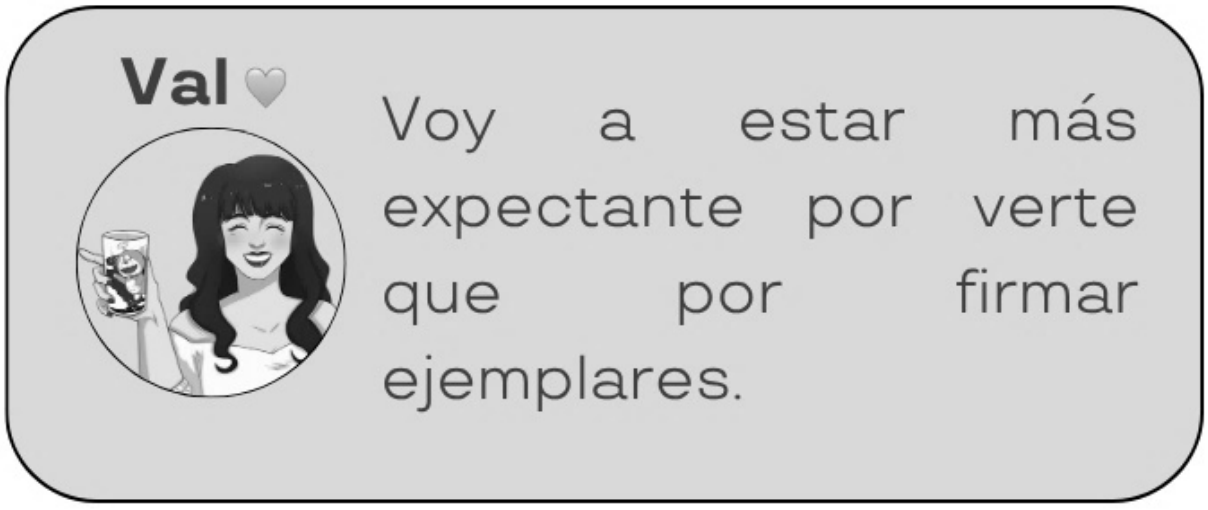
Las ojeras de Lucía están oscurecidas porque ha ido al aeropuerto de madrugada justo después del trabajo. Debería haber embarcado hace una hora y media y la veo cada vez más frustrada.

—Ya verás como dentro de poco os dejan subir al avión —intento animarla. A pesar de saber que está cansada, no puedo evitar mi entusiasmo. Voy a verla y va a poder estar conmigo durante la firma de mi primer libro. Es increíble—. Seguro que en un par de horas consiguen despejar la pista.

Mis presagios no se cumplen. Una hora después, mientras nos reímos porque a Lucía la han saludado por quinta vez unos fans en el aeropuerto, me pide que me espere un momento y colgamos. Media hora más tarde me escribe para decirme que han cancelado todos los vuelos por la tormenta, pero que no me preocupe porque la van a reubicar en un vuelo al día siguiente.







Me responde con un guiño y me dice que se va a ir a un hotel cercano a poder descansar algo antes del vuelo. Le deseo suerte y le pido que me vaya informando de su situación.



Las horas antes de la firma estoy atacada de los nervios. Lo último que supe de Lucía fue que iba de camino al aeropuerto a coger el vuelo que le habían asignado y que tenía poca batería. Como ha cogido un avión directo hasta Madrid no nos hemos podido comunicar. ¿Habrá aterrizado ya? Me da miedo que su vuelo se retrase y no consiga coger el tren de conexión con Sevilla. Que no llegue a tiempo a la firma me entristece, pero no me preocupa tanto como que no se haya puesto en contacto conmigo desde hace tantas horas.

A pesar de que estoy camino a la librería donde se va a celebrar la firma, no puedo concentrarme en nada porque no dejo de comprobar si tengo mensajes nuevos. Al final, Alicia me acaba quitando el móvil y me asegura que va a estar pendiente para avisarme en cuanto Lucía me escriba. Sigo teniéndola en mente, pero no tener el teléfono en la mano me ayuda a vivir el momento como se merece.

Inspiro profundamente cuando entro a la librería de Sevilla donde siempre compro y el mejor olor del mundo (el de los libros) me llega a la nariz. ¿En qué momento he entrado aquí hoy para que vengan a por mi libro y no para comprar yo ninguno? Esto es tan emocionante e increíble que estoy viendo la historia de otra persona a través de una pantalla.

Mi editora y algunas personas más de la editorial con la que he publicado ya me esperan dentro, listas para empezar. Primero haremos una breve presentación sobre el género de fantasía urbana que caracteriza a mi novela, después hablaremos sobre la historia y, por último, haremos una ronda de preguntas antes de dar comienzo a la firma.

En la sala ya veo a muchos de mis seres queridos esperando sentados: Alicia, que ha llegado conmigo, Fran, Rubén, mis padres, mis compañeros del club de lectura, amigos del colegio, del instituto y hasta de la piscina. Incluso está aquí la madre de Lucía. Pero, lo que más me sorprende, es ver a una gran cantidad de personas que no conozco. Aunque sabía que la editorial y la librería conseguirían atraer a algunos lectores nuevos, no esperaba que fueran tantos. Me recorre un escalofrío de los nervios que desaparece en cuanto comenzamos a hablar de literatura.

A pesar de que estoy disfrutando muchísimo del evento, no puedo evitar echar vistazos intermitentes a la puerta durante todo el tiempo por si aparece Lucía a través de ella. Si lo hiciera, no podría resistirme: gritaría y quedaría en ridículo. Me da pena que se haya perdido la parte más interesante. Aun así, tengo esperanzas de que llegue a la segunda mitad de la firma e intento que no se me note la preocupación mientras recibo a las personas y les dedico los ejemplares. Por un momento, me planteo preguntarle a la madre de

Lucía si sabe algo de ella, pero la mujer ya se ha marchado cuando se me viene la idea a la cabeza.

Durante media hora, hablo con todo el que se me acerca y dejo mi firma en un montón de ejemplares. Me divierto tanto que todas las preocupaciones desaparecen de mi mente por primera vez en cuarenta y ocho horas. Las personas que ya se han leído el libro me cuentan sus teorías sobre lo que creen que va a pasar en el siguiente. Algunos incluso me traen un dibujo o algún que otro detalle hecho por ellos mismos. Estoy tan feliz que voy a salir flotando. Se me vienen a la cabeza miles de ideas para incluir en la saga. De hecho, mientras hablo con una señora sobre las diosas de esta trilogía, se me ocurre incluso una precuela. Estoy tan en mi salsa que no me doy cuenta del paso del tiempo.

Mis amigos se han quedado los últimos de la fila para que les firme sus ejemplares al final, así que apenas queda nadie en la sala cuando se acercan.

—¿Ha escrito Lucía? —le pregunto a Alicia sin poder disimular la ansiedad en mi voz.

—Aún no.

—Estoy preocupada, ya tendría que haber llegado. Ni siquiera me ha escrito que haya aterrizado en Madrid.

Me estoy poniendo nerviosa otra vez. A pesar de que ya no queda nadie desconocido, cuando Fran nota que empiezo a gesticular más de lo necesario, me agarra de las manos.

—¿Y si no ha venido? Quizá no cogió el vuelo.

Bufo.

—Claro que lo cogió, Fran. Ya iba al aeropuerto cuando hablamos por última vez. Si hubiera habido algún problema, me habría escrito.

—Es que es muy raro que no te haya hablado. Hemos mirado en internet y el avión llegó a Madrid hace más de cinco horas.

Eso hace que salten todas mis alarmas.

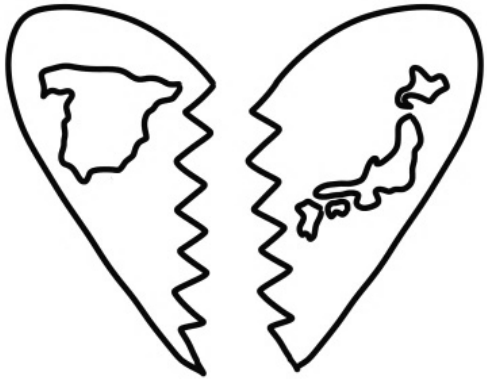
—Voy a llamar a sus padres, puede que ellos sepan algo —resuelvo.

—Val, a lo mejor no tiene batería. Si le hubiera pasado algo malo, ya te habrías enterado. Termina la firma y ya los contactas después si Lucía no te ha hablado cuando llegues a casa —me aconseja Alicia

quitándome el teléfono de las manos de nuevo y entregándome su ejemplar del libro—. ¿Puedes, oh autora famosísima, firmarme tu libro? Por favor.

Acabo claudicando porque no quiero pasarme el resto del tiempo amargada. Aun así, no dejo de imaginarme un montón de escenarios catastróficos sobre lo que le ha podido pasar a Lucía. Tengo claro que esta angustia tan horrible no se va a ir ninguna parte hasta que reciba noticias suyas.

Necesito verla pronto porque se me está olvidando lo que es disfrutar a su lado y solo me queda miedo, preocupación y ansiedad.



Capítulo 15

Lucía.

Alicia me informa por fin de que la cena para celebrar la salida del libro de Valeria ya ha terminado y que mi novia ha llegado a casa. Han ido a tomar algo todos juntos, así que no quería arruinarle la alegría ni la fiesta. Sin embargo, tras el mensaje de Alicia, ya no tengo más excusas: la llamo.

—¡Lucy!

Tiene un ojo desmaquillado y el otro no. Es obvio que ha dejado todo lo que estaba haciendo cuando ha visto mi llamada. Ese hecho solo me hace sentir más culpable con mi decisión.

—¿Dónde estás? ¿Te has quedado atrapada en Madrid? He visto en internet que está habiendo problemas en los trenes porque han vendido asientos de más.

—Hola, Val. Lo primero, ¿qué tal todo? Por lo que he visto en redes sociales el evento ha ido genial.

Valeria me sonríe y se tira en la cama con la ropa a medio desabrochar y el maquillaje corrido.

—La verdad es que ha sido genial. No esperaba que fuera a tener tan buena acogida al ser mi primera novela. Me ha sorprendido la

cantidad de gente que ha venido, a pesar de que solo salió hace una semana. ¡Y algunos lo habían terminado!

—Tienes que ponerte las pilas con el segundo, entonces —bromeo.

Pero Val no se lo toma a broma en absoluto. Está tan emocionada que habla de forma atropellada y me dan ganas de abrazarla y compartir toda esa felicidad con ella.

—Ya he pensado cómo quiero que sea la portada del segundo tomo. No voy a hacerles a mis lectores lo que odio que me hagan a mí y tardar años en sacar el siguiente.

Me echo a reír. Indignarse con escenarios que no han ocurrido aún es tan Valeria que me enternece oírla. La echo mucho de menos y quiero verla ya. Lo que hace que lo siguiente que voy a decir sea aún más difícil.

Tomo aire, pero al final me entra miedo y sigo hablando de otras cosas como si nada.

—Me alegro un montón, amor. Sé que lo vas a sacar muy pronto, aunque, si no pudieras, tampoco te presiones. Todos somos humanos y nos ocurren imprevistos, así que no te presiones demasiado.

—Lucy, estoy intentando vivir de ser artista. Vivir de la literatura —recalca—. Probablemente voy a tener que dejarme la piel y la salud para conseguir lo más mínimo. En este mundillo no existe el concepto de «no presionarse demasiado». Tú me entiendes mejor que nadie. Vaya dos patas para un banco que somos... La dos con trabajos inestables y mal pagados.

Asiento después de soltar un suspiro. Ojalá pudiera decirle que se equivoca y que no tiene que sacrificarse de esa forma, pero no tendría derecho a hacerlo. No cuando he renunciado a ser quien soy durante más de un año para conseguir un par de papeles.

La noticia que tengo que darle empieza a pesarme en la consciencia. Evadir el tema se siente como sostener un montón de piedras entre mis brazos e ir soltando las más pequeñas mientras las grandes vencen mis fuerzas. No tiene ningún sentido seguir intentando sacarme el guijarro de los bolsillos. Tengo que soltar la roca grande ya.

—Valeria…, no estoy en España.

Parpadea un par de segundos antes de contestar.

—¿Dónde estás?

—Aún en Tokio.

—Pero si tu nuevo vuelo... Da igual, ¿qué ha pasado?

—El vuelo que me ofrecían no me iba a permitir llegar a tiempo para tu firma. Llegaba a Madrid apenas unas horas antes y no me daba tiempo de bajar a Andalucía tan rápido.

—Vale, pero a mí no me habría importado que vinieras más tarde o solo a la cena de celebración. —Sacude la cabeza y la determinación de sus ojos cambia—. No. De hecho, te he estado esperando toda la noche. Después de la presentación, durante la cena, durante el postre, durante las copas... Llevo toda la noche esperando a que me llames. ¿Por qué no lo has hecho?

—No quería arruinarte el momento con esta noticia, así que he pensado que era mejor esperar.

—¡Lucía! Pensaba que te había pasado algo malo, joder. He estado mirando noticias de los trenes y los aviones cuando Alicia no se daba cuenta.

—Ya estás con tus paranoias catastrofistas —me rio para quitarle hierro al asunto.

Pero ella no me sigue la risa. Es extraño verla así porque normalmente yo soy la que trata los temas serios entre nosotras y Valeria la que intenta solucionarlo todo con calma. Da miedo estar al otro lado cuando alguien tan amable se enfada contigo.

—Estas paranoias mías son lo único que me queda —termina diciendo—. Si no puedo verte y tú no haces más que excusarte, ¿qué quieres que haga? Por supuesto que me invento escenarios en mi mente porque, de lo contrario, pensaría lo que cualquier persona que no tiene «paranoias catastrofistas» en la cabeza haría: que no quieres venir a verme.

—Valeria, eso es injusto. Sabes que no es así. Tengo una entrevista mañana y pensaba hacerla online desde España, pero, con todo lo que ha pasado, he decidido que es mejor quedarme aquí, hacerla en directo y luego volar para allá. Llego el viernes por la mañana a la puerta de tu casa.

Quiero decir mucho más, pero la expresión en la cara de Valeria hace que me calle. Ninguna de las dos habla durante unos segundos en los que ella se acomoda en la cama y mira hacia abajo. Pienso que quizás está jugueteando con algo que no puedo ver en la pantalla, lo hace mucho cuando se pone nerviosa.

—Es decir, que tenemos una semana menos juntas —resume.

—Bueno, como me voy a quedar para la entrevista, me han dado un par de días más de descanso. No tendremos dos semanas, pero...

—Tenemos una semana menos —insiste.

Suspiro intentando no explotar. Si hay algo que odio es discutir como si estuviera hablando con una pared.

—Sí, Valeria, tenemos cinco días menos. Perdona que no pudiera prever que habría una tormenta de nieve en Tokio, donde apenas nieva en diciembre. Y perdona de paso a todos los habitantes de esta ciudad por no estar preparados para la condición climatológica y a los pilotos por no querer volar en medio de una tormenta.

No ha funcionado, he explotado. Pero Valeria no parece conformarse con escuchar.

—Es que esto no va de la tormenta de nieve, Lucía. Si no es una tormenta, es un contrato y, si no es un contrato, es algo más. No te pido ser tu prioridad número uno, pero, si cuentas tus prioridades con los dedos de las manos, ¿te da para mencionarme a mí?

En otro momento me habría reído de sus metáforas raras. Ahora solo siento los ojos ardiendo y un nudo terrible en el estómago.

—No me parece justo que digas eso —contesto.

—Ni a mí me parece justo que me hagas creer que has retrasado el vuelo porque no llegabas a mi firma y no por esa entrevista. Si tantas ganas tenías de ir en persona al programa, tendrías que habérmelo dicho. No me habría creado expectativas sobre verte el día de mi firma y todo habría ido bien.

—No tiene nada que ver con la entrevista. Si te vas a enfadar de esa forma, puedo cancelarla para que me creas. Ya llevaba casi treinta y seis horas en el aeropuerto, ¿en qué condiciones crees que iba a llegar a España después de dos días sin dormir y uno más de viaje?

—¡Pues no me mientas! —He oído a Valeria alzar la voz muchas veces, pero es la primera vez que va dirigida hacia mí. No sé a quién de las dos le ha dolido más oírlo, porque hasta ella misma parece sorprendida—. Dime claramente que no vas a venir y yo me haré a la idea de que tengo que hacer esto también sin ti. No me gustaría, pero me adaptaría, igual que llevo haciendo todo este tiempo.

—No lo he hecho con la intención de mentirte, Valeria. Yo de verdad quería estar en esa firma.

—Ya, Lucía. Ya lo sé. Pero no estabas. Esa es la realidad.

—Lo siento —acabo diciendo en voz baja.

Por un momento creo que no me ha escuchado, pero entonces asiente. ¿Significa que me perdona o que me ha oído?

—Lucía, ¿te has leído el libro?

Alza la mirada a la pantalla por primera vez en un buen rato y veo en sus ojos que quiere perdonarme, que quiere creerme. Este sería el momento perfecto para mentir, el momento perfecto para decirle que sí que lo he leído y terminarlo durante el trayecto de avión. Pero precisamente porque me mira con esa esperanza no puedo actuar delante de ella. Tampoco tengo lo que hay que tener para confesarle que no lo he leído, así que me quedo callada, mirándola.

—Ya. Me lo imaginaba —suspira.

Supongo que mi silencio ha sido suficiente respuesta.

—Lucía, yo no pongo en duda que me quieras, pero ahora mismo no tienes interés en mí. Quizás hemos empezado a salir en una mala época de nuestras vidas, no lo sé. Pero creo que llevamos un año en el que solo nos hacemos daño la una a la otra.

Sé a dónde va esto y no me está gustando nada. Empujo para hablar por encima del nudo de la garganta y se me saltan las lágrimas. No me las limpio, esperando que con la calidad pésima de la videollamada no las vea.

—Sí que tengo interés en ti y por supuesto que te quiero. Es que no he tenido tiempo de terminarlo, pero ya voy por la mitad.

—No has tenido tiempo de leerlo, no has tenido tiempo de venir a verme... ¿Lo entiendes? No soy tu prioridad. Y lo entiendo, no tengo por qué ser tu prioridad. No te estoy pidiendo serlo. Pero no puedo seguir así.

—Me parece injusto que digas eso. —Parece que solo me salen esas palabras de la garganta últimamente.

—¿El qué es injusto? —me pregunta con paciencia.

Su calma es lo que más me preocupa. Como si hubiera ensayado este discurso, como si estos pensamientos se hubieran ordenado por adelantado en su mente.

—No quieres venirte a vivir aquí un tiempo, a pesar de que puedes trabajar desde cualquier parte del mundo. De hecho, la última vez que viniste a verme te enfadaste porque te pagara el viaje. Fuiste muy reticente a venir hasta el final. —Estoy hablando tan rápido que me noto sin aliento. No quiero que malinterprete lo que estoy diciendo ni que piense que estoy abriendo el cajón de mierda, pero tampoco voy a caer sin luchar—. Y lo entiendo. Entiendo que tengas esa actitud porque paralizar la vida que tienes en un sitio y empezar en otro nuevo es un gran esfuerzo. Créeme, lo entiendo mejor que nadie. Precisamente por eso no comprendo por qué estás tan enfadada conmigo porque haya retrasado un poco el vuelo. Es como si creyeras que yo te debo un viaje a España. Que te debo una visita. ¿Y sabes por qué creo que es así? Porque soy yo la que se ha ido y, en el fondo, piensas que es mi responsabilidad cruzar el mundo para que podamos vernos.

—No es que me debas nada. Yo no te culpo por haberte ido. Tampoco lo haría si quisieras pasar allí el tiempo que sea necesario sin volver. Pero si no vas a venir, no me digas que lo harás. No me mientas.

Conozco esa forma de morderse el interior de la mejilla. Se está poniendo a la defensiva. Genial, Lucía, lo estás haciendo de pena.

—Incluso si de forma racional sé que no me culpas por haberme ido, me sigo sintiendo culpable de nuestra separación —explico—. Y no te digo que voy a ir a España porque quiera engañarte. Lo hago porque yo también quiero ir. Porque yo también quiero verte. Aunque no te lo creas, me paso cada día pensando en la forma de encajar mi horario para poder hacer un hueco y volar a la otra punta del mundo. La gente piensa que es mi responsabilidad venir aquí e, incluso si tú no lo haces, siento esa presión.

—Nunca te ha importado lo que dice la gente. Si yo te digo que no es tu responsabilidad venir todas las veces, escúchame a mí.

—La que no me está escuchando eres tú. Te digo tantas veces que voy a ir porque QUIERO ir. Porque quiero verte, porque quiero... quiero dos vidas a la vez y no puedo tenerlas.

Por suerte, mis lágrimas se han secado y mi voz suena más estable. La voz de Valeria también suena calmada, así que suspiro de alivio.

Todo esto sería más fácil de arreglar en persona. Le daría un abrazo y hablaríamos pegadas la una a la otra y la mitad de estos temas se perderían en una caricia.

—No hay un día ni un nuevo contrato ni una videollamada en la que no me cuestione si lo que estoy haciendo merece la pena —continúo—. Aunque quiero estar aquí cumpliendo mi sueño, también deseo estar allí contigo. Me siento dividida y esta situación me trae más quebraderos de cabeza de los que imaginé.

Aunque Valeria asiente otra vez, su mirada me sigue pareciendo triste. Quiero abrazarla ya. Quizás ella tenía razón, no sé si puedo esperar un par de días de retraso.

—Te entiendo, Lucy. Yo también me siento culpable por no mudarme contigo cuando tengo todas las facilidades para hacerlo. También me siento dividida y sufro. Sufro por ti y por mí misma. Porque veo que tú también estás pasándolo mal. Por eso creo que deberíamos dejar esta relación.

Me quedo mirando a la pantalla como una idiota en silencio. Durante unos minutos, no entiendo nada, no entiendo cómo la conversación que ya iba a mejor ha derivado en esto. No sé si lo he escuchado bien.

Una certeza acude entonces a mi cabeza: «Era la calma antes de la tormenta».

—¿Qué? —consigo preguntar.

No sé qué espero que haga o diga. Quizás quiero que se arrepienta y finja no haber propuesto que cortemos.

La voz de Valeria se rompe en pedazos. En efecto, la calidad de la videollamada no me deja ver sus lágrimas, pero no importa porque las oigo.

—Lucía, ahora mismo solo nos estamos haciendo daño la una a la otra y yo no quiero esto para nosotras. Quiero estar contigo, pero no así. No mientras todos nuestros recuerdos juntas sean de ansiedad, de espera, de anhelo, de desilusiones y de malentendidos por videollamada.

Quiero discutir, quiero rebatir que esos no son todos los recuerdos que tenemos. Quiero decir que es injusto que simplifiquemos esta relación solo a lo malo. Pero no puedo hablar. Mis ojos se llenan de lágrimas de nuevo al comprender que no puedo obligar a una persona a quedarse. Está claro que esto es algo que Valeria lleva meditando un tiempo y, aunque quiera intentar hacerla cambiar de opinión, no me gustaría que siguiera saliendo conmigo porque la he convencido.

La idea de que lo nuestro vaya a terminarse se parece a la rabia, pero me está dejando mucho más vacía.

—No puedo obligarte a que me sigas queriendo —termino diciendo.

—¡Eso sí que es injusto! —me rebate—. Yo te quiero, Lucía. Y te voy a seguir queriendo seamos lo que seamos. Pero creo que salir ahora mismo no nos está haciendo bien a ninguna de las dos.

—Vale. No he elegido las mejores palabras. Quería decir que no puedo obligarte a seguir saliendo conmigo.

—A lo mejor las circunstancias son diferentes en otro momento —dice ella—. Y me gustaría que siguiéramos siendo amigas mientras tanto.

Niego con la cabeza.

—No creo que pueda ser tu amiga. No creo que pueda volver a verte como una amiga.

La calma que Valeria estaba manteniendo hasta el momento se evapora. A pesar de que ha estado llorando antes, nunca ha parecido tan preocupada como ahora.

—Pero... Pero... —Tarda unos segundos en encontrar las palabras —. Me dijiste que, pasara lo que pasara, seguiríamos estando la una en la vida de la otra. Me prometiste que incluso si cortábamos o lo nuestro no iba como esperábamos, íbamos a seguir como siempre.

—Bueno, creía que ya habíamos llegado a la conclusión que soy una mentirosa —replico con rencor.

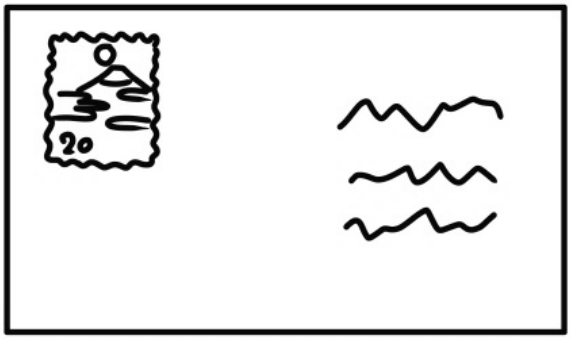
No quiero que esta conversación termine así, pero no puedo parar la bola de furia que se está agrandando más y más en mi interior.

—Me dijiste que no importaba la relación que tuviéramos, que siempre íbamos a estar la una en la vida de la otra —insiste Valeria, esas parecen ser las únicas palabras que sabe.

Lo siento si se ha aferrado a eso, pero yo no puedo imaginarme siendo su amiga ahora mismo. No entiendo en qué cambiaría nuestra relación. ¿Seguiríamos llamándonos? ¿Seguiríamos queriéndonos? Yo seguiría deseando verla y sintiendo la ansiedad de intentar recuperarla mientras ella se olvida lentamente de mí y rehace su vida.

Me quedaría con todo lo malo y nada de lo bueno.

—Pues siento romper la promesa, pero creo que tienes razón, Valeria: ahora mismo solo nos estamos haciendo daño la una a la otra.



Capítulo 16

Valeria. 4 años después.

Reviso el correo al volver de clase de pilates y me encuentro una carta que no me esperaba en absoluto.

He visto el nombre de Lucía en muchas partes desde que rompimos. En la televisión, en las redes sociales, en los créditos de sus películas... Desde el año pasado le está yendo bastante bien. Ha hecho varios proyectos importantes seguidos, así que no se puede decir que no sepa lo que es de ella. A pesar de no estar desconectada de su vida, no me esperaba ver su nombre en el envés de una carta en mi buzón. No sé qué querrá enviarme cuando hace más de cuatro años que no hablamos.

Por un momento se me pasa por la cabeza que me olvidara algo en su casa, pero la carta es demasiado pequeña. Parece que solo contiene papel. La dejo encima de mi escritorio y me voy a ducharme haciendo como que no me afecta en absoluto que ese sobre esté en mi habitación. Al cabo de unos minutos, termino saliendo del baño corriendo. Tengo la sensación de que es mejor que la lea antes de que mi actual pareja llegue a casa.

No es que tenga nada que ocultar, no queda nada de mi relación con Lucía. Ni siquiera la amistad, a petición suya. Aun así, no me ha hecho falta ni media ducha para decidir que prefiero leer lo que sea que tiene que decirme a solas.

Me siento en la cama aún mojada y envuelta en la toalla y abro la carta con cuidado. El sobre es muy bonito y me gustaría conservarlo... aunque eso no parezca muy buena idea.

Me sorprende que haya varias hojas de papel dentro y que esté redactado a mano. Con la mala letra que tiene Lucía, tendrá que dar gracias a que fuimos juntas al instituto y puedo entender lo que pone.

Querida Valeria,

Gracias por abrir esta carta y no tirarla a la basura. Si has llegado a leer esto, supongo que seguirás hasta el final.

Sé que nunca te ha gustado esa tendencia que tengo a tener la última palabra, así que, si te sientes mejor, puedes enviarme una carta mandándome a la mierda. Pero, antes de eso, quiero asegurarme de que te digo todo lo que no te dije hace cuatro años.

Lo primero de todo es que me arrepiento muchísimo de haberte dicho que no podíamos ser amigas. El enfado de ese momento me hizo decir algo que no sentía y el orgullo herido de después me impidió confesar que, en realidad, te echaba mucho de menos. Tenías razón, quiero que estés en mi vida sin importar en calidad de qué. Soy consciente de que me he dado cuenta demasiado tarde, pero creo que dejarlo por escrito aliviará un poco la presión que siento.

¿Sabes? Cuando insinuaste que querías ser mi amiga por un tiempo y quizás intentarlo de nuevo en el futuro, me ofendí. Pensé que te habías cansado de estar en los momentos difíciles y que me querrías solo si volvía a España. Me ofendí porque pensé que estar conmigo suponía un esfuerzo para ti. También me enfadé porque, en el fondo, sabía que lo que decías era cierto y que nos estábamos haciendo daño la una a la otra. El problema es que intenté imaginarme un futuro en el que éramos amigas durante unos años y luego volvíamos a salir y no pude. Sabía que yo no podría olvidarte y seguir adelante con mi vida. Estaba convencida de que cada día de

«amistad» contigo me habría arrepentido de haber aceptado hacer algo así.

Algunas personas piensan que alguien que conoces a los dieciocho años no puede ser el amor de tu vida. Muchos me decían que habíamos empezado demasiado pronto. Otros me aseguraban que todo el mundo cree haber conocido al amor de su vida al menos siete veces antes de encontrar al de verdad. Pero yo, genuinamente, creo que tú fuiste y eres el amor de mi vida.

No pretendo que me respondas a esta carta ni que aceptes mi confesión de amor. De hecho, hace tanto tiempo que no nos vemos que ni siquiera sé si esta seguridad que siento es solo un reflejo de lo que tuvimos o si es cierta. Sé que ahora tienes una nueva novia y que vives con ella. (Espero que después de leer esto no me bloquees en redes sociales). Por eso quiero que vaya por delante que no pretendo causar ningún malentendido en tu nueva vida ni robarle la pareja a nadie. Simplemente he querido soltar un pequeño monólogo egoísta para poder sentirme mejor conmigo misma. Gracias por permitírmelo.

Ya que esta carta está llena de excusas, déjame escribirte algunas más. (Siento que esté desordenada, nunca tendría que haber decidido escribirla a mano y con boli).

Mis esfuerzos por no volver a España no eran fruto de que no quisiera verte. De hecho, tú eras el mayor motivo por el que siempre quería volver. Lo que pasaba era que, después de saborear lo que era estar un tiempo juntas, me resultaba doloroso seguir eligiendo mi carrera profesional por encima de otras cosas. Sentía que si volvía a mi casa, con mi familia, con mis amigos, con mi rutina de siempre, contigo…, sería imposible volver a Japón.

Creo que no te haces una idea de lo que me costó adaptarme a vivir en el extranjero porque, en cierto modo, no se lo conté a nadie. Sentía que no tenía derecho a quejarme porque estaba llevando la vida que había elegido.

Los primeros meses estaba tan sola que a veces me olvidaba de comer, otras veces me olvidaba de dormir e incluso de mi pasión por la actuación. Empecé a sobrecargar mi horario para no tener que pasar nada de tiempo en mi casa vacía. Hacía cualquier cosa para no

sentir que estaba aislada e intentar crear relaciones emocionales en este país.

Muchos días me cuestionaba si realmente eso era lo que quería para mí. Al principio, intentaba convencerme que incluso si rechazaba esas ofertas, obtendría otras en España. Intentaba decirme a mí misma que no estaba renunciando a mi sueño, sino que solo me volvería a España para lograrlo allí aunque fuera un poco más difícil. No sabes cuántas veces casi me convenzo a mí misma de que no necesitaba vivir en Japón.

Después empecé a pensar que quizás Japón no era el problema. Quizás lo era el hecho de que me había empeñado en ser actriz. Entonces, me empecé a preguntar si me daba igual renunciar a serlo para no estar sola, para no ser la mala del cuento y, sobre todo, para no ser quien realmente soy por el estúpido «qué dirán». Estaba a punto de rendirme cuando me dejaste.

Te estaré siempre agradecida.

El puro orgullo dolido de nuestra ruptura me impulsó a quedarme y cumplir mi objetivo. Me di cuenta de que había sacrificado lo que más me importaba, así que no tenía sentido volver atrás y desperdiciar ese sacrificio.

Menos mal que lo hice, Valeria. No, menos mal que me impulsaste a hacerlo porque amo actuar. Me encanta lo que hago y no me imagino mi vida dedicándome a otra cosa que no sea esto. Incluso con la parte negativa que trae la fama, con el aislamiento que lleva consigo, con los interminables viajes de aquí para allá.. Todo el sufrimiento ha merecido la pena.

Bueno, casi todo.

No sé lo que se me habría perdido en Japón, pero, desde luego, sé lo que perdí en España. Porque hasta cuando cortaste conmigo hiciste lo que era mejor para mí y mi futuro.

Espero que me perdones algún día por haber hecho que nuestros últimos recuerdos juntas fueran así de malos y violentos.

Con amor,

Lucía



Capítulo 17

Valeria.

Las manos me siguen temblando mientras releo la carta por cuarta vez. Hace cuatro años que no hablo Lucía, así que leer su confesión ha hecho que todos los sentimientos que tenía enterrados resurjan.

¿Por qué ahora?

Todo este tiempo he pensado que yo ya no era más que un fantasma del pasado para ella porque no quiso mantener el contacto conmigo.

«No sé lo que se me habría perdido en Japón, pero, desde luego, sé lo que perdí en España».

Esa confesión me ha removido tanto por dentro que no sé qué hacer. ¿Debería responderle a la carta? ¿Está bien que lo haga o lo mejor es ignorarla? Me gustaría volver a hablar con Lucía, pero Elena se sentiría muy insegura si lo hiciera y no quiero hacerle daño. Además, ¿de qué me serviría? Nuestra situación es muy diferente y ahora soy yo quien no está segura de poder ser su amiga.

Al cabo de unos minutos, estoy tan rayada que acabo enviándoles un mensaje a Fran y a Alicia para quedar. Por suerte, mis amigos me responden que están disponibles para merendar y una hora después

estamos los tres tomando un chocolate caliente con churros y comentando el contenido de la carta de Lucía.

—Sabía que seguía sintiendo algo por ti —sentencia Fran, con sus hoyuelos bailando sobre la comisura de sus labios generosos. La expresión de victoria ilumina todo el aura a su alrededor—. En estos cuatro años no se le ha conocido ninguna pareja, así que estaba cantado.

—No sé, es muy egocéntrico suponer que no ha estado con nadie más. Lo más probable es que haya ocultado sus relaciones para evitar cotilleos en la prensa. No me consolaría que llevara cuatro años pasándolo mal por mi decisión de dejarla —admito.

Alicia moja el churro en el chocolate y niega con la cabeza.

—Puede que tengas razón y sí que haya estado con más personas, pero no las ha querido como te quería a ti. Esa carta ha sido una declaración de amor en toda regla, lo mires por donde lo mires.

Tiemblo ante esa certeza. ¿Qué coño voy a hacer? Estoy feliz por haber tenido noticias de ella. Saber que sigue pensando en mí me ha dado un chute de energía que no sentía desde hace mucho. No obstante, sé que esto me va a traer muchos quebraderos de cabeza con Elena y con mis propios sentimientos.

—Uff… ¡Qué lío!

Fran se ríe de mí sin cortarse ni un poco.

—Pues sí. Y eso que aún no se lo has dicho a Elena, ¿le vas a enseñar la carta?

—¿Sí? —me cuestiono.

—Tú sabrás, pero no creo que le haga mucha gracia —opina él.

—Tampoco creo que ocultárselo sea una buena idea. No tengo nada que esconder.

—Ya, tía —interviene Alicia—, pero Elena se pone celosa cuando la nombras o ves cualquier serie en la que salga Lucía. No creo que leer esta carta ayude con sus inseguridades.

—No creo que mentirle la ayude tampoco —insisto—. Si se la oculto, va a parecer que le doy más importancia de la que tiene.

—¿Y estás segura de que no tiene importancia? —pregunta Fran con una sonrisa burlona y los ojos brillantes de diversión.

—Vete a la mierda —bufo.



En el camino de vuelta a casa sigo dándole vueltas al tema. Quiero enseñarle la carta a mi novia. Sé que no hacerlo implicaría que le doy más importancia de la que tiene y no me gustaría ver a Elena pasarlo mal si la llegara a encontrar. Sus inseguridades son normales porque, aunque no lo admita en voz alta delante de ella, Elena sabe que Lucía fue muy importante para mí y que me marcó como persona. También es consciente de lo mucho que me costó seguir adelante sin mi mejor amiga, sin mi primer amor.

Pero salí y Elena tuvo mucho que ver. Encontré a una persona con unos gustos tan parecidos a los míos que era imposible que no acabáramos complementándonos. Me hace reír, le encanta mi humor de mierda y yo adoro lo mucho que vive en el presente.

Es extraño como todo el mudo piensa que estar enamorado de alguien es algo matemático y que hay una fórmula perfecta para identificar si lo estás o no. Yo he descubierto que he estado enamorada dos veces y que esas dos veces no han podido ser más diferentes.

Con Lucía sentía vértigo. Nuestros sentimientos eran muy intensos. Confiaba en nuestra amistad y en lo genuina que era nuestra relación. Las mariposas nunca desaparecieron, solo pasaron de revolotear de emoción a morderme el estómago de incertidumbre.

En cambio, enamorarme de Elena fue tan fácil que ni siquiera me di cuenta. Todo se sintió orgánico, seguro y correcto desde el minuto uno. No hubo amistad previa duradera. Simplemente, descubrí que

su voz era capaz de calmar las mariposas y que ahora yo había tomado el control sobre ellas. Fue un buen sentimiento, uno que me hizo sentir paz. Todavía lo es.

Cuando llego al piso que compartimos, sé qué es lo que tengo que hacer. Lo correcto es enseñarle la carta a Elena y confesarle que sí que me ha removido sentimientos porque Lucía fue importante para mí, pero que mi presente es ella y que no voy a hacer nada al respecto.

—Hola, cielo —la saludo al entrar con una bolsa de palmeritas de chocolate bajo el brazo—. Vengo de merendar con los chicos y te he traído algo a ti también.

Ella sale de la cocina sosteniendo una taza de café y con el semblante muy serio.

—¿Todo bien, Lena?

Me hace un gesto para que nos sentemos en el sofá y siento una angustia asfixiante treparme por la garganta. Deja la taza en la mesita auxiliar y se echa hacia atrás su largo pelo oscuro.

—He leído la carta —dice sin rodeos—. La de Lucía.

Yo palidezco y trago con dificultad. Quiero preguntarle qué estaba buscando entre mis cosas, pero no creo que sea el momento. Suspiro.

—Iba a hablarte de ella ahora.

—¿Seguro? ¿Por qué la tenías escondida?

—No la tenía escondida, Elena. Estaba en mi escritorio.

—Sí, dentro de la carpeta de tu proyecto nuevo.

—Porque no quería que se arru… Mira, no importa dónde estuviera. Me ha llegado hoy y pensaba enseñártela cuando llegaras.

Una parte de mi intimidad se siente muy mancillada. Iba a hablarle de la carta y a contarle lo que contenía, pero quería… querría haber guardado las palabras exactas para mí sola. No me gusta que la haya leído sin mi permiso.

—¿De qué coño va esa tía? —estalla finalmente. Sus ojos oscuros están encendidos y veo sus mejillas encenderse de rabia—. No entiendo por qué te tiene que escribir esa carta tan rastrera y lastimera. ¿Quiere volver contigo? ¿Qué pasa? ¿Se ha hartado de liarse con chinos y ahora quiere recuperarte o qué?

—Elena…, no te pases. No sé qué pretende, pero ponga lo que ponga en esa carta, no cambia lo que siento por ti ni por ella.

Eso no es del todo verdad. No es que cambie mis sentimientos, pero sí ha despertado una nostalgia que llevaba mucho tiempo dormida dentro de mí. Lo que pasa es que no veo una forma de explicarle cómo me siento sin que se enfade conmigo.

—¡Hombre, gracias! ¡Estaría bueno que ese papel lleno de victimismo cambiara algo! Es que… Uff. Me entran ganas de escribirle por Instagram y decirle que es una zorra.

—Elena… —Me aproximo a ella en el sofá y le paso un brazo alrededor de los hombros—. Hemos hablado de esto muchas veces. Lucía es mi pasado. Siempre le voy a tener cariño y… saber que sigue estancada en lo que tuvimos me hace sentirme peor por ella que por nosotras. Lo más probable es que quisiera desahogarse y ya está.

—Nunca crees que nadie tenga motivos ni intenciones ocultas. ¿Por qué tienes que pensar tan bien de todo el mundo siempre?

—Porque si no todo el mundo me caería mal y me supondría mucho estrés aguantar a la gente.

Lena se acaba riendo finalmente y me apoya la cabeza en el hombro.

—No le vas a responder, ¿verdad?

—No.

Si soy sincera, me hubiera gustado hacerlo. Al menos, habría estado bien decirle que me ha llegado la carta y que agradezco su sinceridad. Que yo también echo de menos tenerla en mi vida como mi amiga. Pero lo que tengo ahora también es importante para mí y prefiero no hacerle daño a Elena.

—Vale. Gracias, amor.

Le doy un beso en la frente y le pregunto:

—¿Quieres las palmeritas? Yo me he puesto hasta el culo de churros, pero puedo hacer un esfuerzo titánico para que no comas sola.

—Mejor hago yo el esfuerzo titánico de comérmelas todas.

Entre risas, dejamos a un lado el tema y vuelvo a respirar con normalidad.



Elena y yo rompemos dos días después.

Todavía estoy asimilando todo lo que ha sucedido estas últimas horas y no puedo dejar de temblar. Estoy encaramada en la cama de Alicia, envuelta en mantas, mientras lloro mirando la pantalla del móvil. Se que no debería hacerlo, pero estoy leyendo todas las barbaridades que están escribiendo en redes sociales sobre Lucía.

@callate.manolo.

¿Qué más da que se le vea el culo en esas fotos? Si ya lo enseña constantemente en las películas.

@detuenvidianacemifama

Normal que siempre la pongan en el papel de zorra, también lo es en la vida real.

@desubic-hada

¿Pero esto es verdad o es *fake*?

@conocidaxmisororidad

Menuda cerda, abandona a la novia y ahora le manda esa carta para que vuelva con ella.

@noherotounplatoenmivida_99

No entiendo cómo en el mundo en el que vivimos y conociendo el peligro de las redes sociales, la gente sigue enviando nudes a sus parejas.

@la_q_ha_liado_el_pollito

Hay que ser mala persona para mandarle fotos desnuda a tu ex cuando sabes que tiene una nueva pareja.

@sensatezentroalchat

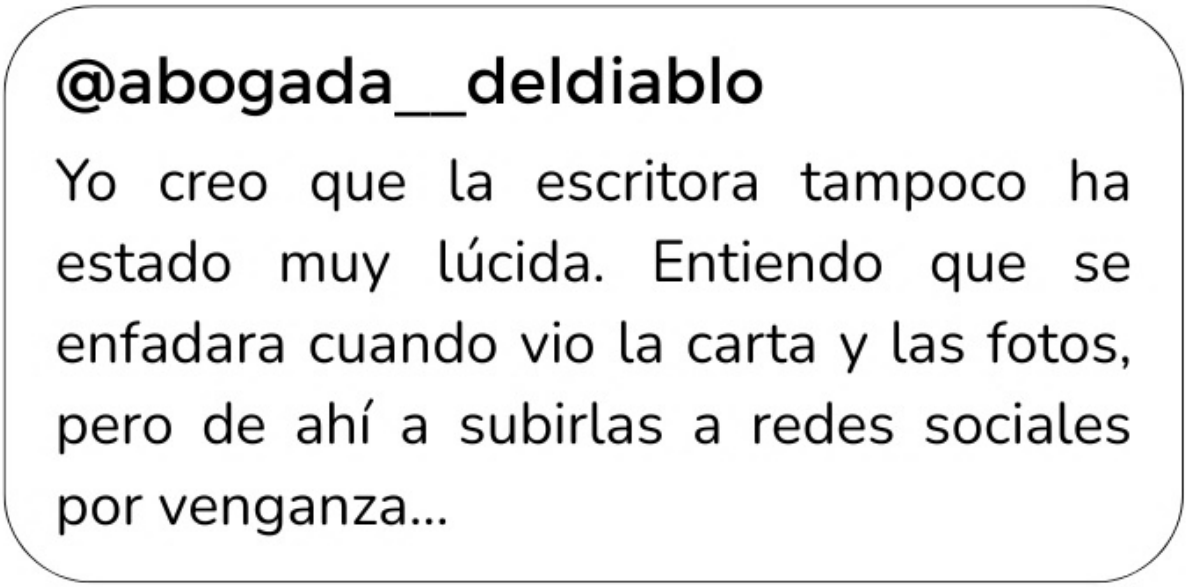
¿Podemos dejar de compartir las fotos íntimas de esta actriz? Vale que la haya cagado, pero no podemos ponernos a su nivel y extender sus intimidades por ahí.

@q-me-quedo-sin-chisme

¿Alguien tiene la carta completa? Solo encuentro trozos y, sinceramente, me cuesta creer que sea verdad. Es cierto que la letra encaja con la de sus autógrafos... Lo que pasa es que me resulta raro que la enviara porque sí.

@reinadelmartes.santo

No deberíamos opinar sin contexto. Está claro que esas fotos son antiguas y no tenemos ni idea de si todavía era menor de edad cuando se las hizo, así que dejad de resubirlas a internet.



No he podido evitar ver también algunos vídeos en los que la prensa acosa a Lucía a preguntas por la calle. Le doy *play* a uno de ellos y la voz de una periodista resuena en mis oidos.

—¿Es cierto que la escritora Valery Liz es tu exnovia?

—¿Le has enviado una carta y fotos desnuda para que vuelva contigo?

Lucía se detiene y mira hacia la cámara que la graba, parece decepcionada y cansada.

—Es obvio que esas fotos son antiguas y se las envié cuando aún estábamos juntas —declara.

—¿Qué hay de la carta? ¿La has enviado recientemente?

Lucía no se molesta en decir nada más.

Cierro los ojos cuando me dan un pinchazo de tanto llorar y dejo el móvil en la mesita de noche con más fuerza de la que quería. Espero que no se haya roto la pantalla porque aún lo estoy pagando. Me doy la vuelta en la cama sin poder dejar de ver en mi memoria las fotos en ropa interior que Lucía me envió cuando aún estábamos juntas. ¿Por qué no las borré bien en su momento? ¿Por qué no me di cuenta de que aunque no estuvieran en mi galería se habían guardado en la nube? Flashes de la carta y las imágenes se repiten como un carrusel en mi cabeza y la culpabilidad me muerde con

fuerza y sin piedad. Yo no quería que pasara esto. Todavía no me puedo creer que esté ocurriendo.

—¿Val? He pedido comida al restaurante indio, ven a comer.

Alicia entra a buscarme, pero yo niego con la cabeza.

—No tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre, vamos.

Sus uñas acrílicas rosas entran en mi campo de visión cuando me quita las mantas de la cabeza y protesto.

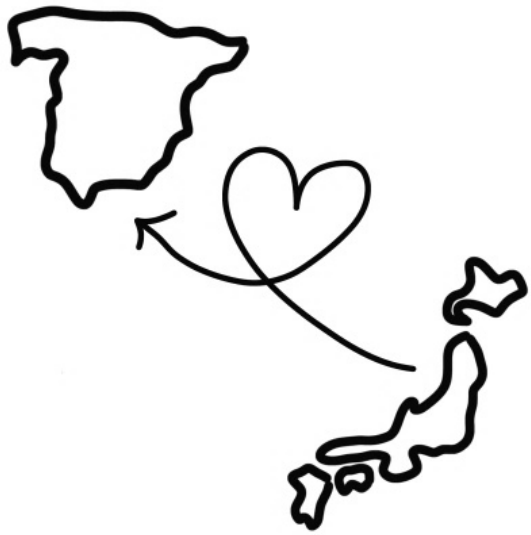
—De verdad que no tengo hambre, Ali. Solo quiero morirme.

—Hala, sí, dramática. Vamos arriba.

—¿Cómo que dramática? ¿Te parece poco todo lo que ha pasado?

—No, pero la comida no tiene la culpa y ya la he pagado. Que te pongas en huelga de hambre no va a cambiar el hecho de que Elena haya difundido en redes las fotos de Lucía en ropa interior y la carta.

A rastras, y a pesar de que es mucho más pequeña que yo y le saco tres cabezas, me saca a rastras de su cama y me hace comerme toda la comida que ha pedido mientras vemos una película de dinosaurios. La adoro por todos los esfuerzos que está poniendo para subirme el ánimo y por haberme dejado quedarme en su casa tras marcharme de mi apartamento. Alicia consigue que toda esta mierda sea algo más llevadera, pero ni ver dinosaurios devorando gente me evade lo suficiente para olvidar que mi vida es un puto caos.



Capítulo 18

Lucía.

No sé qué esperaba conseguir cuando le envié la carta a Valeria hace unos días. Desde luego, no que se viralizaran fotos antiguas mías en ropa interior y trozos sacados de contexto de la carta. No puedo negar que estoy decepcionada, pero no me arrepiento de haberla enviado. Le expresé mis sentimientos y, si Valeria ha decidido usarlos como un arma, habla peor de ella que de mí.

Lo que me sorprende aún más que las imágenes virales que me han hecho tener que acceder a dar dos entrevistas para hablar del tema es ver la cara de Valeria como llamada entrante en mi teléfono. Está intentando hacerme una videollamada y no sé qué pensar al respecto.

Durante unos segundos me planteo ignorarla porque no quiero empeorar las cosas con la prensa rosa. De hecho, si mi mánager o alguna de mis amigas estuvieran por aquí, lo habría hecho. Pero no hay nadie en casa y estoy libre el resto del día, así que me encierro en mi dormitorio, me arreglo el pelo e intento colocarme en una postura casual, apoyada en el cabecero de la cama.

Por desgracia, la llamada se corta antes de que termine de prepararme y mis nervios hacen que la llame yo a ella sin pensarlo demasiado.

Descuelga al instante.

La cara de mi ex aparece, ya en movimiento y menos pixelada que en las llamadas que hacíamos años atrás. Reconozco de fondo la habitación de casa de sus padres pintada de un color diferente y me percato de que ahora lleva el pelo por los hombros y sus gafas de pasta son… ¿rosas? Creía que odiaba el rosa.

—Lucía… Ho-hola —me saluda al instante. Se queda callada entonces y me doy cuenta de que no esperaba que le devolviera la llamada—. Yo…, lo siento muchísimo.

Quiero decirle muchas cosas; entre ellas que la he echado de menos y que estoy contenta de que podamos hablar. Sin embargo, cuadro los hombros y le pregunto con el tono más duro y seco que sé fingir:

—¿Estás grabando esta llamada?

—¿Qué? No. Claro que no. —Que parezca ofendida incluso me hace endurecer más mi expresión—. Yo no… No soy yo quien ha difundido la carta y las fotos. No me quito toda la culpa, pero no se las mandé a nadie.

Alzo una ceja para que se explique y espero parecer tan sexy y escéptica en la pantalla como creo que parezco.

Por su parte, Valeria toma aire, avergonzada, y empieza a hablar.

—Me sorprendió mucho recibir tu carta y… me gustó saber de ti. Les conté a Fran y Alicia que me habías escrito, pero ni siquiera les enseñé el contenido. La que sí que la leyó fue Elena, mi novia. Bueno, mi ex. La cogió de entre mis cosas y le hizo algunas fotos. Estaba enfadada e insegura, así que se metió en la nube de mi teléfono y encontró algunas de esas fotos que me mandaste que yo creía que había borrado. Según me ha dicho, ella solo se las pasó a unos amigos para criticarte y estos las han subido a redes. Creo que solo quería desahogarse y no estaba intentando destruir tu carrera. Ojalá hubiera podido evitarlo, pero yo no tenía ni idea hasta que todo explotó.

Escuchar que ha cortado con Elena hace que se caiga todo mi pequeño teatro.

—Val…, ¿has cortado con ella? ¿Ha sido por culpa de mi carta? Lo siento mucho, no quería... No era mi intención complicarte la vida —digo, trabándome con las palabras.

Mi lengua intenta articular palabras más rápido de lo que mi cerebro puede procesar.

—No te sientas responsable porque la carta solo ha sido el detonante. No confió en mí y saber que fue capaz de rebuscar en mi móvil y difundir las fotos y la carta… No quiero estar con alguien capaz de hacer eso. Siento mucho todo lo que están diciendo de ti en internet. Si puedo hacer cualquier cosa, dímelo. No quería actuar hasta que me dieras permiso.

—Tranquila. No pasa nada. Es la excusa perfecta para dejar claro quién soy y salir del armario una segunda vez —suspiro y sonrío, un poco triste—. Ya soy lo suficientemente famosa como para ser *queer*.

Se crea un silencio incómodo entre las dos que Valeria rompe unos segundos después.

—Pero…, ¿estás bien?

Asiento y me doy cuenta de que es verdad, lo estoy. Que Valeria me haya llamado y me haya contado la verdad sobre lo ocurrido ha cambiado mucho mi perspectiva sobre las cosas. Desde el principio, no había querido creer que podía hacerme algo tan rastrero, pero escucharlo de su boca me ha evaporado toda la ansiedad que sentía.

—Todo está bien, tranquila. Solo me da pena que pueda salir a la luz ahora y no antes, cuando lo necesitábamos. Pero, en fin, es la ironía de este sector. En el punto de mi carrera en el que estoy no pueden hundirme por ser lesbiana. De hecho, mi mánager está buscando formas de comercializarlo y conseguir más proyectos *queer*.

—Vaya, o has cambiado de mánager o espero que Claudia haya dejado de ser tan gilipo… —Valeria se calla antes de terminar de ofenderme y carraspea—. Me alegro de que ya no tengas que esconderte. Pero, sí, es una pena que no haya sido hasta este momento.

Me echo a reír y casi dejo caer el teléfono.

—No he cambiado de mánager. Es la misma Claudia que tuvo que recoger los pedacitos de mi corazón roto después de nuestra ruptura. Creo que se ha dado cuenta de que ese refrán popular es cierto: «Si no puedes con los gays, hazte gay». O algo así creo que era. —Antes de que se cree una tensión triste e innecesaria entre nosotras, añado en tono burlón—: Aunque tú sí que has cambiado de vocabulario, ¿ya no dices palabrotas? ¿Estás ensayando para tus múltiples firmas?

—Ahora tengo una imagen de escritora agradable que mantener. Pero sigo diciendo que estoy hasta el coño de la vida unas treinta veces al día, tranquila.

Me quedo mirándola con una sonrisa y, de repente, me doy cuenta de que no quiero que esta conversación acabe. Sé que en la carta le dije que no pretendía volver con ella ni mucho menos. Y de verdad que no era mi intención que cortara con su actual pareja. Sin embargo, no puedo negar que sigo teniendo sentimientos por ella y quiero que este capricho de charlar como antes dure un poco más.

—He visto en redes sociales que le está yendo muy bien a tus novelas. Acabas de terminar la trilogía de fantasía urbana, ¿no? —Enseguida me doy cuenta de cómo está sonando todo y digo—. Aunque lo parezca, no te estoy *stalkeando*[17].

—¿Ah, no? Qué pena —ríe, mientras asiente con la cabeza—. Acabo de publicar el tercero y le ha ido mejor de lo que esperaba. He firmado dos contratos, uno para una saga romántica de cuatro libros independientes y otro con una editorial que me encanta para una bilogía de fantasía. Así que no puedo estar más contenta.

—Me alegro mucho por ti, de verdad. Te lo mereces después de todo el trabajo y el esfuerzo que has puesto en esos libros.

«Ojalá haberte apoyado como debería haber hecho en su momento», quiero añadir. Pero bastantes bombas le estoy soltando ya en una llamada. Está claro que no está en la misma página que yo, así que no quiero agobiarla.

Pero, como es habitual en ella, siempre logra sorprenderme.

—¿Era… era verdad todo lo que escribiste?

—No, estaba ensayando para un papel de exnovia desesperada a distancia —ironizo.

Habría quedado más sexy si no estuviera sonriendo como una idiota. No puedo evitar emocionarme ante la idea de picarnos como antes.

Valeria se rasca la nuca y la veo apretar los labios para disimular su emoción.

—Bueno, no sé si habrás cambiado de idea después de que tus fotos íntimas salieran a la luz por mi culpa, pero, si quieres que nos llamemos de vez en cuando, a mí me gustaría saber más de ti.

Jadeo de la sorpresa. Espero que no me haya oído al otro lado.

«No te emociones, Lucía. No te emociones que te vas a dar un buen porrazo...».

—Me he arrepentido mucho de haberte dicho que no podíamos ser amigas —confirmo, intentando no sonar desesperada—. Así que, si no te resulta muy incómodo…, a mí me encantaría.

Mierda, me emocioné. Y Valeria no me ayuda cuando deja que la sonrisa le llegue hasta los ojos.

—Me encantaría —asegura—. Quise respetar tu decisión de no tener contacto, pero te he extrañado todo este tiempo. Imagino que estás muy liada, pero avísame cuando tengas un hueco para llamar o…, si vienes por este continente, podemos tomar un café. Bueno, yo un chocolate porque sigue sin gustarme una mierda el sabor del café.

Asiento y estoy convencida de que la voz me va a salir ronca de los nervios.

«No te flipes, Lucía. Te quiere recuperar como amiga, nada más».

—¿Es muy loco decir que me alegro de que tu ex haya subido mis fotos en bragas por todas partes? —Mis pensamientos intrusivos me traicionan y salen a la luz, por lo que me resulta inevitable sonrojarme—. Quiero decir…, que de verdad me alegro de volver a formar parte de tu vida. Sea de la forma que sea.

Los hombros de Valeria se hunden unos segundos con alivio y admite:

—Ojalá hubiera sido de otra forma, pero… también estoy muy feliz. De verdad. Estaba claro que todavía teníamos algo pendiente.

Mierda, mierda, mierda... Esto está sonando a cerrar un ciclo. Al ritmo que vamos, la conversación se va acabar así. No quiero colgarle, necesito hablar con ella todo lo que no hemos hablado en estos últimos cuatro años.

Sabía que seguía pillada por Valeria, pero, hasta que no la he visto al otro lado de la pantalla, mi cuerpo no ha recordado cuánto.

—Con respecto a la carta y las fotos, no tienes que declarar nada si no quieres. Pero si aclararas en redes sociales que no has sido tú la que lo ha difundido, ayudaría a que podamos volver a ser amigas sin que la gente especule. Yo voy a tener un par de entrevistas en las que voy a explicar la situación porque lo que escribí se ha sacado de contexto y la gente me está llamando «rompehogares» por ahí. Seguramente tenga que mostrar la carta al completo para demostrar mi inocencia. También tendré que admitir que estuvimos saliendo un tiempo en secreto, así que es posible que vaya gente a molestarte.

—No me importa. Puedo hacer un post o un vídeo aclarando la situación para que, por lo menos, algunas personas te dejen en paz. Aunque ahora todo el mundo está muy interesado, se les pasará en una semana —me tranquiliza Valeria.

—Si estás dispuesta a hacer alguna declaración pública, quizás sea buena idea que la hagamos juntas. Le preguntaré a mi mánager a ver qué se le ocurre.

—Está bien. Procederemos como mejor veas. Por mí no te preocupes y desvela lo que necesites. Por cierto, ¿dónde estás viviendo ahora? Siempre te veo alrededor del mundo, nunca en un sitio fijo.

—Sigo en Japón. Al menos, esa es mi residencia fija. Últimamente estamos rodando mucho en otros países de Asia. —Me muerdo el labio. Aunque he dicho que hagamos una declaración juntas para tener una excusa para seguir en contacto, no quiero generarle falsas expectativas y volver a fastidiar las cosas de la misma forma que hice entonces—. Cuando he propuesto hacer una declaración juntas, me refería a alguna videollamada o algo así. No puedo viajar a España ahora mismo por escandalosa que haya sido la carta.

Al contrario de lo que pienso, la escucho reír.

—Imaginaba que no estabas cerca de Sevilla, tranquila. Podemos hacerlo *online* cuando quieras. La semana que viene voy a estar ocupada con la gira de firmas, pero esta estoy libre.

—Guay, pues... ¿Te escribo a este número? ¿Hay algo que no quieras hacer? ¿Te importa salir en mis redes sociales? ¿Prefieres algo menos vistoso?

Estoy tan nerviosa por la perspectiva de seguir hablando con Valeria que no me doy cuenta de que he preguntado demasiadas cosas.

—Eh… —Parece un poco perdida—. Puedes escribirme a este número, sí. No me importa salir en tus redes para ese vídeo explicando la verdad si crees que eso es lo mejor.

—Genial, buena suerte con los libros, entonces —añado.

Estoy intentando pensar en formas de forzar la conversación para no colgar. No obstante, cuanto más pienso, más perdida estoy y es contraproducente.

Al final, es ella quien dice:

—Bueno… Gracias por cogerme el teléfono y entenderlo, Lucy. Me siento mucho mejor después de haberlo hablado. Hum… Si en algún momento necesitas cualquier cosa, cuenta conmigo. Te he echado mucho de menos.

Creo que se me va a salir el corazón del pecho. Entre que me ha llamado «Lucy» como antes y que ha admitido que también ha pensado en mí, voy a ponerme a dar volteretas. Es por ello que me decido a decir la última tontería porque no sé si tendré más oportunidades de hacerlo.

—No sé si está fuera de lugar decir esto, pero…, hace unos días, cuando salió la carta, Claudia me mandó un *fanfic*[18] muy interesante... sobre nosotras dos.

—¿Cómo, cómo? ¿Esto es en serio? —Empieza a emitir sonidos ahogados porque no le sale la risa por la incredulidad—. Dime que lo tienes y que no está en japonés para que pueda leerlo.

—Está en español y puedo ser culpable de haberme leído los treinta y seis capítulos en una noche —confieso mientras me muerdo el interior de la mejilla, feliz de saber que Valeria sigue siendo la de

siempre. Comprobar que no hemos cambiado tanto me reconforta—. Por lo visto, empezó a escribirla el año pasado cuando se enteró por unos rumores de internet que yo había archivado todas las fotos con una exnovia secreta.

—¡Me muero! Quiero conocer a esa chica. ¿De verdad somos las protagonistas de un *fanfic*? ¡Necesito leerlo!

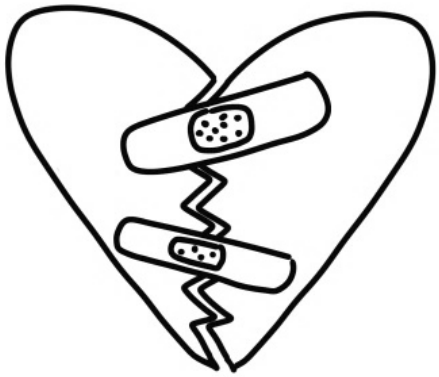
—Te entiendo, yo también quiero conocerla. He estado pensando regalarle entradas para mi próxima premier. Si quieres, te lo paso y lo comentamos juntas.

—Por favor y gracias.

Por más que lo intento, la llamada con Valeria termina después de hablar durante unos minutos del *fanfic*. No me arrepiento de nada, estaría diciendo estupideces todo el día si eso significa que puedo seguir hablando con ella. Sin embargo, al contrario de lo que me imaginaba, mi mánager decide que hacer un vídeo juntas es demasiado sospechoso. Así que acabamos haciendo declaraciones por separado en internet y me quedo sin excusas para llamarla de nuevo.

Me queda el consuelo de que en los días posteriores hablamos para comentar el *fanfic*. Nuestros mensajes son raros; a veces demasiado cercanos como si no hubiera pasado el tiempo, y otras, formales como si fuéramos extrañas. Sea como sea la dinámica, no pienso quejarme. Pero sí que me pregunto cuánto tardará en ser insuficiente y cuándo volveré a enamorarme profundamente de Valeria.

Si es que alguna vez he dejado de estarlo.



Epílogo

Lucía.

Llevo más de tres horas fuera de la biblioteca dudando si entrar o no. Cuando he llegado, había tanta gente en la cola que he ido corriendo a comprarme una bufanda en una tienda cercana para cubrirme la cara. Después de eso, me he dedicado a dar vueltas alrededor de la puerta, pensando en si debería ponerme en la fila también o no.

Volar de repente desde Japón ha sido una locura. Sé que hemos acordado ser amigas; sin embargo, no sé cómo se va a tomar que haya venido a verla.

Mucho menos ahora que la cola se ha disipado, la firma se ha terminado y veo a Valeria a solas metiendo cosas en una mochila mientras algunas personas charlan entre sí a su alrededor. No puedo evitar observarla desde lejos como una acosadora y casi me delato al soltar una carcajada cuando se le atasca la cremallera. ¿Por qué me he esperado al final del evento? Ahora me da mucha más inseguridad acercarme a ella.

Me muerdo el labio y estoy a punto de abandonar y volver por donde he venido cuando la veo suspirar del cansancio con una

sonrisa. Debe estar muy satisfecha con el trabajo de hoy y eso hace que se me hinche el pecho de orgullo.

A la mierda. Voy a ir.

Cualquier otra persona pensaría que estoy loca, pero conociéndola a ella y sabiendo las cosas que escribe, puede que incluso lo encuentre romántico.

Me aproximo haciendo el menor ruido posible y dejo el manuscrito que me regaló hace años encima de la mesa. Está todo lleno de *post-its* y estropeado. No era mi intención traer solo este, tengo también las ediciones nuevas en mi casa de Japón, pero las olvidé en casa al hacer la maleta con prisas. He querido comprar la novela antes de entrar a la sala de la firma, pero estaba agotada.

—¡Hola! Dame un momento que voy a… —dice distraída.

Se interrumpe cuando ve la edición que he puesto en la mesa y alza la mirada hacia mí. Se queda contemplándome unos segundos como si fuera una aparición fantasmagórica de otro mundo. Sabía que esta bufanda era horrible y no me pegaba nada.

A pesar de los nervios, sonrío nerviosa.

—Hola, Valeria..

Romper la tensión era mucho más fácil en videollamada. Estoy segura de que se está preguntando qué coño hago aquí y me va a dar un ataque al corazón como no diga algo pronto.

—¿Qué haces aquí? —susurra, casi atragantándose con las palabras.

No sé si tomarme su reacción como una respuesta de sorpresa o negativa, así que me hago la tonta.

—He venido a que me dediques de nuevo el libro. Aún no tengo ese sello que estás poniendo últimamente en tus firmas.

Valeria saca el sello de la caja en la que lo había guardado casi por inercia. Cuando está a punto de sellar la primera página, se detiene al ver la dedicatoria que me escribió hace años y vuelve a alzar la mirada.

—No, quiero decir, ¿qué haces en España? Pensaba que estabas rodando en Japón y no podías venir.

—Es que no podía venir, pero he cancelado algunas cosas para hacerlo posible.

Sin estampar nada en el papel, Valeria se pone de pie, algo temblorosa.

—No tenías porqué hacerlo. Tengo eventos a lo largo de todo el año. Podrías haber venido en otra fecha en la que no estuvieras ocupada... ¡O al menos haberme avisado de que lo harías!

Trago saliva e intento parecer tranquila e indiferente cuando pregunto:

—¿Debería marcharme? Sé que he aparecido aquí de imprevisto y que acabamos de retomar nuestra amistad, así que entiendo si es demasiado pronto para vernos.

—¡No! No me malinterpretes, estoy feliz de que estés aquí. Simplemente me ha sorprendido —aclara.

Escuchar que está contenta y ver esa pequeña expresión de ilusión en sus labios me da el último empujón que necesito para decir:

—Ya cometí una vez el error de no venir cuando quería estar contigo, no pensaba hacerlo de nuevo.

Casi se me sale el corazón del pecho cuando veo que Valeria se sonroja y se queda sin palabras. Me lo voy a tomar como una buena señal.

—¿Vamos a tomarnos un café? —le propongo. Al ver la cara de asco que pone, suelto una carcajada—. O un chocolate.

—Vale, si puedes esperar a que recoja las cosas, podemos ir a mi casa.

—¿A tu casa? —intento que no me salga un gallo por la impresión.

Pensaba que iríamos a una cafetería o algo así. Que me invite a su casa tan pronto hace que me haga ilusiones de forma inevitable. O quizás es que estoy inducida por el espíritu japonés y ya veo esa propuesta como una de matrimonio. Lo que me deja más rayada es…, ¿no vivía con su ex? ¿Qué habrá pasado con eso?

No le da tiempo a contestarme cuando su editora y su presentadora salen del almacén con un montón de cajas vacías.

—¡Nos hemos quedado sin ejemplares! —Nos interrumpen—. No quiero adelantarme, pero estoy convencida que la segunda edición va a llegar pronto.

La editora deja la caja sobre la mesa y desvía su atención hacia mí con cara de circunstancia.

—Lo siento, la firma ya se ha acabado, pero…

Veo reflejado en su expresión el momento exacto en el que me reconoce y se queda estática y con la frase a medias.

—No te preocupes, Marina. Es mi amiga, ha venido a recogerme.

—¡Entonces no te preocupes por la limpieza, Valery! —exclama la tal Marina, llamándola por su pseudónimo de escritora.

Después de todo, la editora también nos ayudó mucho a neutralizar los daños del incidente de la carta en las redes sociales.

—¿En serio? —inquiere mi ex con entusiasmo.

—Claro, llevas tres horas firmando libros y hablando con los fans. Vete a descansar ya.

—¡Gracias, sois las mejores! —Valeria recoge los sellos en un nanosegundo y me pregunta según salimos de la biblioteca—: ¿Cómo has venido hasta el centro?

—En taxi desde mi hotel.

—Viviendo la vida de niña rica, por lo que veo —bromea mientras me guía hacia un parking cercano.

—¿Niña rica yo? Tú eres la que ha aparcado en un aparcamiento privado del centro.

Ella se ríe y caminamos pocos minutos hasta el lugar donde está estacionado su coche nuevo. La he escuchado soltar varias carcajadas desde que nos hemos quedado a solas por varios comentarios que he hecho. ¿Desde cuándo soy tan graciosa? ¿Será que está nerviosa?

—¿Hasta cuándo te quedas? —aunque su pregunta intenta ser indiferente, no lo consigue.

Lo sé porque se está peleando con el cinturón sin conseguir ponérselo.

—¿Hasta cuándo quieres que me quede?

Se gira hacia mí de sopetón, sin terminar de conseguir abrocharse.

—Vaya una ligona estás hecha —me suelta.

—Lo digo en serio.

—¿De verdad?

—Bueno, la verdad es que tengo que volver en dos semanas para terminar de grabar el proyecto que había empezado, pero…, después de eso, podría volver a España. De forma indefinida.

—No tires tu carrera por la borda de esa forma —me riñe, con la voz tomada, tras un silencio espeso.

—No estoy tirando nada. Ya soy lo suficientemente famosa como para conseguir trabajo aquí o donde sea. Además, estoy cansada de que siempre me den el papel de «*gaijin* sexy o tonta».

Me contempla como si fuera un marciano y no tengo ni idea de lo que está pasando por su mente. No puedo leer su rostro en absoluto.

—Si no lo veo, no lo creo —declara, poniéndose por fin el cinturón y arrancando el coche.

Suelto un bufido por la nariz, a mitad de camino entre un sonido indignado y una carcajada.

—Supongo que estás en tu derecho. Pero ya está decidido. En lugar de decirte que no voy a cometer el mismo error dos veces, mejor te lo voy a demostrar.

—Nadie ha dicho que vayas a tener otra oportunidad —advierte con una sonrisa juguetona.

—Entonces, ¿por qué vamos a tu casa y no a una cafetería? —contraataco con el mismo tono satírico.

—Porque somos famosas y no quiero problemas. No te emociones.

Pero la expresión pícara en sus labios dice otra cosa. Sé que se está conteniendo para mantenerse misteriosa y no desternillarse de la risa.

—Piénsalo bien —le pido—, sería como en tu cliché de novela favorito: un reencuentro de examantes después de muchos años. Nada mejor que vivir dentro de una de esas historias que tanto te gustan escribir.

—Yo diría que el tuyo más bien fue: no sabía lo que tenía hasta que lo perdí —me sigue el royo—. Aunque, si te digo la verdad, estuve un tiempo callada sin contarle a nadie que habíamos cortado porque me daba coraje tener que darles la razón a los que decían

que íbamos a dejarlo y que las relaciones a distancia no funcionaban.

—¿Y qué tal escribir un libro sobre segundas oportunidades? —insisto con el pulso todavía disparado.

—Ya veremos. ¿Qué título le pondrías?

Se me da fatal pensar ese tipo de cosas, pero no puedo rendirme a estas alturas de la conversación.

—Hum… ¿Qué se le habrá perdido en Japón?

Valeria se echa a reír y casi temo por nuestra integridad física por la forma en la que el coche se desvía en la carretera.

—Ese título no le pega nada a este dramón. Los lectores van a pensar que es una comedia.

—Bueno, un poco de risa sí que damos.

Agradecimientos

¿Qué se le habrá perdido en Japón? es una historia muy especial para nosotras porque sumergirnos en las vidas de Lucía y Valeria ha sido un viaje muy personal. Sabemos que las personas que nos conocen podrán entender y empatizar con ambas durante la novela.

Como siempre, gracias a nuestros lectores betas (y amigos) que nos han dado la mano en el proceso y nos han ayudado a sacar adelante el libro. Mil gracias, David C. Ross y Reyes, por vuestro cariño y apoyo incondicional.

¡Os queremos muchísimo!

Una mención especial a todas aquellas personas que se toman las molestias de venir a vernos a las ferias del libro y otros eventos literarios a los que asistimos. Nos hace muchísima ilusión desvirtualizaros y poder compartir esta pasión con todos vosotros.

Sobre Las Autoras:



Hart&Creek es el pseudónimo bajo el que escribimos Aurora Hart y Ginger Creek. Esta es la tercera novela que autopublicamos desde que estamos juntas. Todo un reto ya que vivimos a medio mundo de distancia, una en España y la otra en Japón.

Nuestras historias siempre están cargadas de romance, de personajes auténticos y de representación LGTBIQ+. Nuestro mayor sueño es que nuestras novelas sean un lugar seguro para todes y que os dejen siempre con un buen sabor de boca.

Si queréis saber más de nosotras, podéis seguirnos en nuestras redes sociales **@hartandcreek** donde subimos contenido adicional de nuestras historias, comentamos otras novelas e interactuamos con mucha gente increíble que ama los libros tanto como nosotras.



Playlist de Spotify
de la novela

Otros Títulos De Las Autoras:

Sinvergüenzas


Sinvergüenzas..
HART&CREEK

Eros es un sinvergüenza que vive dentro de su propia comedia, cambia de piel cada semana y disfruta de no tomarse nada en serio. Cree que su vida es perfecta hasta que se encuentra con un reto inesperado: Freya, su nueva e inoportuna compañera de piso, que ha huido de su país para empezar de cero. Al verse obligados a convivir juntos, comienza una competición para ver quién sucumbe primero a los encantos del otro.

¡Disponible en Amazon! Amazon!

Rosa sin espinas


Rosa sin espinas
Hart & Creek

Blair y Lu se conocen de la manera más inesperada.

Lucio Mesthes es un prostituto renombrado al que Blair ayuda por casualidad a escapar de las humillaciones de un cliente. Todo debería haber terminado ahí, pero, un año después del incidente, el marqués sigue sin poder sacarse a Lucio de la cabeza. Decide ir a buscarlo y entre ellos comienza una atípica relación platónica en la que la espera, el anhelo y el dolor serán casi tan protagonistas como el amor.

Y es que Lucio sabe de sobra que no debe fiarse de nadie, pues en su vida no ha habido nunca una rosa sin espinas.

[1] Nos imaginamos que esto necesita referencia para que veas como quedan.

[2] Perdón por la espera.

[3] «*Mada*» significa: «Todavía», «Todavía no» o «ya».

[4] Creo que todo va a ir bien.

[5] ¿Quién es tu invitada a la fiesta de hoy?

[6] Es mi mejor amiga, la quiero más que a nadie.

[7] ¿Me lo podrías repetir? Lit.: Una vez más, por favor.

[8] Mona, linda.

[9] Culo.

[10] Pronunciación del nombre de Lucía en Katakana.

[11] ¡Madre mía con los guiris! Lit.: Extranjera increíble.

[12] Amiga.

[13] Extranjero, guiri.

[14] Baños de aguas termales naturales.

[15] Japoneses que fetichizan a los extranjeros y buscan conocerlos con el único objetivo de empezar una relación con ellos.

[16] Ropa tradicional japonesa utilizada en verano debido a lo fina que es su tela. También es común usarlos de pijama.

[17] Espiar las redes sociales de alguien.

[18] Proviene del inglés «*fan fiction*». Se trata de historias ficticias creadas por admiradores, normalmente sobre eventos no canónicos.